ANTOLOGÍA PARCIAL E INCOMPLETA DEL ROMANTICISMO LITERARIO

José Antonio Hernández Guerrero

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2023

HERNÁNDEZ GUERRERO, José Antonio
Antología parcial e incompleta del Romanticismo Literario
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2023, 156 pp.
ISBN: 978-84-1143-986-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2023.
Este libro está sujeto a una licencia de «Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)» de Creative Commons.

© 2023, José Antonio Hernández Guerrero
Algunos derechos reservados
ISBN: 978-84-1143-986-2

Portada: Selección de ediciones antiguas de libros de la literatura y retórica, fotografía de José Antonio Hernández Guerrero.

ÍNDICE

Págs.

ROMANTICISMO 8

Noción 8

Celebración de la originalidad 9

La palabra «Romanticismo» 9

Caracteres generales del Romanticismo Literario 10

ALEMANIA 11

Los rasgos característicos 11

Antecedentes 11

Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803) 11

An Fanny (1798) 12

A Fanny (1798) 13

Los primeros románticos alemanes 15

Georg Philipp Friedrich von Harderberg. Novalis (1772-1801) 15

Hymnen an die Nacht (1799-1800) 16

Himnos a la Noche (1799-1800) 16

Johan Wolfgang von Goethe (1749-1832) 17

Faust (1808 y 1832) 18

Fausto (1808 y 1832) 18

Friedrich Hölderlin (1770-1843) 19

Heidelberg (1800) 20

Segundo romanticismo: Interés por el folklore y por la historia 21

Ernest Theodor Amadeus Hoffmann (1776-1822) 21

Sandmann (1817) 22

El hombre de arena (1817) 23

Jakob Grimm (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1851) 25

Kinder und Hausmärchen (1812). *Hänsel und Gretel* 25

Cuentos infantiles y del hogar (1812). *Hansel y Gretel* 29

INGLATERRA 33

Precursores 33

William Blake (1757-1827) 34

The Angel (1794) 34

El ángel (1794) 35

Poesía 36
William Wordsworth (1770-1850) y Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) 36
William Wordsworth (1770-1850) 37
She Was a Phantom of Delight (1803) 37
Ella era un fantasma del deleite (1803) 38
I Wandered Lonely as a Cloud (1807) 38
Iba solitario como una nube (1807) 39
Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) 40
Kubla Khan 41
Lord Byron (1788-1824) 42
The Corsair (1814) 43
El Corsario (1814) 44
Corsair song (1890) 45
Canción del corsario (1890) 45
Percy Bysshe Shelley (1792-1822) 46
Ode to the West Wind (1819) 46
Oda al viento del Oeste (1819) 48
John Keats (1795-1821) 50
O Solitude! if I must with thee dwell (1817) 50
¡O soledad! Si debo habitar contigo (1817) 50
Novela 51
Novela gótica 51
Horace Walpole (1717-1797) 51
The Castle of Otranto (1764 y 1765) 51
El castillo de Otranto (1764 y 1765) 53
Novela histórica 54
Walter Scott (1771-1832) 54
Ivanhoe (1820) 54
Ivanhoe (1820) 55
FRANCIA 57
Escritores más destacados 57
François-René de Chateaubriand (1768-1848) 57
Mémoires d'outre-tombe (1848) 57
Memorias de ultratumba (1848) 59

Victor Hugo (1802-1885) 60
Les Misérables (1862) 60
Los miserables (1862) 62
Alexandre Dumas (1824-1895) 64
La dame aux camélias (1848) 64
La dama de las camelias (1848) 65
Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) 66
Julie ou la Nouvelle Héloïse (1761) 66
Julia o la nueva Eloísa (1761) 68
Alphonse de Lamartine (1790-1869) 71
Méditations poétiques (1820). *Le Lac* 71
Meditaciones poéticas (1820). *El Lago* 73
Alfred de Vigny (1797-1863) 75
Poèmes antiques et modernes (1826) 75
Poemas antiguos y modernos (1826) 78
Alfred de Musset (1810-1857) 82
Les Nuits (1835-1837) 82
Las noches (1835-1837) 85
ESPAÑA 89
La introducción del Romanticismo en España 89
Poesía lírica 90
Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862) 90
La perdiz 90
La soledad 91
El huérfano 92
José de Espronceda (1808-1842) 94
Canción del Pirata (1835) 94
El estudiante de Salamanca 97
Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) 101
Rimas (1871) 101
Rosalía de Castro (1837-1885) 104
Cantares gallegos (1863) 104
Unha vez tiven un cravo 105
Antonio García Gutiérrez (1813-1884) 106
Abandono (1842) 106
La ambición 107
A Cádiz 107

Prosa 110
Mariano José de Larra (1809-1837) 110
Sátira contra los vicios de la Corte 111
Vuelva usted mañana (1833) 116
Teatro 118
Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862) 118
La conjuración de Venecia (1834) 119
Ángel Saavedra, duque de Rivas (1791-1867) 121
Don Álvaro o la fuerza del sino (1835) 121
Antonio García Gutiérrez (1813-1884) 125
El trovador (1836) 125
Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880) 131
Los amantes de Teruel (1837) 131
José Zorrilla (1817-1893) 135
Don Juan Tenorio (1844) 135
LATINOAMÉRICA 138
José Hernández (1834-1886) 138
El gaucho Martín Fierro (1872) 139
Jorge Ricardo Isaacs Ferrer (1837-1895) 142
María (1867) 142
Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) 146
Un tiempo hollaba por alfombras rosas 146
ITALIA 149
Ugo Foscolo (1778-1827) 149
Ultime lettere di Jacopo Ortis (1799) 149
Últimas cartas de Jacopo Ortis (1799) 150
Alessandro Manzoni (1785-1873) 151
Promessi Sposi (1827) 151
Los novios (1827) 152
Giacomo Leopardi (1798-1837) 154
L´infinito (1826) 154
El infinito (1826) 154
BIBLIOGRAFÍA 155

NOTA PREVIA

Las antologías -colecciones de fragmentos de obras elegidas según el criterio de su autor- son parciales y personales. Podemos decir que, por definición, son incompletas y subjetivas. Soy consciente, por lo tanto, de que el título de esta selección es redundante, pero he decidido emplearlo para enfatizar mi invitación explícita a los lectores para que cada uno elabore su repertorio propio añadiendo o suprimiendo los textos que, a su juicio, sean los más adecuados e importantes.

Espero que la atenta lectura y el examen crítico de estos trozos, además de estimular la búsqueda de otras obras, sirvan también como referentes para elaborar composiciones propias y para realizar ejercicios prácticos de Literatura Comparada, el estudio que va más allá de las fronteras de una lengua, de un país y de una época, y que relaciona los textos escritos con otras manifestaciones artísticas[1].

Estoy de acuerdo con los autores que defienden la necesidad de elaborar una «teoría de la literatura» -de la lectura y de la escritura- sobre la base de la comparación de textos realmente universales de cualquier época, de cualquier género y de cualquier estilo. La lectura crítica y el análisis «comparado» de estos textos podrán servir para identificar sus similitudes y sus diferencias, y para, en otras palabras, identificar la «intertextualidad»[2], un fenómeno tan antiguo como son las creaciones literarias y artísticas.

Crear e inventar inspirándonos en modelos es una práctica habitual en todas las actividades humanas como podemos comprobar, por ejemplo, en la gastronomía, en la moda o en el diseño de vehículos. No exageramos cuando afirmamos que, en todas las creaciones humanas, siempre encontramos huellas de obras anteriores o de otras coetáneas de diferentes géneros.

Los críticos artísticos desde siempre se han referido a rasgos de estilo, de época, de escuela o de generación. Y siempre han descrito las fuentes, las influencias, los préstamos literarios o los plagios artísticos. Los autores del pasado acudían a sus modelos clásicos y a sus «fuentes» porque se sentían inmersos en el fluir de la Historia y se hacían eco de textos ajenos, y porque tenían conciencia de la permanente validez de la cultura clásica.

---

[1] *Cf.*, Remak, H. H., 1971, «La Literatura Comparada: definición y función», en Vega, M. J., y Carbonell, N., 1998, *La Literatura Comparada. Principios y Métodos,* Madrid, Gredos: 89. Gil-Albarellos Pérez-Pedrero, 2006, *Introducción a la Literatura Comparada,* Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad. Marino, A., 1988, *Comparatisme et théorie de la littérature,* Paris, PUF. Brunel, P., Pichois, Cl., Rousseau, A.-M., 1983, *Qu'est-ce que la Littérature Comparée?,* Paris, Armand Colin. Angenot, M., Bessière, J., Fokkema, Kushner, E., 1989, Paris, PUF.

[2] La palabra «intertextualidad» deriva, según Julia Kristeva, de la teoría de Mijaíl Bajtín, para quien el hombre es un ser dialógico, inconcebible sin el otro. *Cf.*, «Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela» en la revista *Critique*, Paris, 1967.

La «dialogía», uno de los conceptos fundamentales de Bajtín, es la base de la intertextualidad porque establece la relación de voces propias y ajenas, individuales y colectivas. Se concibe la palabra como asunción de la palabra «ajena», de la voz del otro. Se opone a la voz monológica, normativa, autoritaria.

ROMANTICISMO

Noción

El **Romanticismo** es un movimiento artístico, cultural y literario que rompe con las ideas de la Ilustración y del Neoclasicismo. Se inicia a finales del siglo XVIII en Inglaterra y Alemania, y se extiende a otros países de Europa y de América en la primera mitad del siglo XIX[3]. Es una reacción contra el racionalismo dieciochesco, contra la «doctrina» que defiende a la razón como el único instrumento para explicar los comportamientos humanos individuales, sociales y políticos.

Los románticos proclaman que las sensaciones, las emociones y las fantasías proporcionan luces y fuerzas para intervenir en el mundo, para crear obras menos «perfectas», menos «regulares» y menos «equilibradas», pero más «expresivas», más «íntimas» y más «profundas». Indagan en las profundidades del misterio y defienden la libertad en todos los órdenes de la vida. Tras el Romanticismo surgió el positivismo, una filosofía que fomenta el pensamiento crítico y el empirismo como las bases de conocimiento y del progreso personal y social.

El Romanticismo -una manera peculiar de concebir a la naturaleza y al ser humano- se explica de manera distinta en cada país y, a veces, dentro de una misma nación.

A partir, sobre todo del Romanticismo, la literatura ha sido definida como una forma privilegiada de autoexpresión, como una manera de objetivar las resonancias personales que los objetos y los sucesos despiertan en aquellos individuos que están dotados de una sensibilidad especial. En el Romanticismo se creyó que el arte era una liberación de emociones y de pasiones humanas, que el poeta se distinguía de los demás mortales solo por su extraordinaria intensidad emotiva, y que el arte consistía en sentir profundamente y en expresar con fuerza los sentimientos (Bowra, C. M., 1951, *The Romantic Imagination*, Oxford, Oxford University Press).

Durante el Romanticismo se asume que la autoexpresión facilita y potencia al poeta el conocimiento preciso, adecuado e intuitivo de la emoción que le embarga. Benedetto Croce (1866-1952) y sus seguidores afirman que hasta que el escritor no expresa su emoción «no sabe de qué emoción se trata». Según estos autores, la expresión artística de una emoción es la que hace al hombre un artista y para llegar a artista, por lo tanto, es necesario pasar de un estado en el que el ser humano está dominado por una emoción, al estado en el que la emoción es dominada por él. La autoexpresión, por lo tanto, es un proceso de manifestación personal y, al mismo tiempo, un medio para conocernos a nosotros mismos. Es el procedimiento mediante el cual el escritor se va haciendo poeta.

Esta concepción de la creación poética ha sido la base sobre la que se ha sustentado el concepto de «estilo» como caracterización proyectiva de un autor, y sobre la que se ha

[3] En su expresión literaria el romanticismo se diversifica en diversas escuelas, como el parnasianismo, el simbolismo, el decadentismo o el prerrafaelismo, movimientos englobados bajo la denominación general de posromanticismo. De ahí derivó el modernismo hispanoamericano y, finalmente, el surrealismo, una de las corrientes vanguardistas del siglo XX.

levantado la amplia edificación teórica y crítica de la Estilística de orientación romántica y freudiana. Esta corriente la han seguido Benedetto Croce (1866-1952), Karl Vossler (1872-1949), Leo Spitzer (1887-1960), Amado Alonso (1896-1952), Dámaso Alonso (1898-1990) y, en cierta medida, Gaston Bachelard (1884-1962) y Roland Barthes (1915-1980).

Celebración de la originalidad

El clasicismo se basaba en la certeza de un pasado ideal, en la convicción de que los antiguos habían alcanzado la perfección y concluían que el aprendizaje debía consistir en imitarlos. La innovación se consideraba inapropiada y la noción de plagio carecía de sentido y, en consecuencia, la propiedad intelectual. El papel de los escritores consistía en extraer el tesoro de los textos anteriores, de las historias, de los cuentos y de las fábulas, de ese depósito de tradiciones puesto a disposición de todos. Un ejemplo muy repetido es la práctica de Jean La Fontaine (1621-1695) reescribiendo las fábulas del escritor griego Esopo (s. VI a. C.) o la del compositor Juan Sebastián Bach (1685-1750) que imitó los conciertos de Antonio Vivaldi (1678-1741), los transcribió para clave y les añadió algunas interpretaciones personales.

El Romanticismo, por el contrario, celebra la originalidad como fruto de la creación individual. Los poetas, los músicos, los pintores y los dramaturgos se alejan de las pautas tradiciones, prefieren crear fórmulas personales e, incluso, se permiten cometer algunas transgresiones: Bucean en el fondo de sus espíritus para «encontrar algo nuevo» (Baudelaire). Rechazan el conformismo y la grandiosidad, eligen el acercamiento a los márgenes de la vida y la ruptura de las normas.

La palabra «Romanticismo»

La palabra «Romanticismo» es una adaptación de la francesa «Romanticisme», creada por Stendhal[4] (1783-1842) en 1823 a partir del adjetivo «romantique» que durante los siglos XVII y XVIII equivalía a «novelesco», pero hacia 1775 se contagió del significado del término inglés «romantic» que expresaba lo «pintoresco» y lo «sentimental».

Hacia 1800 experimentó otro nuevo contagio de la palabra alemana «romantich» usada para calificar a los partidarios de las doctrinas anticlásicas de Friedrich Schlegel (1772-1829). Esta acepción triunfó en francés y, con ella, se adaptó a España el término «romántico» a mediados del siglo XIX. Para las acepciones anteriores de «romantique» se usaban los términos romanesco y romancesco[5].

[4] Es uno de los primeros y más importantes representantes literarios del realismo. Sus novelas más conocidas son *Rojo y negro* (1830) y *La cartuja de Parma* (1839).

[5] Según René Wellek, el término sirvió en principio para denominar una forma genérica de pensar y sentir. Ya en 1798 el historiador, crítico literario y filósofo alemán Friedrich von Schlegel, reconocido como el primer teórico del romanticismo, empleó el término «romantisch» para describir formas contemporáneas de expresión artística, relacionándolo con lo que él denomina «poesía universal progresiva». En 1819, con Friedrich Bouterwek se emplea Romantiker como denominación de la escuela literaria. La difusión del término es irregular por países. En 1815, por ejemplo, en España encontramos «romancesco» junto a «romántico», estabilizado en 1918.

Caracteres generales del Romanticismo Literario

Distinguimos dos corrientes románticas diferentes y, en algunos aspectos, opuestas: la tradicional y la liberal que, a veces, fueron antagónicas pero que comparten determinados caracteres como, por ejemplo, el subjetivismo, la huida del mundo circundante o el nacionalismo.

Los autores manifiestan sus sentimientos de insatisfacción en un mundo que frena sus ansias amorosas y muestran sus preferencias por las críticas sociales, sus añoranzas de tiempos pasados y sus fervores patrióticos. Frente a los escritores neoclásicos, los románticos interpretan los elementos de la Naturaleza como expresiones de sus estados de ánimo en especial de sus emociones melancólicas y tristes o de sus turbulentas agitaciones interiores.

También comparten la huida del mundo circundante y expresan el desconcertante contraste que advierten entre sus anhelos desmesurados -amor apasionado, ansia de felicidad, posesión de lo infinito- y la realidad, a veces amarga, en la que viven. El suicidio, conforme al modelo del *Werther* de Goethe, fue la solución que algunos adoptaron como, por ejemplo, Mariano José de Larra (1809-1837). La vida humana es para ellos un proceso movedizo y cambiante en el que cultivan unas aspiraciones que no alcanzan plenamente.

Frente a los neoclásicos que consideraron la Antigüedad grecolatina como la cumbre de la perfección estética y literaria, los románticos prefieren la Edad Media y el Renacimiento, y, como consecuencia, cultivan con mayor frecuencia la novela, la leyenda y el drama histórico ambientados en esas épocas. A veces se inspiran en asuntos exóticos y orientales.

En oposición al internacionalismo dieciochesco, los románticos exaltan los rasgos diferenciales de sus propios países, rescatan antiguos poemas épicos o legendarios, algunas tradiciones localistas y recuperan el cultivo literario las lenguas vernáculas y eliminan o difuminan las fronteras entre los diferentes géneros.

ALEMANIA

Los rasgos característicos

El romanticismo alemán se caracteriza por mezclar los afanes literarios, las preocupaciones filosóficas idealistas y el interés por las cuestiones lingüísticas. Además de rechazar explícitamente a la Ilustración y de reivindicar el sentimiento y la genialidad creadora, parte del supuesto de que el lenguaje condiciona la estructura mental tanto del individuo como de la colectividad. Esta concepción fue desarrollada por Johann Gottfried von Herder (1744-1803), uno de los impulsores del movimiento *Sturm und Drang*[6], que exalta la pasión, la valoración de la originalidad del artista y la rebelión contra una visión convencional del mundo.

En su obra *Ensayos sobre el origen del lenguaje* (1772) establece que la lengua es el origen del pensamiento y de la razón humana, y no solo es un instrumento de comunicación, sino también la expresión del carácter individual y de la peculiaridad del pueblo. Por eso defiende que el folclore -el conjunto de piezas de literatura de transmisión oral y de creaciones anónimas- explica las maneras de sentir del pueblo. En general, los románticos alemanes no buscaron sus antecedentes en Grecia ni en Roma sino en la Edad Media.

Antecedentes

Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803)[7]

Influido por Haller[8] y por los poetas paisajistas, Friedrich Gottlieb Klopstock reúne en su obra lírica algunos de los motivos característicos del romanticismo posterior sobre todo el entusiasmo por la naturaleza como representación de los estados de ánimo del yo, la admiración por la inmensidad del mundo y por la insignificancia del ser humano, y la

[6] El *Sturm und Drang* (en español 'tormenta e ímpetu') fue un movimiento literario, que también tuvo sus manifestaciones en la música y las artes visuales. Desarrollado en Alemania durante la segunda mitad del siglo XVIII, concede a los artistas la libertad de expresión, la subjetividad individual y, en particular, la emoción en contraposición a las limitaciones impuestas por el racionalismo de la Ilustración y los movimientos asociados a la estética.

[7] Su concepción de la «autonomía artística» del poeta frente al afán didáctico general, su defensa de la libertad métrica y la renovación del léxico poético abrió el camino a los ritmos libres de Goethe y Hölderlin. Gustav Mahler puso música a su poema *La Resurrección*.

[8] En el primer tercio del siglo XVIII Albrecht von Haller muestra un interés especial por el paisaje como transmisor de emociones y de sentimientos, un aspecto que se vio reflejado en su poema *Los Alpes* (1729).

convicción de que la lengua expresa la personalidad del hombre y el idioma el espíritu de cada pueblo.

Sigue siendo recordado su poema *Der Messias / La Mesiada* y algunos autores opinan que es el «creador» de la lengua poética alemana moderna. Él defiende la autonomía artística del poeta, lucha contra el uso exclusivo de la rima, libera a la métrica del verso alejandrino y renueva el léxico poético. Es considerado como poeta prerromántico.

An Fanny (1798)

Wenn einst ich todt hin, wenn mein Gebein zu Staub′
Ist eingesunken, wenn du, mein Auge, nun
Lang′ über meines Lebens Schicksal,
Brechend im Tode, nun ausgeweint hast,

Und stillanbetend da, wo die Zukunft ist,
Nicht mehr hinauf blickst, wenn mein ersungner Ruhm,
Die Frucht von meiner Jünglingsthräne,
Und von der Liebe zu dir, Messias!

Nun auch verweht ist, oder von wenigen
In jene Welt hinüber gerettet ward:
Wenn du alsdann auch, meine Fanny,
Lange schon todt bist, und deines Auges

Stillheitres Lächeln, und sein beseelter Blick
Auch ist verloschen, wenn du, vom Volke nicht
Bemerket, deines ganzen Lebens
Edlere Thaten nunmehr gethan hast,

Des Nachruhms werther, als ein unsterblich Lied,
Ach wenn du dann auch einen beglückteren
Als mich geliebt hast, lass den Stolz mir,
Einen Beglückteren, doch nicht edlern!

Dann wird ein Tag seyn, den werd ich auferstehn!
Dann wird ein Tag seyn, den wirst du auferstehn!
Dann trennt kein Schicksal mehr die Seelen,
Die du einander, Natur, bestimtest.

Dann wägt, die Wagschaal in der gehobnen Hand,
Gott Glück und Tugend gegen einander gleich;
Was in der Dinge Lauf jetzt misklingt,
Tönet in ewigen Harmonicen!

Wenn dann du dastehst jugendlich auferweckt,
Dann eil′ ich zu dir! säume nicht, bis mich erst
Ein Seraph bey der rechten fasse,
Und mich, Unsterbliche, zu dir führe.

Dann soll dein Bruder, innig von mir umarmt,
Zu dir auch eilen! dann will ich thränenvoll,
Voll froher Thränen jenes Lebens
Neben dir stehn, dich mit Namen nennen,

Und dich umarmen! Dann, o Unsterblichkeit,
Gehörst du ganz uns! Komt, die das Lied nicht singt,
Komt, unaussprechlich süsse Freuden!
So unaussprechlich, als jetzt mein Schmerz ist.

Rinn unterdess, o Leben. Sie komt gewiss
Die Stunde, die uns nach der Zypresse ruft!
Ihr andern, seyd der schwermuthsvollen
Liebe geweiht! und umwölkt und dunkel!

A Fanny[9] (1798)

Cuando algún día me sorprenda la muerte,
cuando mis huesos en el polvo
se hundan, cuando vosotros, mis ojos –desde hace tanto
arrojados a la tumba sobre el destino de mi vida,
y ahora deshechos en lágrimas

oren allí silenciosamente– no volverán a mirar hacia lo alto,
donde está el futuro; mi pretérita fama
–fruto de la fuerza de mi juventud
y de mi amor por el Mesías–

ahora se ha disipado, o sólo por algunos
en este mundo es conservada:
entonces cuando también tú, mi Fanny,
hayas muerto y la alegre y tranquila sonrisa

de tus ojos y su animada mirada se hayan igualmente extinguido;
y tú, desconocida por la muchedumbre,
a pesar de que toda tu vida
esté repleta de excelsos actos

dignos de fama póstuma en una inmortal canción...
¡Ah, entonces –si has sido tan dichosa
como yo lo he sido amando– no dejes que el orgullo
prevalezca sobre la nobleza!

[9] Traducción literaria de Carlos Javier González Serrano, inédita en español, 28 de enero de 2017.

¡Así llegará el día en que vuelva a despertar!
¡Así llegará el día en que vuelvas a despertar!
Entonces ninguna fatalidad podrá separar las almas
que la naturaleza destinó a ser una.

Dios ponderará así felicidad y virtud por partes iguales
en la balanza que sostiene en su mano soberana,
y lo que en el tumulto de las cosas parece discordante
se mostrará en eterna armonía.

Allí donde te erijas jovialmente
acudiré presto hacia ti. Que yo no vague errante
hasta que algún serafín me conduzca directamente
a tu presencia inmortal.

Vosotros, hermanos, me recibiréis
con un fraternal abrazo. ¡Mis ojos se llenarán de lágrimas,
lágrimas de alegría por estar junto a ti,
llamarte por tu nombre

y poder abrazarte! Entonces, ¡oh inmortalidad!,
nos pertenecerás por entero. ¡Ven, que la canción ya no suena!
¡Venid, placeres indeciblemente dulces!
Tan indecibles como lo es ahora mi dolor.

Igual que el río, discurres, ¡oh vida! Se aproxima
la hora en la que nos encontremos bajo el ciprés.
Y todos vosotros, bendecid melancólicamente el amor.
De súbito, ¡nubes y oscuridad!

También influyó el pensamiento idealista y subjetivo de Immanuel Kant (1724-1804), y, más concretamente, su afirmación de que la conciencia humana solo nos proporciona la percepción fenoménica de las cosas. Johann Georg Hamann (1730-1788) criticó la razón, valoró la experiencia mística y propugnó la unidad de todo lo existente configurado como una realidad continua, en oposición a la concepción divisora y clasificadora del Siglo de las Luces y del método científico.

Los primeros románticos alemanes

Los primeros románticos (Frühromantiken) surgen en el Círculo de Jena donde el filósofo idealista Johann Gottlieb Fichte (1762-1814) contribuyó a consolidar el movimiento. Afirmó que el «yo» era la esencia de divinidad del hombre y el elemento que condiciona su personalidad y su moral, y trasladó este yo a la comunidad, al pueblo, al colectivo, interpretándolo como una entidad con vida propia.

Friedrich Schelling (1775-1854) amplió este idealismo subjetivista a la biología y a la naturaleza en general, coincidió con las ideas de los poetas paisajistas, y, finalmente, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) concibió un dios natural, situándolo en la historia y en la cultura. Todo este conjunto de ideas ofrece una nueva visión del mundo (Weltanschauung), que confluye en el romanticismo alemán y, en gran medida, en el mundial.

PRIMER ROMANTICISMO (FRÜHROMANTIK)

Georg Philipp Friedrich von Hardenberg, Novalis (1772-1801)

Representa el Romanticismo alemán temprano. Además de los *Himnos a la Noche* y los conjuntos de fragmentos de *Polen de Fe y amor*, su producción incluye dos novelas inconclusas (*Los Discípulos en Sais* y *Heinrich von Ofterdingen*), un poemario de temática religiosa (*Cantos espirituales*) junto a varias poesías sueltas, dos famosos ensayos (*La Cristiandad o Europa* y el *Monólogo*) y diversos grupos de fragmentos y apuntes, como los «Fragmentos logológicos», los tempranos «Estudios sobre Fichte» o el «Borrador general», conocido como *Enciclopedia*.

Su figura fue asociada al tópico literario de la «flor azul»[10] y a su historia de amor con Sophie von Kühn fallecida tempranamente. Su «idealismo mágico» posee un pensamiento místico y se relaciona con el pensamiento de los primeros románticos alemanes como Friedrich Schlegel y Ludwig Tieck.

[10] «La flor azul» (alemán: «Die Blaue Blume») es un símbolo central del romanticismo. Representa el anhelo amoroso. En Europa abundan flores azules, como el aciano y la achicoria común, y son consideradas como símbolos de deseos inalcanzables.

Hymnen an die Nacht (1799/1800)

Hinüber wall ich...

Hinüber wall ich,
Und jede Pein
Wird einst ein Stachel
Der Wollust sein.
Noch wenig Zeiten,
So bin ich los,
Und liege trunken
Der Liebe im Schoß.
Unendliches Leben
Wogt mächtig in mir,
Ich schaue von oben
Herunter nach dir.
An jenem Hügel
Verlischt dein Glanz –
Ein Schatten bringet
Den kühlenden Kranz.
Oh! sauge, Geliebter,
Gewaltig mich an,
Daß ich entschlummern
Und lieben kann.
Ich fühle des Todes
Verjüngende Flut,
Zu Balsam und Äther
Verwandelt mein Blut –
Ich lebe bei Tage
Voll Glauben und Mut
Und sterbe die Nächte
In heiliger Glut.

Himnos a la Noche (1799/1800)

Sobre la pared...

Sobre la pared,
y cada dolor
se convertirá en una espina
como la lujuria,
algunas veces
Por eso estoy dispuesto
a permanecer, henchido de
de amor en el vientre.
Vida infinita
surge poderosamente en mí,
miro desde arriba
abajo después de ti

en esa colina
donde tu brillo se desvanece
y aparece la sombra,
como corona refrescante.
¡Vaya! Me atrae, amante,
violentamente a mi
que me duermo
y puedo amar.
Siento la muerte
como marea rejuvenecedora,
que, bálsamo y éter
transforma mi sangre
mientras vivo de día
pleno de fe y de coraje
Y mueren las noches
en brasas sagradas.

Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), padre del romanticismo alemán

Los primeros trabajos de Goethe, pensador, poeta lírico y autor dramático, muestran sus simpatías por el Neoclasicismo francés, pero ya podemos identificar algunos rasgos prerrománticos. En la novela *Werther* (1774) narra los sufrimientos amorosos del joven Werther quien finalmente se quita la vida. Traducida a varias lenguas contribuyó a la expansión del Romanticismo. Entre sus obras teatrales destacan los dramas *Clavijo* (1774) cuyo protagonista es español, y *Goetz Berlichingen* (1773), un drama inspirado en la vida de un caballero tardomedieval.

Sus primeras obras están vinculadas al movimiento *Sturm und Drang*. Tras un viaje a Italia, junto a Friedrich Schiller y a otros denominados «los románticos alemanes» como Novalis, Hoffmann y Hölderlin, que generaron una corriente apoyada en bases históricas (Geschichte) del pueblo (Volk) y caracterizada por su oposición al clasicismo y a la racionalidad, por su defensa de la libertad de creación, por el cultivo del sentimiento y de la espontaneidad. En resumen, pretende la recuperación del espíritu originario del pueblo pangermánico.

En el *Fausto*, poema dramático de tema filosófico publicado en dos partes, Goethe reflexiona sobre el destino humano a través de la historia del protagonista que vende su alma al diablo a cambio de la sabiduría y de la juventud. Aunque Fausto es derrotado en las diferentes empresas que emprende ayudado por el diablo -lograr la plenitud física y alcanzar la suprema sabiduría- nos proporciona la representación de los ideales del romanticismo alemán: la importancia de las emociones sobre las ideas racionales.

Faust (1808 y 1832)

Nachts

Habe nun, ach! Philosophie,
Juristerey und Medicin,
Und leider auch Theologie!
Durchaus studirt, mit heißem Bemühn.
Da steh' ich nun, ich armer Thor!
Und bin so klug als wie zuvor;
Heiße Magister, heiße Doctor gar,
Und ziehe schon an die zehen Jahr,
Herauf, herab und quer und krumm,
Meine Schüler an der Nase herum –
Und sehe, daß wir nichts wissen können!
Das will mir schier das Herz verbrennen.
Zwar bin ich gescheidter als alle die Laffen,
Doctoren, Magister, Schreiber und Pfaffen;
Mich plagen keine Scrupel noch Zweifel,
Fürchte mich weder vor Hölle noch Teufel –
Dafür ist mir auch alle Freud' entrissen,
Bilde mir nicht ein was rechts zu wissen,
Bilde mir nicht ein, ich könnte was lehren,
Die Menschen zu bessern und zu bekehren.
Auch hab' ich weder Gut noch Geld,
Noch Ehr' und Herrlichkeit der Welt.
Es möchte kein Hund so länger leben!
Drum hab' ich mich der Magie ergeben,
Ob mir durch Geistes Kraft und Mund
Nicht manch Geheimniß würde kund;
Daß ich nicht mehr mit sauerm Schweiß,
Zu sagen brauche, was ich nicht weiß;
Daß ich erkenne, was die Welt
Im Innersten zusammenhält,
Schau' alle Wirkenskraft und Samen,
Und thu' nicht mehr in Worten kramen.

Fausto (1808 y 1832)

De noche

¡Ay! He estudiado ya Filosofía
Física, Metafísica, Derecho,
Medicina, después, y Teología
también ¡Ay Dios! Por mi desgracia, todo,
todo lo escudriñé con ansia viva,
y hoy, ¡pobre loco de infeliz cabeza!
¿qué es lo que sé? Lo mismo que sabía.
Doctor me llamo, dígome maestro,
y hace diez años ya que abajo, arriba,
acá y allá, y a diestra y a siniestra,
el escolar rebaño mi voz guía.

¡Sólo pude aprender que no sé nada,
y el alma en la contienda está rendida!
Bachiller o doctor, seglar o preste,
nadie su ciencia iguala con la mía;
ni escrúpulo ni duda me atormentan;
ni demonio ni infierno me intimidan;
y así, de sombras y de espantos libre,
huyó todo el encanto de mi vida.
Al hombre inútil, para el bien estéril,
nada puedo enseñar que de algo sirva,
y sin caudal, ni crédito ni honores,
arrastro una vida que un can despreciaría.
Me doy, pues, a la magia. ¡Oh si pudiera
el vigor del Espíritu que anima
al Verbo humano, revelarme
la secreta clave de todos los enigmas!
No con pálido afán sudaría sangre
para hacer comprender lo que mi misma
razón no comprendió; y en las entrañas
penetrando del mundo, encontraría
del eterno Poder vivificante,
allí dentro, las fuentes escondidas,
y no hiciera, en insulsas peroratas,
tráfago insustancial de charla ambigua.

Friedrich Hölderlin (1770-1843)

Su poesía sigue en parte la tradición clásica a la que infunde rasgos claramente románticos. En su novela epistolar *Hiperión o El eremita en Grecia* (1797-1799), Hölderlin confronta sus deseos con la realidad de su tiempo. El protagonista, Hiperión, a diferencia de Werther, no escribe a su amigo Belarmino desde la experiencia inmediata, sino después de haberse retirado a la soledad para meditarla en medio de la naturaleza idílica del paisaje griego. La novela se ambienta en la segunda mitad del siglo XVIII.

En su oda a la ciudad de Heidelberg expresa sus recuerdos de la impresión entrañable que le causó su armonía, su puente luminoso y la visión de sus lejanas montañas. Contrasta el dinamismo de las corrientes del río Neckar con la antigüedad del castillo en ruinas, recompensando su decrepitud con la conciencia clara del propio destino.

Heidelberg (1800)

Lange lieb' ich Dich schon, möchte Dich, mir zur Lust,
Mutter nennen und Dir schenken ein kunstlos Lied,
Du, der Vaterlandsstädte
Ländlich schoönste, so viel ich sah.

Wie der Vogel des Walds uüber die Gipfel fliegt,
Schwingt sich über den Strom, wo er vorbei Dir glänzt,
Leicht und kräftig die Brücke,
Die von Wagen und Menschen tönt.

Wie von Göttern gesandt, fesselt' ein Zauber einst,
Auf die Brücke mich an, da ich vorüber gieng,
Und herein in die Berge
Mir die reizende Ferne schien.

Und der Jüngling, der Strom, fort in die Ebne zog,
Traurig froh, wie das Herz, wenn es, sich selbst zu schön,
Liebend unterzugehen,
In die Fluten der Zeit sich wirft.

Heidelberg (1800)

Mi antiguo y largo amor quiere, para su gozo
llamarte madre, dándote una canción sin arte,
a ti, de las ciudades patrias
la más bella que vi en los campos.

Como el ave del bosque vuela sobre la cumbre,
así el puente, ruidoso por los hombres y los carruajes,
cierne su reflejo en el río,
leve y poderoso.

Quizás enviado por los dioses enviado, un hechizo
me encadenaba al puente cuando lo atravesaba,
y me mostraba en la montaña,
incitante, la lejanía.

El río adolescente se perdía en el llano,
gozosamente triste, como el corazón, cuando,
harto de su belleza, quiere,
hundirse en el cauce del tiempo.

Generado por fuentes, frescas sombras cubrían
su huida, mientras las orillas lo miraban
pasar, y llevarse en las ondas,
temblando, su amorosa imagen.

Mas sobre el valle pende gravemente el gigante
castillo, sabedor del destino, hasta el suelo
desgarrado por lluvia y viento
que el sol eterno ha vertido

la luz remozadora sobre su envejecida
corpulencia, y, ciñéndole, hizo verdear viviente
yedra, mientras los bosques amigos
le envolvían en su murmullo.

Los arbustos bajaban floreciendo hasta donde,
en el valle, el regazo del monte, o inclinándose
suaves, a la orilla, las calles
quedan entre olor de jardines quedan.[11]

SEGUNDO ROMANTICISMO (JÜNGERE ROMANTIK)

Interés por el folclore y por la historia

En esta etapa del romanticismo alemán se producen los mayores clásicos universales que siguen presentes sobre todo en cuentos infantiles. E. T. A. Hoffmann y los hermanos Grimm produjeron creaciones tan conocidas como *Cascanueces*, *El lobo y las siete cabritas*, *Los músicos de Bremen*, *Blancanieves y los siete enanitos*, y *La Cenicienta*.

Ernest Theodor Amadeus Hoffmann (1776-1822)

Escritor y compositor[12] vivió de la literatura y de la música como director de orquesta y como arquitecto. Es más conocido como escritor que como músico[13]. Destacó con sus cuentos fantásticos, en los que se mezclan el misterio y el horror. En ellos crea una atmósfera que, en ocasiones, es de sueños alucinantes, y aborda unos temas psicológicos como el desdoblamiento de la personalidad, la locura y el mundo de los sueños, que ejercieron gran influencia en escritores como Victor Hugo, Edgar Allan Poe y el primer Dostoievski.

[11] A partir de la traducción de José María Valverde, 1983, *Hölderlin, Poemas*, Barcelona, Icaria Editorial.

[12] Hoffmann escribió también numerosas piezas para piano, música de cámara, coros, música religiosa y óperas, entre las que destaca por su calidad *Ondina* (1816), una ópera romántica que ejerció cierta influencia sobre Carl Maria von Weber. En su labor como crítico musical, fue un entusiasta de Beethoven.

[13] Las imágenes de Hoffmann inspiraron a Jacques Offenbach su ópera *Cuentos de Hoffmann*, Chaikovski transformó el cuento *Cascanueces* en un *ballet* en 1892 y Léo Delibes se basó también para la creación de su *ballet Coppélia* en 1870.

Las «siniestras» historias de Hoffmann generan el efecto de los horrores supersticiosos o de los temores infantiles. Muchas de sus novelas fantásticas y algunas de sus críticas musicales están reunidas en dos volúmenes bajo el título de *Piezas fantásticas* (1814-1815) en las que se confunde sueños y realidades «invisibles para los ojos terrenos».

El cuento *Der Sandmann* de E. T. A. Hoffmann, considerado el primer cuento fantástico, según algunos críticos, que influyó en Edgar Poe y en otros autores posteriores. Es un personaje tomado de la cultura anglosajona, y sobre todo de la celta, que visita cada noche el dormitorio de la gente mientras duerme para esparcirle arena mágica en los ojos y así, los durmientes tendrán sus sueños.

***Sandmann* (1817)**

(Fragment)[14]

Der Mutter Antwort befriedigte mich nicht, ja in meinem kindischen Gemüthe entfaltete sich deutlich der Gedanke, daß die Mutter den Sandmann nur verlaügne, damit wir uns nicht vor ihm fürchten sollten; ich hörte ihn ja immer die Treppeheraufkommen. Voll Neugierde über diesen Sandmann und seine Beziehung auf uns Kinder zu erfahren frug ich endlich die alte Frau, die meine jüngste Schwester wartete, was denn das für ein Mann sey, der Sandmann. «Ey, Thanelchen, erwiederte diese, weißt du das noch nicht? das ist ein böser Mann; der komt zu den Kindern, wenn sie nicht zu Bett' gehen wollen und wirft ihnen Händevoll Sand in die Augen, daß sie zum Kopfe blutig herausspringen, die nimt er dann wirft sie in den Sack und trägt sie in den Halbmond, zur Atzung für seine Kinderchen die sitzen dort im Nest, und haben krumme Schnäbel wie die Eulen, damit picken sie der unartigen MenschenKindlein Augen auf. – Gräßlich mahlte sich nun mir im Innern das Bild des grausamen Sandmanns aus, so wie ich es Abends auf der Treppe hinaufpoltern hörte zitterte ich vor Angst und Entsetzen.

Nichts, als den unter Thränen hergestotterten Ruf: der Sandmann, der Sandmann konte die Mutter aus mir herausbringen, ich lief vorauf in das Schlaf zimmer, und wälzte mich oft noch lange von der fürchterlichen Erscheinung des Sandmanns gequält schlaflos auf dem Lager umher. – Schon alt genug war ich worden um einzusehen, daß das mit dem Sandmann und seinem KinderNest im Halbmonde so wie es die Wartefrau mir erzählt hatte wohl nicht ganz seine Richtigkeit haben könne; indeßen blieb der Sandmann mir ein fürchterliches Gespennst, und Grauen und Entsetzen erfüllten mich ganz und gar, wenn ich ihn nicht allein die Treppe heraufkommen sondern auch meines Vaters Stubenthüre aufmachen und hineintreten hörte. Manchmahl blieb er lange fort, dann kam er öfter hintereinander, Jahre lang dauerte das, und nicht gewöhnen konte ich mich an den unheimlichen Spuk, nicht bleicher wurde in mir das Bild des grausigen Sandmanns.

Sein Umgang mit dem Vater fing an mehr und mehr meine Fantasie zu beschäfftigen, den Vater darum zu befragen hielt mich eine unüberwindliche Scheu zurück, aber selbst – selbst das Geheimniß zu erforschen – den fabelhaften Sandmann zu sehen, dazu keimte mit den Jahren immer mehr die Lust in mir empor. – Der Sandmann hatte mich auf die Bahn des Wunderbaren, Abentheuerlichen gebracht, das so schon leicht im kindlichen Gemüth sich einnistet. Nichts war mir lieber als schauerliche Geschichten von Kobolten, Hexen, Daumlingen pp aber oben an stand imer der Sandman, den ich in den seltsamsten abscheuligsten Gestalten überall auf Tische und Wände mit Kreide–Kohlen hinzeichnete. – Im zehnten Jahre wies mich die Mutter aus der

[14] *Confer*: https://www.berliner-intellektuelle.eu/pdf/Sandmann.de.pdf.

Kinderstube in ein Kämmerchen, das auf dem Corridor unfern von meines Vaters Zimmer lag. – Noch immer mußten wir uns, wenn jener Unbekante auf den Schlag Neun Uhr sich auf der Trepe hören ließ schnell entfernen.

El hombre de arena (1817)

(Fragmento)

La respuesta de mamá no me satisfizo, es más, en mi mente infantil se desplegó claramente el pensamiento de que mamá solo traicionó al Sandman para que no le tuviéramos miedo porque nosotros siempre lo oíamos subir por las escaleras. Lleno de curiosidad por este hombre de arena y por su relación con nosotros, los niños, finalmente le pregunté a la anciana que esperaba a mi hermana menor qué clase de hombre era el hombre de arena.

-Oye, Thanelchen -respondió ella-, ¿todavía no lo sabes? este es un hombre malo; se acerca a los niños cuando no quieren irse a la cama y les tira puñados de arena en los ojos para que salgan de la cabeza ensangrentados, que luego echa en el saco y lleva a la media luna para que los coman sus niños pequeños que tienen picos torcidos como búhos, con los que picotean y abren los ojos de los niños humanos traviesos.

La imagen del cruel Sandman ahora se pintó horriblemente en mi mente, justo cuando lo escuché subiendo las escaleras durante aquella noche en la temblé de miedo y de horror.

La llamada hacía que tartamudeara bañado en lágrimas: el hombre de arena podría arrebatarme a mi madre y yo corría hacia el dormitorio y, a menudo, me daba vueltas y vueltas sin dormir en la cama durante mucho tiempo, atormentado por la terrible aparición del hombre de arena. Ya había crecido lo suficiente para imaginar que lo que la mujer que me contaba sobre el hombre de arena y sobre el nido de sus hijos en la media luna no podía ser del todo correcto. Pero, mientras tanto, Sandman seguía siendo un fantasma terrible para mí, y el horror me aumentó cuando lo escuché no solo subir las escaleras sino también abrir la puerta de la habitación de mi padre y entrar. A veces se ausentaba por mucho tiempo, luego venía cada vez más a menudo durante varios años hasta tal punto que no fui capaz de acostumbrarme al espeluznante fantasma, a la imagen del horrible hombre de arena que nunca se desvaneció en mi mente.

Su trato con mi padre empezó a ocupar cada vez más mi imaginación, me retenía una timidez insuperable de preguntarle a mi padre sobre él, e incluso de explorar el secreto de ver al fabuloso Sandman, a medida que pasaban los años. Estas imágenes estimularon mi fantasía y me incitaron a recorrer el camino de lo maravilloso, de lo aventurero, de esas imaginaciones que tan fácilmente se instalas en las mentes de los niños. No había nada que me gustara más que las historias horribles sobre duendes, brujas, Thumblings, etc., pero en la parte superior siempre estaba el Sandman, que dibujaba por todas partes en mesas y paredes con tiza y carboncillo en las formas más extrañas y abominables.

Cuando tenía diez años, mi madre me acompañó fuera de la guardería a una pequeña habitación que estaba en el pasillo, no lejos de la habitación de mi padre. Todavía teníamos que alejarnos rápidamente cada vez que ese extraño se dejaba oír en las escaleras a las nueve en punto.

Este relato inspiró la siguiente canción popular:

Zwei feine Stieflein hab ich an
Mit wunderweichen Söhlchen dran,
Ein Säcklein hab ich hintenauf!
Husch! trippl' ich rasch die Trepp hinauf.
Und wenn ich in die Stube tret,
Die Kinder beten ihr Gebet:
Von meinem Sand zwei Körnelein
Streu ich auf ihre Äugelein,
Da schlafen sie die ganze Nacht
In Gottes und der Englein Wacht.
Von meinem Sand zwei Körnelein
Streut' ich auf ihre Äugelein:
Den frommen Kindern soll gar schön
Ein froher Traum vorübergehn.
Nun risch und rasch mit Sack und Stab
Nur wieder jetzt die Trepp hinab.
Ich kann nicht länger müßig stehn,
Muß heut noch zu gar vielen gehn.
Da nickt ihr schon und lacht im Traum,
Und öffnete doch mein Säcklein kaum.

Tengo dos bonitas botitas puestas
Con suelas maravillosamente suaves,
¡Tengo un saco en la espalda!
¡Espantar! Tropiezo rápidamente por las escaleras.
Y cuando entro en la habitación
Los niños dicen su oración:
Dos granos de arena de mi arena
espolvoreo sobre sus ojitos,
Luego duermen toda la noche.
En la Vigilia de Dios y los Ángeles.
Dos granos de arena de mi arena
rocié sobre sus ojitos:
Los niños piadosos deben ser muy amables.
Pasa un sueño feliz.
Ahora enérgica y rápidamente con saco y bastón
Solo baja las escaleras otra vez.
ya no puedo quedarme de brazos cruzados
Debe ir a muchos hoy.
Ya estás asintiendo y riendo en tus sueños,
Y, sin embargo, apenas abrí mi bolsita.

Jakob Grimm (1785-1863)
y
Wilhelm Grimm (1786-1859)

Uno de los rasgos que definen al romanticismo germánico es el interés que les generan el folclore y la cultura popular, unas manifestaciones que, como afirman Herder y Schlegel, revelan la esencia del espíritu nacional. Un dato importante lo aportan los hermanos Jakob (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859): su publicación de compilaciones de *Cuentos infantiles y del hogar* o *Leyendas alemanas* (*Kinder und Hausmärchen* 1812 y 1815) que, como *Blancanieves y los siete enanitos*, *Cenicienta* o *Los músicos de Bremen,* forman parte de la herencia cultural de la literatura universal.

Kinder und Hausmärchen (1812)
«Hänsel und Gretel»

Vor einem großen Walde wohnte ein armer Holzhacker mit seiner Frau und seinen zwei Kindern; das Bübchen hieß Hänsel und das Mädchen Gretel. Er hatte wenig zu beißen und zu brechen, und einmal, als große Teuerung ins Land kam, konnte er das tägliche Brot nicht mehr schaffen. Wie er sich nun abends im Bette Gedanken machte und sich vor Sorgen herumwälzte, seufzte er und sprach zu seiner Frau: «Was soll aus uns werden? Wie können wir unsere armen Kinder ernähren da wir für uns selbst nichts mehr haben?».

«Weißt du was, Mann», antwortete die Frau, «wir wollen morgen in aller Frühe die Kinder hinaus in den Wald führen, wo er am dicksten ist. Da machen wir ihnen ein Feuer an und geben jedem noch ein Stückchen Brot, dann gehen wir an unsere Arbeit und lassen sie allein. Sie finden den Weg nicht wieder nach Haus, und wir sind sie los». - «Nein, Frau», sagte der Mann, «das tue ich nicht; wie sollt ich's übers Herz bringen, meine Kinder im Walde allein zu lassen! Die wilden Tiere würden bald kommen und sie zerreißen». - «Oh, du Narr», sagte sie, «dann müssen wir alle viere Hungers sterben, du kannst nur die Bretter für die Särge hobeln», und ließ ihm keine Ruhe, bis er einwilligte. «Aber die armen Kinder dauern mich doch», sagte der Mann.

Die zwei Kinder hatten vor Hunger auch nicht einschlafen können und hatten gehört, was die Stiefmutter zum Vater gesagt hatte. Gretel weinte bittere Tränen und sprach zu Hänsel: «Nun ist's um uns geschehen».

«Still, Gretel», sprach Hänsel, «gräme dich nicht, ich will uns schon helfen». Und als die Alten eingeschlafen waren, stand er auf, zog sein Röcklein an, machte die Untertüre auf und schlich sich hinaus. Da schien der Mond ganz hell, und die weißen Kieselsteine, die vor dem Haus lagen, glänzten wie lauter Batzen. Hänsel bückte sich und steckte so viele in sein Rocktäschlein, als nur hinein wollten. Dann ging er wieder zurück, sprach zu Gretel: «Sei getrost, liebes Schwesterchen, und schlaf nur ruhig ein, Gott wird uns nicht verlassen», und legte sich wieder in sein Bett.

Als der Tag anbrach, noch ehe die Sonne aufgegangen war, kam schon die Frau und weckte die beiden Kinder: «Steht auf, ihr Faulenzer, wir wollen in den Wald gehen und Holz holen». Dann gab sie jedem ein Stückchen Brot und sprach: «Da habt ihr etwas für den Mittag, aber eßt's nicht vorher auf, weiter kriegt ihr nichts». Gretel nahm das Brot unter die Schürze, weil Hänsel die Steine in der Tasche hatte. Danach machten sie sich alle zusammen auf den Weg nach dem Wald. Als sie ein Weilchen gegangen waren, stand Hänsel still und guckte nach dem Haus zurück und tat das wieder und immer wieder. Der Vater sprach:

«Hänsel, was guckst du da und bleibst zurück, hab acht und vergiß deine Beine nicht!» - «Ach, Vater», sagte Hänsel, «ich sehe nach meinem weißen Kätzchen, das sitzt oben auf dem Dach und will mir Ade sagen». Die Frau sprach: «Narr, das ist dein Kätzchen nicht, das ist die Morgensonne, die auf den Schornstein scheint».

Hänsel aber hatte nicht nach dem Kätzchen gesehen, sondern immer einen von den blanken Kieselsteinen aus seiner Tasche auf den Weg geworfen. Als sie mitten in den Wald gekommen waren, sprach der Vater: «Nun sammelt Holz, ihr Kinder, ich will ein Feuer anmachen, damit ihr nicht friert». Hänsel und Gretel trugen Reisig zusammen, einen kleinen Berg hoch. Das Reisig ward angezündet, und als die Flamme recht hoch brannte, sagte die Frau: «Nun legt euch ans Feuer, ihr Kinder, und ruht euch aus, wir gehen in den Wald und hauen Holz. Wenn wir fertig sind, kommen wir wieder und holen euch ab».

Hänsel und Gretel saßen um das Feuer, und als der Mittag kam, aß jedes sein Stücklein Brot. Und weil sie die Schläge der Holzaxt hörten, so glaubten sie, ihr Vater wär' in der Nähe. Es war aber nicht die Holzaxt, es war ein Ast, den er an einen dürren Baum gebunden hatte und den der Wind hin und her schlug. Und als sie so lange gesessen hatten, fielen ihnen die Augen vor Müdigkeit zu, und sie schliefen fest ein. Als sie endlich erwachten, war es schon finstere Nacht. Gretel fing an zu weinen und sprach: «Wie sollen wir nun aus dem Wald kommen?» Hänsel aber tröstete sie: «Wart nur ein Weilchen, bis der Mond aufgegangen ist, dann wollen wir den Weg schon finden». Und als der volle Mond aufgestiegen war, so nahm Hänsel sein Schwesterchern an der Hand und ging den Kieselsteinen nach, die schimmerten wie neugeschlagene Batzen und zeigten ihnen den Weg. Sie gingen die ganze Nacht hindurch und kamen bei anbrechendem Tag wieder zu ihres Vaters Haus. Sie klopften an die Tür, und als die Frau aufmachte und sah, daß es Hänsel und Gretel waren, sprach sie: «Ihr bösen Kinder, was habt ihr so lange im Walde geschlafen, wir haben geglaubt, ihr wollet gar nicht wiederkommen». Der Vater aber freute sich, denn es war ihm zu Herzen gegangen, daß er sie so allein zurückgelassen hatte.

Nicht lange danach war wieder Not in allen Ecken, und die Kinder hörten, wie die Mutter nachts im Bette zu dem Vater sprach: «Alles ist wieder aufgezehrt, wir haben noch einen halben Laib Brot, hernach hat das Lied ein Ende. Die Kinder müssen fort, wir wollen sie tiefer in den Wald hineinführen, damit sie den Weg nicht wieder herausfinden; es ist sonst keine Rettung für uns». Dem Mann fiel's schwer aufs Herz, und er dachte: Es wäre besser, daß du den letzten Bissen mit deinen Kindern teiltest. Aber die Frau hörte auf nichts, was er sagte, schalt ihn und machte ihm Vorwürfe. Wer A sagt, muß B sagen, und weil er das erstemal nachgegeben hatte, so mußte er es auch zum zweitenmal.

Die Kinder waren aber noch wach gewesen und hatten das Gespräch mitangehört. Als die Alten schliefen, stand Hänsel wieder auf, wollte hinaus und die Kieselsteine auflesen, wie das vorigemal; aber die Frau hatte die Tür verschlossen, und Hänsel konnte nicht heraus. Aber er tröstete sein Schwesterchen und sprach:

«Weine nicht, Gretel, und schlaf nur ruhig, der liebe Gott wird uns schon helfen».

Am frühen Morgen kam die Frau und holte die Kinder aus dem Bette. Sie erhielten ihr Stückchen Brot, das war aber noch kleiner als das vorigemal. Auf dem Wege nach dem Wald bröckelte es Hänsel in der Tasche, stand oft still und warf ein Bröcklein auf die Erde. «Hänsel, was stehst du und guckst dich um?» sagte der Vater, «geh deiner Wege!» - «Ich sehe nach meinem Täubchen, das sitzt auf dem Dache und will mir Adesagen», antwortete Hänsel. «Narr», sagte die Frau, «das ist dein Täubchen nicht, das ist die Morgensonne, die auf den Schornstein oben scheint». Hänsel aber warf nach und nach alle Bröcklein auf den Weg.

Die Frau führte die Kinder noch tiefer in den Wald, wo sie ihr Lebtag noch nicht gewesen waren. Da Ward wieder ein großes Feuer angemacht, und die Mutter sagte: «Bleibt nur da sitzen, ihr Kinder, und wenn ihr müde seid, könnt ihr ein wenig schlafen. Wir gehen in den Wald und hauen Holz, und abends, wenn wir fertig sind, kommen wir und holen euch ab». Als es Mittag war, teilte Gretel ihr Brot mit Hänsel, der sein Stück auf den Weg gestreut hatte. Dann schliefen sie ein, und der Abend verging; aber niemand kam zu den armen Kindern. Sie erwachten erst in

der finstern Nacht, und Hänsel tröstete sein Schwesterchen und sagte: «Wart nur, Gretel, bis der Mond aufgeht, dann werden wir die Brotbröcklein sehen, die ich ausgestreut habe, die zeigen uns den Weg nach Haus». Als der Mond kam, machten sie sich auf, aber sie fanden kein Bröcklein mehr, denn die viel tausend Vögel, die im Walde und im Felde umherfliegen, die hatten sie weggepickt. Hänsel sagte zu Gretel: «Wir werden den Weg schon finden». Aber sie fanden ihn nicht. Sie gingen die ganze Nacht und noch einen Tag von Morgen bis Abend, aber sie kamen aus dem Wald nicht heraus und waren so hungrig, denn sie hatten nichts als die paar Beeren, die auf der Erde standen.

Und weil sie so müde waren, daß die Beine sie nicht mehr tragen wollten, so legten sie sich unter einen Baum und schliefen ein.

Nun war's schon der dritte Morgen, daß sie ihres Vaters Haus verlassen hatten. Sie fingen wieder an zu gehen, aber sie gerieten immer tiefer in den Wald, und wenn nicht bald Hilfe kam, mußten sie verschmachten. Als es Mittag war, sahen sie ein schönes, schneeweißes Vögelein auf einem Ast sitzen, das sang so schön, daß sie stehen blieben und ihm zuhörten. Und als es fertig war, schwang es seine Flügel und flog vor ihnen her, und sie gingen ihm nach, bis sie zu einem Häuschen gelangten, auf dessen Dach es sich setzte, und als sie ganz nahe herankamen, so sahen sie, daß das Häuslein aus Brot gebaut war und mit Kuchen gedeckt; aber die Fenster waren von hellem Zucker. «Da wollen wir uns dranmachen», sprach Hänsel, «und eine gesegnete Mahlzeit halten. Ich will ein Stück vom Dach essen, Gretel, du kannst vom Fenster essen, das schmeckt süß». Hänsel reichte in die Höhe und brach sich ein wenig vom Dach ab, um zu versuchen, wie es schmeckte, und Gretel stellte sich an die Scheiben und knupperte daran. Da rief eine feine Stimme aus der Stube heraus:

«Knupper, knupper, Kneischen,
Wer knuppert an meinem Häuschen?»
Die Kinder antworteten:
«Der Wind, der Wind,
Das himmlische Kind»,

und aßen weiter, ohne sich irre machen zu lassen. Hänsel, dem das Dach sehr gut schmeckte, riß sich ein großes Stück davon herunter, und Gretel stieß eine ganze runde Fensterscheibe heraus, setzte sich nieder und tat sich wohl damit. Da ging auf einmal die Türe auf, und eine steinalte Frau, die sich auf eine Krücke stützte, kam herausgeschlichen. Hänsel und Gretel erschraken so gewaltig, daß sie fallen ließen, was sie in den Händen hielten. Die Alte aber wackelte mit dem Kopfe und sprach: «Ei, ihr lieben Kinder, wer hat euch hierher gebracht? Kommt nur herein und bleibt bei mir, es geschieht euch kein Leid». Sie faßte beide an der Hand und führte sie in ihr Häuschen. Da ward ein gutes Essen aufgetragen, Milch und Pfannkuchen mit Zucker, Äpfel und Nüsse. Hernach wurden zwei schöne Bettlein weiß gedeckt, und Hänsel und Gretel legten sich hinein und meinten, sie wären im Himmel.

Die Alte hatte sich nur freundlich angestellt, sie war aber eine böse Hexe, die den Kindern auflauerte, und hatte das Brothäuslein bloß gebaut, um sie herbeizulocken. Wenn eins in ihre Gewalt kam, so machte sie es tot, kochte es und aß es, und das war ihr ein Festtag. Die Hexen haben rote Augen und können nicht weitsehen, aber sie haben eine feine Witterung wie die Tiere und merken's, wenn Menschen herankommen. Als Hänsel und Gretel in ihre Nähe kamen, da lachte sie boshaft und sprach höhnisch: «Die habe ich, die sollen mir nicht wieder entwischen!» Früh morgens, ehe die Kinder erwacht waren, stand sie schon auf, und als sie beide so lieblich ruhen sah, mit den vollen roten Backen, so murmelte sie vor sich hin: «Das wird ein guter Bissen werden». Da packte sie Hänsel mit ihrer dürren Hand und trug ihn in einen kleinen Stall und sperrte ihn mit einer Gittertüre ein. Er mochte schrein, wie er wollte, es half ihm nichts. Dann ging sie zur Gretel, rüttelte sie wach und rief: «Steh auf, Faulenzerin, trag Wasser und koch deinem Bruder etwas Gutes, der sitzt draußen im Stall und soll fett werden. Wenn er fett ist, so will ich ihn essen». Gretel fing an bitterlich zu weinen; aber es war alles vergeblich, sie mußte tun, was die böse Hexe verlangte.

Nun ward dem armen Hänsel das beste Essen gekocht, aber Gretel bekam nichts als Krebsschalen. Jeden Morgen schlich die Alte zu dem Ställchen und rief: «Hänsel, streck deine Finger heraus, damit ich fühle, ob du bald fett bist». Hänsel streckte ihr aber ein Knöchlein heraus, und die Alte, die trübe Augen hatte, konnte es nicht sehen und meinte, es wären Hänsels Finger, und verwunderte sich, daß er gar nicht fett werden wollte. Als vier Wochen herum waren und Hänsel immer mager blieb, da überkam sie die Ungeduld, und sie wollte nicht länger warten. «Heda, Gretel», rief sie dem Mädchen zu, «sei flink und trag Wasser! Hänsel mag fett oder mager sein, morgen will ich ihn schlachten und kochen». Ach, wie jammerte das arme Schwesterchen, als es das Wasser tragen mußte, und wie flossen ihm die Tränen über die Backen herunter!

«Lieber Gott, hilf uns doch», rief sie aus, «hätten uns nur die wilden Tiere im Wald gefressen, so wären wir doch zusammen gestorben!» - «Spar nur dein Geplärre», sagte die Alte, «es hilft dir alles nichts».

Frühmorgens mußte Gretel heraus, den Kessel mit Wasser aufhängen und Feuer anzünden. «Erst wollen wir backen», sagte die Alte, «ich habe den Backofen schon eingeheizt und den Teig geknetet». Sie stieß das arme Gretel hinaus zu dem Backofen, aus dem die Feuerflammen schon herausschlugen «Kriech hinein», sagte die Hexe, «und sieh zu, ob recht eingeheizt ist, damit wir das Brot hineinschieben können». Und wenn Gretel darin war, wollte sie den Ofen zumachen und Gretel sollte darin braten, und dann wollte sie's aufessen. Aber Gretel merkte, was sie im Sinn hatte, und sprach: «Ich weiß nicht, wie ich's machen soll; wie komm ich da hinein?» - «Dumme Gans», sagte die Alte, «die Öffnung ist groß genug, siehst du wohl, ich könnte selbst hinein», krabbelte heran und steckte den Kopf in den Backofen. Da gab ihr Gretel einen Stoß, daß sie weit hineinfuhr, machte die eiserne Tür zu und schob den Riegel vor. Hu! Da fing sie an zu heulen, ganz grauselich; aber Gretel lief fort, und die gottlose Hexe mußte elendiglich verbrennen.

Gretel aber lief schnurstracks zum Hänsel, öffnete sein Ställchen und rief: «Hänsel, wir sind erlöst, die alte Hexe ist tot». Da sprang Hänsel heraus wie ein Vogel aus dem Käfig, wenn ihm die Türe aufgemacht wird.

Wie haben sie sich gefreut sind sich um den Hals gefallen, sind herumgesprungen und haben sich geküßt! Und weil sie sich nicht mehr zu fürchten brauchten, so gingen sie in das Haus der Hexe hinein. Da standen in allen Ecken Kasten mit Perlen und Edelsteinen. «Die sind noch besser als Kieselsteine», sagte Hänsel und steckte in seine Taschen, was hinein wollte. Und Gretel sagte: «Ich will auch etwas mit nach Haus bringen», und füllte sein Schürzchen voll. «Aber jetzt wollen wir fort», sagte Hänsel, «damit wir aus dem Hexenwald herauskommen». Als sie aber ein paar Stunden gegangen waren, gelangten sie an ein großes Wasser. «Wir können nicht hinüber», sprach Hänsel, «ich seh keinen Steg und keine Brücke». - «Hier fährt auch kein Schiffchen», antwortete Gretel, «aber da schwimmt eine weiße Ente, wenn ich die bitte, so hilft sie uns hinüber».

Da rief sie:

«Entchen, Entchen,
Da steht Gretel und Hänsel.
Kein Steg und keine Brücke,
Nimm uns auf deinen weißen Rücken».

Das Entchen kam auch heran, und Hänsel setzte sich auf und bat sein Schwesterchen, sich zu ihm zu setzen. «Nein», antwortete Gretel», «es wird dem Entchen zu schwer, es soll uns nacheinander hinüberbringen». Das tat das gute Tierchen, und als sie glücklich drüben waren und ein Weilchen fortgingen, da kam ihnen der Wald immer bekannter und immer bekannter vor, und endlich erblickten sie von weitem ihres Vaters Haus. Da fingen sie an zu laufen, stürzten in die Stube hinein und fielen ihrem Vater um den Hals. Der Mann hatte keine frohe Stunde gehabt, seitdem er die Kinder im Walde gelassen hatte, die Frau aber war gestorben. Gretel schüttelte sein Schürzchen aus, daß die Perlen und Edelsteine in der Stube herumsprangen, und Hänsel warf eine Handvoll nach der andern aus seiner Tasche dazu. Da hatten alle Sorgen ein Ende, und sie lebten

in lauter Freude zusammen. Mein Märchen ist aus, dort lauft eine Maus, wer sie fängt, darf sich eine große Pelzkappe daraus machen.

Cuentos infantiles y del hogar (1812)
«Hansel y Gretel»

Frente a un gran bosque vivía un pobre leñador con su esposa y dos hijos; el nombre del niño era Hansel y el nombre de la niña era Gretel. Tenía poco que comer porque sufrían una gran escasez en el país y nadie podía ganarse el pan de cada día. Una noche mientras el padre reinaba en la cama dando vueltas y vueltas en su cabeza a las preocupaciones, tras suspiro dijo a su esposa:

-¿Qué será de nosotros? ¿Cómo podemos alimentar a nuestros pobres hijos si no nos queda nada para nosotros?

-¿Sabes cómo, hombre? -respondió la mujer-. Mañana llevamos a los niños al bosque en su parte más espesa. Les encendemos una fogata y les damos a cada uno un trozo de pan, los dejamos solos, y nos marchamos a nuestro trabajo. Como no podrán encontrar el camino de regreso a casa, nos libraremos de ellos.

-No, mujer -dijo el marido- no haré eso, ¡cómo podría tener el corazón de dejar a mis hijos solos en el bosque! Las fieras pronto vendrían y los despedazarían.

-Oh, tonto -dijo ella- entonces los cuatro nos veremos obligados a morir de hambre y solo preparando nuestros ataúdes.

Ella siguió insistiendo hasta que el marido accedió. «Lo siento», le dijo «por los pobres niños».

Los dos niños tampoco habían podido conciliar el sueño porque tenían hambre y porque habían escuchado lo que su madrastra le había dicho a su padre. Gretel lloró lágrimas amargas y le dijo a Hansel: «Ahora todo se acabó para nosotros».

-Calla, Gretel -dijo Hansel- no te preocupes porque yo te ayudaré.

Y cuando los ancianos se durmieron, él se levantó, se puso su pequeño abrigo, abrió la puerta de abajo y salió sigilosamente. Entonces la luna brillaba muy intensamente y los guijarros blancos que yacían frente a la casa también brillaban luminosamente. Hansel se agachó y metió tantas piedras en el bolsillo de su abrigo como pudo. Luego volvió de nuevo, le dijo a Gretel: «Ten ánimo, querida hermanita, y vete a dormir, Dios no nos dejará», y se recostó en su cama.

Cuando amaneció, antes de que saliera el sol, vino la madre y despertó a los dos niños: «Levántense, holgazanes, vayamos al bosque a buscar leña». Luego les dio un trozo de pan y dijo: «Aquí tienen algo para almorzar, pero no se lo coman rápidamente porque no obtendrán nada más». Gretel puso el pan debajo de su delantal porque Hansel tenía las piedras en el bolsillo. Después de eso, todos partieron juntos hacia el bosque. Cuando hubieron caminado un poco, Hansel se detuvo y miró hacia la casa una y muchas veces. El padre dijo:

-Hansel, ¿qué estás mirando y por qué te quedas tan atrás? ¡Ten cuidado y no olvides de mover más rápidamente las piernas!

-Ay, padre -dijo Hansel- estoy cuidando a mi gatito blanco, que está sentado en el techo de la casa y quiere despedirse de mí

La mujer dijo:

-Tonto, ese no es tu gatito, ese es el sol de la mañana que brilla en la chimenea.

Hansel, sin embargo, no había mirado al gatito, sino que siempre había tirado una de las piedras brillantes de su bolsillo al camino. Cuando llegaron al medio del bosque, el padre dijo: «Ahora, niños, recojan leña, quiero encender un fuego para que no se congelen». Hansel y Gretel

recogieron maleza en lo alto de una pequeña colina. Los palos se encendieron y, cuando la llama ya estaba bastante alta, la mujer dijo: «Ahora, niños, acuéstense junto al fuego y descansen, vamos al bosque a cortar leña. Cuando terminemos, volveremos y os recogeremos».

Hansel y Gretel se sentaron alrededor del fuego y, cuando llegó el mediodía, cada uno comió su pequeño pedazo de pan. Tras escuchar unos golpes del hacha de madera, pensaron que su padre estaba cerca. Pero no era el hacha de madera, era una rama que había atado a un árbol seco y que el viento azotaba de un lado a otro. Tras estar sentados durante tanto tiempo, sus ojos se cerraron por el cansancio y se durmieron profundamente. Cuando finalmente despertaron ya era una noche oscura. Gretel comenzó a llorar y dijo: «¿Cómo sabremos salir del bosque ahora?». Pero Hansel la consoló: «Solo espera un poco hasta que salga la luna, luego encontraremos el camino». Y cuando salió la luna llena, Hansel tomó a su hermana de la mano y fue tras los guijarros, que brillaban como si estuvieran recién arrancados y que les mostraba el camino de regreso a su hogar. Caminaron durante la noche y llegaron a la casa de su padre al amanecer. Llamaron a la puerta y, cuando la mujer abrió y vio que eran Hansel y Gretel, dijo:

-Niños traviesos, ¿por qué han estado durmiendo tanto tiempo en el bosque? Pensábamos que no querían regresar.

No mucho tiempo después volvió a haber necesidad en todos los rincones, y los niños escucharon a la madre hablar con el padre por la noche en la cama: «Todo se ha comido otra vez, todavía tenemos media barra de pan, después de eso la canción terminará». Los niños tienen que alejarse más adentro del bosque para que no vuelvan a encontrar el camino, de lo contrario no hay salvación para nosotros». El padre, sintiendo lo que le decía su corazón, le dijo a su mujer: «Sería mejor que compartiéramos el último bocado con los hijos». Pero la mujer no escuchó nada de lo que dijo, lo regañó y lo reprochó: «Quien dice A debe decir B, y como lo habían hecho la primera vez, tendrían que hacerlo también en la segunda».

Pero los niños todavía estaban despiertos y habían escuchado la conversación. Cuando los ancianos se durmieron, Hansel se levantó de nuevo y quiso salir a recoger los guijarros, como antes; pero la mujer había cerrado la puerta y Hansel no podía salir. Pero él consoló a su hermanita y le dijo:

-No llores, Gretel, y duerme tranquila, porque el buen Dios nos ayudará.

Temprano por la mañana la mujer acudió y sacó a los niños de la cama. Recibieron su pedazo de pan que era aún más pequeño que los anteriores. Durante el camino hacia el bosque, Hansel lo desmenuzó en su bolsillo, a menudo se detenía y tiraba una miga al suelo.

-Hansel, ¿por qué estás parado y mirando a tu alrededor? -dijo el padre-. ¡Sigue tu propio camino!

-Estoy cuidando a mi pequeña paloma, que está sentada en el techo y quiere despedirse de mí -respondió Hansel.

-Tonto -dijo la mujer-. Esa no es tu paloma, es el sol de la mañana que brilla en la chimenea de arriba.

Pero, poco a poco, Hansel fue tirando todas las migajas por el camino.

La mujer condujo a los niños más adentro del bosque, donde nunca antes habían estado en sus vidas. Volvió a hacer un gran fuego y dijo: «Siéntense ahí, niños, y si están cansados, pueden dormir un poco. Iremos al bosque y cortaremos leña, y por la noche vendremos a recogeros». Cuando llegó el mediodía, Gretel compartió su pan con Hansel, quien había esparcido su pedazo en el camino. Luego se durmieron y pasó la tarde; pero nadie vino por los niños. Se despertaron en la oscuridad de la noche, y Hansel consoló a su hermanita y le dijo:

-Espera, Gretel, hasta que salga la luna, entonces veremos las migajas de pan que he esparcido, ya comprobarás cómo nos muestran el camino a casa.

Cuando salió la luna, se levantaron, pero no encontraron más fragmentos, porque los miles de pájaros que volaban en el bosque y en los campos se los habían llevado. Hansel le dijo a Gretel: «Encontraremos el camino». Pero no lo encontraron. Caminaron toda la noche y otro día desde la mañana hasta la tarde, pero nunca salieron del bosque y tenían mucha hambre, porque no tenían nada más que las escasas frutas caídas en el suelo.

Y como estaban tan cansados que sus piernas ya no podían sostenerlos, se acostaron debajo de un árbol y se durmieron.

Era ahora la tercera mañana desde que habían dejado la casa de sus padres. Comenzaron a caminar de nuevo, pero se adentraron más y más en el bosque pensando que, si la ayuda no llegaba pronto, perecerían. Cuando llegó el mediodía vieron un hermoso pajarito blanco como la nieve posado en una rama, y cantaba tan hermosamente que se detuvieron y lo escucharon. Y cuando estuvo listo, batió sus alas y voló delante de ellos, y ellos lo siguieron hasta que llegaron a una casita construida de pan y cubierta con tortas; las ventanas eran de azúcar morena.

-Sigamos adelante -dijo Hansel-, y disfrutemos de esta rica comida. Quiero comerme un pedazo del techo, Gretel, puedes comerte la ventana, sabe dulce.

Hansel levantó la mano y rompió un poco el techo para probar cómo sabía, y Gretel se paró ante los cristales y los empujó. Entonces una hermosa voz gritó desde la habitación:

«Knupper, nupper, chillar,
¿Quién está hurgando en mi casa?»
Los niños respondieron:
«El viento, el viento».

Y siguió comiendo sin parar. Hansel, a quien le gustaba mucho el techo, le arrancó un gran trozo y Gretel empujó un cristal redondo entero de la ventana, se sentó y se sintió contenta. De repente se abrió la puerta y salió sigilosamente una anciana apoyada en una muleta. Hansel y Gretel estaban tan asustados que dejaron caer lo que tenían en las manos. Pero la anciana movió la cabeza y dijo:

-Oh, queridos niños, ¿quién os trajo aquí? Entren y quédense conmigo, nadie os hará daño.

Los tomó a ambos de la mano y los condujo a su casita. Les sirvió una buena comida, leche y galletas con azúcar, manzanas y nueces. En unas hermosas camitas cubiertas de blanco Hansel y Gretel se acostaron y pensaron que estaban en el cielo.

Hansel comió unos excelentes platos, pero Gretel solo recibió unos caparazones de cangrejo. Todas las mañanas, la anciana se acercaba sigilosamente al establo donde lo había escondido y le gritaba: «Hansel, estira los dedos para que pueda comprobar si estás engordando». Pero Hansel sacaba un hueso, y la anciana, que tenía los ojos apagados, no lo veía bien y pensaba que eran los dedos de Hansel, y se sorprendía de que no estuviera engordando. Cuando pasaron cuatro semanas y Hansel seguía estando delgado, la impaciencia se apoderó de ella y no quiso esperar más.

-Oye, Gretel -le dijo a la niña-. ¡Date prisa y trae agua! Aunque Hansel esté gordo o flaco, mañana quiero matarlo y cocinarlo.

La pobre hermanita lloraba y lloraba cada vez que la obligada a llevar el agua.

-Querido Dios, por favor ayúdanos -exclamó-, si tan solo los animales salvajes del bosque nos hubieran comido, ¡habríamos muerto juntos!

-Ahórrate los llantos -dijo la anciana-, nada de eso te ayudará.

Gretel tuvo que salir temprano por la mañana, llenar la tetera de agua y encender el fuego.

-Primero queremos hornear -dijo la anciana-, ya calenté el horno y amasé la masa.

Empujó a la pobre Gretel hacia el horno, del que ya salían llamas:

-Entra sigilosamente -dijo la bruja-, y mira si está bien caliente para que podamos poner el pan.

Y tras meter a Gretel dentro, pretendía cerrar el horno y dejar que Gretel se asara allí para, luego, comérselo. Pero Gretel se dio cuenta de lo que tenía en mente y dijo:

-No sé cómo hacerlo, ¿cómo entro allí?

-Ganso estúpido -dijo la anciana-, la abertura es lo suficientemente grande, ya ves, podría entrar yo misma.

Se arrastró y metió la cabeza en el horno. Entonces Gretel le dio un empujón que la dejó dentro, cerró la puerta de hierro y echó el pestillo. «¡Guau!», entonces ella comenzó a aullar, muy horriblemente; pero Gretel se escapó, y la bruja impía fue miserablemente quemada hasta la muerte.

Pero Gretel corrió directamente hacia Hansel, abrió la pequeña puerta y gritó:

-Hansel, estamos salvados, la vieja bruja está muerta.

Entonces Hansel saltó como un pájaro de una jaula cuando le abrieron la puerta.

¡Qué felices estaban, se abrazaban, saltaban y se besaban! Y como ya no necesitaban tener miedo, entraron en la casa de la bruja. Había cajas con perlas y piedras preciosas en todos los rincones.

-Estos son incluso mejores que los guijarros- dijo Hansel, y se metió en los bolsillos todas las que pudo. Y Gretel dijo:

-Yo también quiero llevar algo a casa conmigo.

Y llenó su delantal por completo.

-Pero ahora debemos irnos -dijo Hansel-, para poder salir del bosque de las brujas.

Cuando ya habían caminado unas horas, llegaron a una gran masa de agua.

-No podemos cruzar -dijo Hansel-, no puedo ver ningún embarcadero o puente.

-Aquí tampoco hay bote -respondió Gretel- pero hay un pato blanco nadando allí, si se lo pido, nos ayudará a cruzar.

Entonces ella llamó:

> «Patito, patito,
> Ahí están Gretel y Hansel.
> Sin embarcadero y sin puente,
> Llévanos sobre tu espalda blanca».

El patito vino y Hansel se incorporó y le pidió a su hermanita que se sentara con él.

-No -respondió Gretel-, va a ser demasiado pesado para el patito, vamos a tomarlo uno tras otro.

Así hizo el buen animalito, y, felices, el bosque les parecía cada vez más familiar, y, por fin, vieron de lejos la casa de su padre. Luego comenzaron a correr, entraron precipitadamente en la habitación y echaron sus brazos alrededor del cuello de su padre. El padre no había tenido un momento feliz desde que dejó a los niños en el bosque y, desgraciadamente, su mujer ya había muerto. Gretel sacudió su delantal y las perlas y las piedras preciosas saltaron por la habitación, y Hansel tiró puñados de su bolsillo. Entonces todas las preocupaciones terminaron y vivieron juntos con total alegría. Mi cuento de hadas ha terminado, hay un ratón corriendo por ahí, quien lo atrape puede hacer un gran gorro de piel con él.

INGLATERRA

Inglaterra, junto con Alemania, es una de las cunas del Romanticismo. Con una fuerte tradición prerromántica, la literatura inglesa de la primera mitad del siglo XIX se caracteriza por la calidad de sus poetas, por el desarrollo de la novela histórica, en especial, la gótica o de terror.

Debemos tener en cuenta que el Romanticismo inglés fue en su madurez cuando representó una verdadera revolución porque, aunque al principio mantenía casi todas las formas externas, a veces disimulaba su novedad e inicia unos modos de concebir la creación poética que serán entendidos y valorados pasado algún tiempo.

Tengamos en cuenta que Inglaterra, durante este periodo dio un paso decisivo hacia la hegemonía mundial debido a dos factores: su poderosa industrialización y su victoria sobre Napoleón, dos hechos que determinaron que los ideales de libertad fueran minoritarios y teóricos.

En Inglaterra no aspiran a crear grandes ideas metafísicas como ocurre en Alemania sino que, sobre todo, pretenden realizar unos análisis concretos de la realidad natural y se ve posible la fuga hacia adelante, hacia una realidad remota para morir en rebeldía o, incluso, para protestar ante la sociedad. No se intenta habitar en un mundo de ilusiones como sucede en el Romanticismo alemán.

Precursores

Durante el siglo XVIII varios literatos anticiparon el romanticismo en Inglaterra. James Thomson (1700-1748) dibuja el paisaje como el reflejo de las emociones del poeta, Edward Young (1683-1765) sitúa sus inquietudes en un escenario nocturno y Thomas Gray (1716-1771) elige para algunas de sus creaciones un cementerio de aldea.

William Blake (1757-1827)

William Blake poeta, pintor y filósofo recrea unas imágenes oníricas de resonancias bíblicas que preludian las inquietudes de románticos posteriores. En sus *Songs of Innocence* (*Cantares de inocencia*) y en sus *Songs of Experience* (*Canciones de experiencia*) proclama sus ideales humanos y manifiesta su desilusión por los resultados de la Revolución francesa. Denuncia el egoísmo humano y la ineficacia de las instituciones sociales para paliar los sufrimientos de los individuos.

The Angel (*El ángel*) es un viaje hacia lo más profundo del subconsciente, el ámbito secreto en el que se generan los sueños y las pesadillas. ¿Qué significa ser visitado en tu sueño por un ángel?

The Angel (1794)

I Dreamt a Dream! what can it mean?
And that I was a maiden Queen:
Guarded by an Angel mild:
Witless woe, was ne'er beguil'd!

And I wept both night and day
And he wip'd my tears away
And I wept both day and night
And hid from him my hearts delight.

So he took his wings and fled:
Then the morn blush'd rosy red:
I dried my tears & armed my fears,
With ten thousand shields and spears.

Soon my Angel came again;
I was arm'd, he came in vain:
For the time of youth was fled,
And grey hairs were on my head.

El ángel (1794)

Un sueño he soñado ¿cuál es su significado?
Yo era una virgen con un reinado,
Un ángel bueno me custodiaba,
(¡Maldito llanto a nadie encantaba!)

Lloraba de noche, lloraba de día,
Mis lágrimas él recogía
Lloraba de día, lloraba de noche,
Supe yo ocultarle mi goce.

La mañana se ruborizó
Él sacó sus alas y voló.
Sequé mi rostro, armé el temor:
Escudos, lanzas, diez mil o mayor.

Pronto mi Ángel regresó:
Armada estaba yo, él vino en vano;
Pues el joven tiempo desapareció
Y así mi cabello encaneció.

Fragmento del poema «London» en el que dibuja algunos de los males sociales de la vida inglesa del siglo XVIII.

I wander thro' each charter'd street,
Near where the charter'd Thames does flow.
And mark in every face I meet
Marks of weakness, marks of woe.

In every cry of every Man,
In every Infants cry of fear,
In every voice: in every ban,
The mind-forg'd manacles I hear

How the Chimney-sweepers cry
Every blackning Church appalls,
And the hapless Soldiers sigh
Runs in blood down Palace walls

But most thro' midnight streets I hear
How the youthful Harlots curse
Blasts the new-born Infants tear
And blights with plagues the Marriage hearse.

Deambulo por cada calle autorizada,
Cerca de donde fluye el Támesis fletado.
Y marco en cada rostro que encuentro
Marcas de debilidad, marcas de aflicción.

En cada grito de cada Hombre,
En cada llanto infantil de miedo,
En cada voz: en cada prohibición,
Las esposas forjadas por la mente que escucho

Cómo lloran los deshollinadores
Toda Iglesia ennegrecida horroriza,
Y los soldados desventurados suspiran
Corre en sangre por las paredes del palacio

Pero la mayoría de las calles de medianoche escucho
Cómo maldicen las jóvenes rameras
Explosiona la lágrima de los recién nacidos
y arruina con plagas el coche fúnebre del matrimonio.

LA POESÍA ROMÁNTICA

William Wordsworth (1770-1850) y Samuel Taylor Coleridge (1772-1834)

El romanticismo inglés se inicia en 1798 con *Lyrical Ballads* (*Las Baladas líricas*) compuestas por William Wordsworth y Samuel Coleridge. En el prólogo, considerado como el manifiesto del Romanticismo inglés, se indica que la mayor parte de las composiciones son unos «experimentos» para determinar «hasta qué punto el lenguaje de la conversación de las personas de clases medias y bajas es apto para cumplir los propósitos del placer estético». Las cuatro primeras composiciones son de Coleridge y las restantes de Wordsworth.

En su *Biographia literaria* (1818), Wordsworth explica que sus poemas están dirigidos a personas y a personajes «sobrenaturales», o, al menos, «románticos» y que su intención es despertar el interés humano para despejar las sombras de la incredulidad sobre la «fe poética». Wordsworth, entusiasmado con la Revolución francesa, en su búsqueda de la universalidad de la poesía, pretende democratizar el lenguaje y evitar la tradicional

«dicción poética» que, como es sabido estaba impuesta por el imperativo clásico del «decorum».

Sus poesías expresan el misterio y la emoción que la belleza de la naturaleza proporciona para escapar del ruido del mundo burgués e industrializado. Nos recuerdan la luminosa visión del mundo que disfrutó durante la infancia y se esfumó en la edad adulta: «aquel tiempo en que la pradera, la arboleda y el arroyo, / la tierra y todo cuanto alcanzaba a divisar, / me parecían aureolados de una luz celestial, / en la gloriosa frescura de los sueños».

William Wordsworth (1770-1850)

She Was a Phantom of Delight (1803)[15]

She was a Phantom of delight
When first she gleamed upon my sight;
A lovely Apparition, sent
To be a moment's ornament;
Her eyes as stars of Twilight fair;
Like Twilight's, too, her dusky hair;
But all things else about her drawn
From May-time and the cheerful Dawn;
A dancing Shape, an Image gay,
To haunt, to startle, and way-lay.
I saw her upon nearer view,
A Spirit, yet a Woman too!
Her household motions light and free,
And steps of virgin-liberty;
A countenance in which did meet
Sweet records, promises as sweet;
A Creature not too bright or good
For human nature's daily food;
For transient sorrows, simple wiles,
Praise, blame, love, kisses, tears, and smiles.
And now I see with eye serene
The very pulse of the machine;
A Being breathing thoughtful breath,
A Traveller between life and death;
The reason firm, the temperate will,
Endurance, foresight, strength, and skill;
A perfect Woman, nobly planned,
To warn, to comfort, and command;
And yet a Spirit still, and bright
With something of angelic light.

[15] Wordsworth confesó que lo dedicó a su esposa y que «fue escrito desde mi corazón».

Ella era un fantasma del deleite **(1803)**

Ella era un fantasma del deleite
cuando por vez primera la vi,
ante mis ojos resplandeciente:
una adorable aparición enviada;
para adornar un instante;
sus ojos eran como estrellas del crepúsculo,
y del ocaso también sus cabellos oscuros.
Pero todo el resto de ella
provenía de la primavera y su alegre amanecer;
una forma danzante, una imagen radiante
para acosar, sobresaltar y acechar.
La observé más de cerca: un espíritu
¡pero una mujer también!
Leves y etéreos sus movimientos de hogar,
y su paso era de virginal libertad;
un semblante en el que se contemplaban
dulces recuerdos y también promesas;
para cotidiano alimento del ser,
para dolores fugaces, engaños simples,
alabanzas, reproches, amor, besos, lágrimas sonrisas.
Ahora veo con ojos serenos
el mismo pulso de la máquina;
un ser respirando un aire meditado,
una peregrina entre la vida y la muerte,
la razón firme, la templada voluntad,
paciencia, previsión, fuerza y destreza.
Una mujer perfecta,
noblemente planeada para advertir,
para consolar y ordenar.
Y aún así un espíritu que resplandece
con algo de luz angelical.

I Wandered Lonely as a Cloud **(1807)**

I wandered lonely as a cloud
That floats on high o'er vales and hills,
When all at once I saw a crowd,
A host, of golden daffodils;
Beside the lake, beneath the trees,
Fluttering and dancing in the breeze.
Continuous as the stars that shine
And twinkle on the milky way,
They stretched in never-ending line
Along the margin of a bay:
Ten thousand saw I at a glance,
Tossing their heads in sprightly dance.

The waves beside them danced; but they
Out-did the sparkling waves in glee:
A poet could not but be gay,
In such a jocund company:
I gazed—and gazed—but little thought
What wealth the show to me had brought:
For oft, when on my couch I lie
In vacant or in pensive mood,
They flash upon that inward eye
Which is the bliss of solitude;
And then my heart with pleasure fills,
And dances with the daffodils.

Iba solitario como una nube (1807)

Iba solitario como una nube
que flota sobre valles y colinas,
cuando de pronto vi una muchedumbre
de dorados narcisos: se extendían
junto al lago, a la sombra de los árboles,
en danza con la brisa de la tarde.

Reunidos como estrellas que brillaran
en el cielo lechoso del verano,
poblaban una orilla junto al agua
dibujando un sendero ilimitado.
Miles se me ofrecían a la vista,
moviendo sus cabezas danzarinas.

El agua se ondeaba, pero ellas
mostraban aún más viva alegría.
¿Cómo, si no feliz, será un poeta
en tan clara y gozosa compañía?
Mis ojos se embebían, ignorando
que aquel prodigio suponía un bálsamo.

Porque a menudo, tendido en mi cama,
pensativo o con ánimo cansado,
los veo en el ojo interior del alma
que es la gloria del hombre solitario.
y mi pecho recobra su hondo ritmo
y baila una vez más con los narcisos.

Samuel Coleridge (1772-1834)

Poeta, crítico y filósofo es uno de los fundadores, junto con su amigo y colaborador William Wordsworth, del Romanticismo en Inglaterra. Además de sus poemas tan conocidos *Rime of the Ancient Mariner* y *Kubla Khan*, es importante su obra en prosa *Biographia Literaria*. Tras establecer contactos con la filosofía alemana, principalmente con Kant, se dedicó a la teoría, a la crítica y al periodismo literario. En la *Balada del viejo marinero* cuenta cómo este detuvo a un invitado a una boda para contarle con detalles sus desdichas, y en *Kubla Khan* narra sus sueños bajo los efectos del narcótico que tomaba para calmar sus dolencias.

Kubla Khan

In Xanadu did Kubla Khan
A stately pleasure dome decree:
Where Alph, the sacred river, ran
Through caverns measureless to man
  Down to a sunless sea.
So twice five miles of fertile ground
With walls and towers were girdled round:
And there were gardens bright with sinuous rills,
Where blossomed many an incense-bearing tree;
And here were forests ancient as the hills,
Enfolding sunny spots of greenery.

But oh! that deep romantic chasm which slanted
Down the green hill athwart a cedarn cover!
A savage place! as holy and enchanted
As e'er beneath a waning moon was haunted
By woman wailing for her demon lover!
And from this chasm, with ceaseless turmoil seething,
As if this earth in fast thick pants were breathing,
A mighty fountain momently was forced:
Amid whose swift half-intermitted burst
Huge fragments vaulted like rebounding hail,
Or chaffy grain beneath the thresher's flail:
And ’mid these dancing rocks at once and ever
It flung up momently the sacred river.
Five miles meandering with a mazy motion
Through wood and dale the sacred river ran,
Then reached the caverns measureless to man,
And sank in tumult to a lifeless ocean:
And ’mid this tumult Kubla heard from far
Ancestral voices prophesying war!

The shadow of the dome of pleasure
Floated midway on the waves;
Where was heard the mingled measure
From the fountain and the caves.
It was a miracle of rare device,
A sunny pleasure-dome with caves of ice!

A damsel with a dulcimer
In a vision once I saw;
It was an Abyssinian maid,
And on her dulcimer she played,
Singing of Mount Abora.
Could I revive within me
Her symphony and song,
To such a deep delight 'twould win me,
That with music loud and long,
I would build that dome in air,
That sunny dome! those caves of ice!
And all who heard should see them there,
And all should cry, Beware! Beware!
His flashing eyes, his floating hair!
Weave a circle round him thrice,
And close your eyes with holy dread,
For he on honey-dew hath fed,
And drunk the milk of Paradise.

Kubla Khan

En Xanadú, Kubla Khan
mandó que levantaran su cúpula señera:
allí donde discurre Alfa, el río sagrado,
por cavernas que nunca ha sondeado el hombre,
hacia una mar que el sol no alcanza nunca.
Dos veces cinco millas de tierra muy feraz
ciñeron de altas torres y murallas:
y había allí jardines con brillo de arroyuelos,
donde, abundoso, el árbol de incienso florecía,
y bosques viejos como las colinas
cercando los rincones de verde soleado.

¡Oh sima de misterio, que se abría
bajo la verde loma, cruzando entre los cedros!
Era un lugar salvaje, tan sacro y hechizado
como el que frecuentara, bajo menguante luna,
una mujer, gimiendo de amor por un espíritu.
Y del abismo hirviente y con fragores
sin fin, cual si la tierra jadeara,
hízose que brotara un agua caudalosa,
entre cuyo manar veloz e intermitente
se enlazaban fragmentos enormes, a manera
de granizo o de mieses que el trillador separa:

y en medio de las rocas danzantes, para siempre,
lanzose el sacro río.
Cinco millas de sierpe, como en un laberinto,
siguió el sagrado río por valles y collados,
hacia aquellas cavernas que no ha medido el hombre,
y hundiose con fragor en una mar sin vida:
y en medio del estruendo, oyó Kubla, lejanas,
las voces de otros tiempos, augurio de la guerra.

La sombra de la cúpula deliciosa flotaba
encima de las ondas,
y allí se oía aquel rumor mezclado
del agua y las cavernas.
¡Oh, singular, maravillosa fábrica:
sobre heladas cavernas la cúpula de sol!

Un día, en mis ensueños,
una joven con un salterio aparecía
llegaba de Abisinia esa doncella
y pulsaba el salterio;
cantando las montañas de Aboré.
Si revivir lograra en mis entrañas
su música y su canto,
tal fuera mi delicia,
que con la melodía potente y sostenida
alzaría en el aire aquella cúpula,
la cúpula de sol y las cuevas de hielo.
Y cuantos me escucharan las verían
y todos clamarían: «¡Deteneos!
¡Ved sus ojos de llama y su cabello loco!
Tres círculos trazad en torno suyo
y los ojos cerrad con miedo sacro,
pues se nutrió con néctar de las flores
y la leche probó del Paraíso».

POETAS LÍRICOS ROMÁNTICOS

Lord Byron (1788-1824)

Lord Byron (1788-1824), por su talento poético, por su personalidad deslumbrante, por sus comportamientos extravagantes y por su variada y extensa obra, atrajo la atención de los críticos y alcanzó una amplia popularidad social. Sus primeras composiciones poéticas son ya plenamente románticas. *The Corsair* (*El corsario*, 1814) es una leyenda en verso de un héroe individualista y rebelde. Su obra maestra es el extenso e incompleto *Don Juan*, sobre el famoso seductor.

The Corsair (1814)

Nessun maggior dolore,
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria.

Dante

- I -

O'er the glad waters of the dark blue sea,
Our thoughts as boundless, and our souls as free,
Far as the breeze can bear, the billows foam,
Survey our empire and behold our home!
These are our realms, no limits to their sway—
Our flag the sceptre all who meet obey.
Ours the wild life in tumult still to range
From toil to rest, and joy in every change.
Oh, who can tell? not thou, luxurious slave!
Whose soul would sicken o'er the heaving wave;
Not thou, vain lord of wantonness and ease!
Whom slumber soothes not—pleasure cannot please—
Oh, who can tell, save he whose heart hath tried,
And danc'd in triumph o'er the waters wide,
The exulting sense—the pulse's maddening play,
That thrills the wanderer of that trackless way?
That for itself can woo the approaching fight,
And turn what some deem danger to delight;
That seeks what cravens shun with more than zeal,
And where the feebler faint—can only feel—
Feel—to the rising bosom's inmost core,
Its hope awaken and its spirit soar?
No dread of death—if with us die our foes—
Save that it seems even duller than repose:
Come when it will—we snatch the life of life—
When lost—what recks it—by disease or strife?
Let him who crawls enamoured of decay,
Cling to his couch, and sicken years away;
Heave his thick breath; and shake his palsied head;
Ours—the fresh turf, and not the feverish bed.
While gasp by gasp he faulters forth his soul,
Ours with one pang—one bound—escapes controul.
His corse may boast it's urn and narrow cave,
And they who loath'd his life may gild his grave:
Ours are the tears, though few, sincerely shed,
When Ocean shrouds and sepulchres our dead.
For us, even banquets fond regret supply
In the red cup that crowns our memory;
And the brief epitaph in danger's day,
When those who win at length divide the prey,
And cry, Remembrance saddening o'er each brow,
How had the brave who fell exulted now!

El Corsario (1814)

- I -

Sobre las alegres aguas del mar azul oscuro,
Nuestros pensamientos como ilimitados, y nuestras almas como libres,
Hasta donde la brisa puede soportar, las olas hacen espuma,
¡Inspecciona nuestro imperio y contempla nuestro hogar!
Estos son nuestros reinos, no hay límites para su dominio.
Nuestra bandera el cetro todos los que se reúnen obedecen
Nuestra la vida salvaje en tumulto todavía a rango
Del trabajo al descanso, y alegría en cada cambio.
Oh, ¿quién puede decirlo? ¡tú no, esclavo lujoso!
Cuya alma se enfermaría por la ola agitada;
¡Tú no, vanidoso señor de la lujuria y la comodidad!
A quien el sueño no calma, el placer no puede complacer,
Oh, ¿quién puede decir, sino aquel cuyo corazón ha probado,
Y bailó en triunfo sobre las amplias aguas,
El sentido exultante, el juego enloquecedor del pulso,
¿Eso emociona al vagabundo de ese camino sin huellas?
Eso por sí mismo puede atraer la pelea que se avecina,
Y convierte en deleite lo que algunos consideran un peligro;
Que busca lo que los cobardes evitan con más celo,
Y donde los más débiles se desmayan—sólo pueden sentir—
Siente, hasta el centro más íntimo del seno que se eleva,
¿Su esperanza despierta y su espíritu se eleva?
Sin temor a la muerte, si con nosotros mueren nuestros enemigos,
Salvo que parece aún más aburrido que el reposo:
Venga cuando sea—arrebataremos la vida de la vida—
Cuando se pierde, ¿qué importa, por enfermedad o contienda?
Que el que se arrastra enamorado de la decadencia,
Aférrate a su lecho y enfermarás durante años;
Exhala su respiración espesa; y sacude su cabeza paralizada;
El nuestro: el césped fresco, y no el lecho febril.
mientras, jadeo a jadeo, falla su alma,
El nuestro con una punzada, un salto, escapa al control.
Su cuerpo puede jactarse de su urna y cueva estrecha,
y aquellos que aborrecieron su vida pueden dorar su tumba:
Nuestras son las lágrimas, aunque pocas, sinceramente derramadas,
Cuando el Océano amortaja y sepulta a nuestros muertos.
Para nosotros, incluso los banquetes aman arrepentirse de la oferta
en la copa roja que corona nuestra memoria;
Y el breve epitafio en el día del peligro,
mientras, jadeo a jadeo, falla su alma,
El nuestro con una punzada, un salto, escapa al control.
Su cuerpo puede jactarse de su urna y cueva estrecha,
y aquellos que aborrecieron su vida pueden dorar su tumba:
Nuestras son las lágrimas, aunque pocas, sinceramente derramadas,
Cuando el Océano amortaja y sepulta a nuestros muertos.
Para nosotros, incluso los banquetes aman arrepentirse de la oferta
en la copa roja que corona nuestra memoria;
Y el breve epitafio en el día del peligro,
Cuando los vencedores al fin dividen la presa,
y llorar, el recuerdo entristeciendo sobre cada frente,
¡Cómo se regocijaron ahora los valientes que cayeron!

Corsair song

Deep in my soul that tender secret dwells,
Lonely and lost to light for evermore,
Save when to thine my heart responsive swells,
Then trembles into silence as before.

There in its centre—a sepulchral lamp
Burns the slow flame eternal—but unseen;
Which not the darkness of despair can damp,
Though vain its ray as it had never been.

Remember me—Oh! pass not thou my grave
Without one thought whose relics there recline:
The only pang my bosom dare not brave,
Must be to find forgetfulness in thine.

My fondest—faintest—latest—accents hear:
Grief for the dead not Virtue can reprove;
Then give me all I ever asked—a tear,
The first—last—sole reward of so much love!

Canción del corsario

En el fondo de mi alma reside un tierno secreto
solitario y perdido para siempre
excepto cuando mi corazón ante el tuyo crece y responde
luego se estremece hasta el silencio, como antes.

«Ahí, en su centro», una lámpara sepulcral
consume su llama lenta, eterna, invisible
que la oscuridad de mi angustia no puede sofocar
aunque sus rayos, como nunca, hayan brillado.

¡Recuérdame! No pases por mi tumba
sin pensar en las reliquias que aquí reposan
el único dolor que mi pecho no tolera
es pensar que el tuyo me pueda olvidar.

Escucha mis últimas palabras cariñosas y lejanas
sentir pena por los muertos es una virtud
dame lo único que te pido, una sola lágrima,
primera, última, única recompensa por mi amor.

Fragmento de *The Corsair*, 1814
Traducción de Luis López Nieves

Percy Bysshe Shelley (1792-1822)

La obra de Shelley, amigo y compañero de viajes de Lord Byron, manifiesta su peculiar idealismo que, frecuentemente, está matizado por una profunda melancolía. En sus creaciones dramáticas y poéticas, como, por ejemplo, *Prometheus Unbound*, 1820, (*Prometeo liberado*) -interpretada como continuación del *Prometeo encadenado*, de Esquilo- expresa su fe en la humanidad. Sus poemas líricos, más breves, como *Ode to the West Wind* (*Oda al viento del oeste*), destacan por su musicalidad y por su densidad metafórica.

Ode to the West Wind

- I -

O wild West Wind, thou breath of Autumn's being,
Thou, from whose unseen presence the leaves dead
Are driven, like ghosts from an enchanter fleeing,
Yellow, and black, and pale, and hectic red,
Pestilence-stricken multitudes: O thou,
Who chariotest to their dark wintry bed
The winged seeds, where they lie cold and low,
Each like a corpse within its grave, until
Thine azure sister of the Spring shall blow
Her clarion o'er the dreaming earth, and fill
(Driving sweet buds like flocks to feed in air)
With living hues and odours plain and hill:
Wild Spirit, which art moving everywhere;
Destroyer and preserver; hear, oh hear!

- II -

Thou on whose stream, mid the steep sky's commotion,
Loose clouds like earth's decaying leaves are shed,
Shook from the tangled boughs of Heaven and Ocean,
Angels of rain and lightning: there are spread
On the blue surface of thine aëry surge,
Like the bright hair uplifted from the head
Of some fierce Maenad, even from the dim verge
Of the horizon to the zenith's height,
The locks of the approaching storm. Thou dirge
Of the dying year, to which this closing night
Will be the dome of a vast sepulchre,
Vaulted with all thy congregated might
Of vapours, from whose solid atmosphere
Black rain, and fire, and hail will burst: oh hear!

- III -

Thou who didst waken from his summer dreams
The blue Mediterranean, where he lay,
Lull'd by the coil of his crystalline streams,
Beside a pumice isle in Baiae's bay,
And saw in sleep old palaces and towers
Quivering within the wave's intenser day,
All overgrown with azure moss and flowers
So sweet, the sense faints picturing them! Thou
For whose path the Atlantic's level powers
Cleave themselves into chasms, while far below
The sea-blooms and the oozy woods which wear
The sapless foliage of the ocean, know
Thy voice, and suddenly grow gray with fear,
And tremble and despoil themselves: oh hear!

- IV -

If I were a dead leaf thou mightest bear;
If I were a swift cloud to fly with thee;
A wave to pant beneath thy power, and share
The impulse of thy strength, only less free
Than thou, O uncontrollable! If even
I were as in my boyhood, and could be
The comrade of thy wanderings over Heaven,
As then, when to outstrip thy skiey speed
Scarce seem'd a vision; I would ne'er have striven
As thus with thee in prayer in my sore need.
Oh, lift me as a wave, a leaf, a cloud!
I fall upon the thorns of life! I bleed!
A heavy weight of hours has chain'd and bow'd
One too like thee: tameless, and swift, and proud.

- V -

Make me thy lyre, even as the forest is:
What if my leaves are falling like its own!
The tumult of thy mighty harmonies
Will take from both a deep, autumnal tone,
Sweet though in sadness. Be thou, Spirit fierce,
My spirit! Be thou me, impetuous one!
Drive my dead thoughts over the universe
Like wither'd leaves to quicken a new birth!
And, by the incantation of this verse,
Scatter, as from an unextinguish'd hearth
Ashes and sparks, my words among mankind!
Be through my lips to unawaken'd earth
The trumpet of a prophecy! O Wind,
If Winter comes, can Spring be far behind?

Oda al Viento del Oeste

- I -

Oh, salvaje Viento del Oeste, hálito del Otoño,
tú, de cuya invisible presencia se alejan
las hojas muertas, como espectros huideros de un mago,
en pútridas multitudes, gualdas, negras,
pálidas y de rojos desvaídos; oh, tú,
que a las aladas semillas empujas hacia su oscuro lecho invernal
donde frías y abatidas restarán,
como cadáveres en su tumba,
hasta que tu azul hermana, la Primavera,
haga soplar su clarín sobre la soñadora tierra y llene
(portando leves tallos cual rebaños que triscaran en el aire)
con vivos colores y fragancias el llano y la montaña;
oh indómito Espíritu, que por doquier te agitas,
si ahora destructor, protector más tarde,
¡escucha, oh, escucha!

- II -

Tú, por cuyo ímpetu sobre la alta vibración del cielo,
nubes solitarias cual marchitas hojas caen a tierra,
sacudidas por el espeso follaje del Cielo y del Mar,
heraldos de la lluvia y del relámpago; dispersas van
por el espacio azul de tu oleaje,
como alborotado y brillante cabello sobre la cabeza
de una ménade, desde el extremo púrpura
del horizonte hasta lo más alto del cielo,
como el pelo rizado de la tormenta que viene; tú, canto fúnebre
del año que agoniza, para quien esta noche que declina
vendrá a ser la cúpula del gran sepulcro,
cerrado bajo tu congregada fuerza de vapores,
de cuya densa atmósfera estallarán
denso aguaje, fuego y granizo, ¡escucha, escucha!

- III -

Tú, que has despertado de sueños estivales
al Mediterráneo añil, donde yacía,
mecido por el vaivén de sus limpias corrientes,
en una isla volcánica sobre la bahía de Baia,
y que en sueños has visto vetustos palacios y torres
temblorosas bajo la dura claridad del oleaje,
cubiertos de azulado musgo y de tan puras flores
que al describirlas hasta los sentidos parecen declinar;
tú, a cuyo paso los limpios poderes del Atlántico
se hunden en el abismo, mientras en el fondo marino,
las flores y las algas que hacen posible
los marchitos bosques del océano
reconocen tu voz y de golpe se alzan pavorosos
temblando y desnudándose, ¡escucha, escucha!

- IV -

Si fuera yo una hoja marchita que tú arrastraras,
si fuera agitada nube que a ti te arrastrara,
una ola que latiera bajo tu poder y contigo
compartiera tu fuerza, si bien con menos libertad
que tú, ¡oh, incontrolable!; o si al menos fuera yo
como fui en mi juventud y pudiese ser
compañero tuyo en tu deambular por los cielos,
como antaño, cuando dejar atrás tu rapidez
era sólo una ilusión, nunca te hubiera rezado
en mi dolorosa miseria.
¡Oh, álzame como si fuera ola, hoja o nube
hasta caer sobre las espinas de la vida! ¡Sangro!
Un pesado número de horas ha encadenado y arrodillado
a quien tanto se te parecía: veloz y orgulloso, indómito.

- V-

Hazme tu lira, como lo es aún el bosque:
¡mis hojas caen tan muertas como las suyas!
El clamor de tus potentes armonías tomará
de ambos un profundo tono otoñal,
melodioso pese a su tristeza. ¡Haz de ti, Espíritu Indómito,
mi propio espíritu! ¡Unámonos en la tempestad!
¡Esparce mis marchitos pensamientos por el universo
como si fueran hojas caídas para así dar paso a una vida nueva!
¡Y siembra por el espacio, desde el vértigo de estos versos,
cenizas y pavesas, como las de un fuego aún no apagado,
mi palabra para los pueblos y los hombres!
¡Sé, por mis labios, para la adormecida tierra,
la trompeta de una profecía! ¡Oh, Viento!,
si el Invierno ya está aquí, ¿es que puede demorarse ya la Primavera?

John Keats (1795-1821)

Además de largos poemas narrativos como *Endymion* (1818), un homenaje a la cultura griega, sus poemas breves están recogidos en los libros *Odas y sonetos, Lamia* y *Otros poemas*. Falleció en Roma de tuberculosis a los veinticinco años y está considerado, junto con Shelley y Byron, como uno de los poetas más importantes de la segunda ola del Romanticismo inglés. En sus poemas dibuja, explica y analiza la condición humana, los ritmos del paso de tiempo y las diferentes dimensiones del arte.

O Solitude! if I must with thee dwell (1817)

O Solitude! if I must with thee dwell,
Let it not be among the jumbled heap
Of murky buildings; climb with me the steep,—
Nature's observatory—whence the dell,
Its flowery slopes, its river's crystal swell,
May seem a span; let me thy vigils keep
'Mongst boughs pavillion'd, where the deer's swift leap
Startles the wild bee from the fox-glove bell.
But though I'll gladly trace these scenes with thee,
Yet the sweet converse of an innocent mind,
Whose words are images of thoughts refin'd,
Is my soul's pleasure; and it sure must be
Almost the highest bliss of human-kind,
When to thy haunts two kindred spirits flee.

¡O soledad! Si debo habitar contigo (1817)

¡Oh Soledad! Si debo habitar contigo,
Que no esté entre el montón revuelto
De edificios turbios; sube conmigo el empinado,
Observatorio de la naturaleza: de donde proviene el valle,
Sus laderas floridas, el oleaje cristalino de su río,
Puede parecer un lapso; déjame guardar tus vigilias
Entre el ramaje, donde el veloz salto del ciervo
Sobresalta a la abeja salvaje de la campana del guante de zorro.
Pero, aunque con mucho gusto trazaré estas escenas contigo,
Sin embargo, la dulce conversación de una mente inocente,
Cuyas palabras son imágenes de pensamientos refinados,
Es el placer de mi alma; y seguro que debe ser
Casi la dicha más alta de la humanidad,
Cuando a tus perseguidos huyen dos espíritus afines.

LA NOVELA

NOVELA GÓTICA

Horace Walpole (1717-1797)

Con su obra titulada *The Castle of Otranto* (*El castillo de Otranto,* 1764) Horace Walpole inicia el género de la novela gótica o de terror caracterizada, entre otros rasgos, por la seducción romántica por las ruinas medievales. En sus relatos combina la ficción y el horror, la muerte y, en ocasiones, el romance amoroso. A esta obra siguieron otras, como *Los misterios de Udolfo* de Ann Radcliffe (1794), *Las aventuras de Caleb* Williams de William Godwin (1794) y, sobre todo *El Monje de Matthew Lewis* (1796), una de las más transgresoras de su género. Es la línea que sigue Mary Shelley con *El doctor Frankenstein* (1818), que da inicio al género de ciencia ficción.

The Castle of Otranto

CHAPTER I

Manfred, Prince of Otranto, had one son and one daughter: the latter, a most beautiful virgin, aged eighteen, was called Matilda. Conrad, the son, was three years younger, a homely youth, sickly, and of no promising disposition; yet he was the darling of his father, who never showed any symptoms of affection to Matilda. Manfred had contracted a marriage for his son with the Marquis of Vicenza's daughter, Isabella; and she had already been delivered by her guardians into the hands of Manfred, that he might celebrate the wedding as soon as Conrad's infirm state of health would permit. Manfred's impatience for this ceremonial was remarked by his family and neighbours.

The former, indeed, apprehending the severity of their Prince's disposition, did not dare to utter their surmises on this precipitation. Hippolita, his wife, an amiable lady, did sometimes venture to represent the danger of marrying their only son so early, considering his great youth, and greater infirmities; but she never received any other answer than reflections on her own sterility, who had given him but one heir. His tenants and subjects were less cautious in their discourses. They attributed this hasty wedding to the Prince's dread of seeing accomplished an ancient prophecy, which was said to have pronounced that the castle and lordship of Otranto

«should pass from the present family, whenever the real owner should be grown too large to inhabit it». It was difficult to make any sense of this prophecy; and still less easy to conceive what it had to do with the marriage in question. Yet these mysteries, or contradictions, did not make the populace adhere the less to their opinion. Young Conrad's birthday was fixed for his espousals.

The company was assembled in the chapel of the Castle, and everything ready for beginning the divine office, when Conrad himself was missing. Manfred, impatient of the least delay, and who had not observed his son retire, despatched one of his attendants to summon the young Prince. The servant, who had not stayed long enough to have crossed the court to Conrad's apartment, came running back breathless, in a frantic manner, his eyes staring, and foaming at the mouth. He said nothing, but pointed to the court. The company were struck with terror and amazement. The Princess Hippolita, without knowing what was the matter, but anxious for her son, swooned away. Manfred, less apprehensive than enraged at the procrastination of the nuptials, and at the folly of his domestic, asked imperiously what was the matter? The fellow made no answer, but continued pointing towards the courtyard; and at last, after repeated questions put to him, cried out, «Oh! the helmet! the helmet!». In the meantime, some of the company had run into the court, from whence was heard a confused noise of shrieks, horror, and surprise.

Manfred, who began to be alarmed at not seeing his son, went himself to get information of what occasioned this strange confusion. Matilda remained endeavouring to assist her mother, and Isabella stayed for the same purpose, and to avoid showing any impatience for the bridegroom, for whom, in truth, she had conceived little affection. The first thing that struck Manfred's eyes was a group of his servants endeavouring to raise something that appeared to him a mountain of sable plumes. He gazed without believing his sight. «What are ye doing?» cried Manfred, wrathfully; «where is my son?» A volley of voices replied, «Oh! my Lord! the Prince! the Prince! the helmet! the helmet!» Shocked with these lamentable sounds, and dreading he knew not what, he advanced hastily,—but what a sight for a father's eyes!—he beheld his child dashed to pieces, and almost buried under an enormous helmet, an hundred times more large than any casque ever made for human being, and shaded with a proportionable quantity of black feathers.

The horror of the spectacle, the ignorance of all around how this misfortune had happened, and above all, the tremendous phenomenon before him, took away the Prince's speech. Yet his silence lasted longer than even grief could occasion. He fixed his eyes on what he wished in vain to believe a vision; and seemed less attentive to his loss, than buried in meditation on the stupendous object that had occasioned it. He touched, he examined the fatal casque; nor could even the bleeding mangled remains of the young Prince divert the eyes of Manfred from the portent before him. All who had known his partial fondness for young Conrad, were as much surprised at their Prince's insensibility, as thunderstruck themselves at the miracle of the helmet. They conveyed the disfigured corpse into the hall, without receiving the least direction from Manfred. As little was he attentive to the ladies who remained in the chapel. On the contrary, without mentioning the unhappy princesses, his wife and daughter, the first sounds that dropped from Manfred's lips were, «Take care of the Lady Isabella». The domestics, without observing the singularity of this direction, were guided by their affection to their mistress, to consider it as peculiarly addressed to her situation, and flew to her assistance. They conveyed her to her chamber more dead than alive, and indifferent to all the strange circumstances she heard, except the death of her son.

El castillo de Otranto

CAPÍTULO I

Manfredo, príncipe de Otranto, tuvo un hijo y una hija: esta última, una virgen hermosísima, de dieciocho años, que se llamaba Matilde. Conrad, el hijo, era tres años más joven, un joven hogareño, enfermizo y de disposición nada prometedora; sin embargo, era el niño mimado de su padre, quien nunca mostró síntomas de afecto por Matilda. Manfredo había contraído matrimonio con la hija del marqués de Vicenza, Isabella, entregada por sus tutores a Manfredo con el fin de que pudiera celebrar la boda tan pronto como lo permitiera el delicado estado de salud de Conrado. La impaciencia de Manfred por esta ceremonia fue advertida por la familia y por los vecinos.

Los primeros, de hecho, temiendo la severidad de la disposición de su Príncipe, no se atrevieron a pronunciar sus conjeturas sobre esta precipitación. Hippolita, su mujer, señora amable, se permeó a veces a advertir los riesgos de casar tan pronto a su único hijo, teniendo en cuenta su gran juventud y mayores enfermedades; pero nunca recibió otra respuesta que reflexiones sobre su propia esterilidad, que le había dado un solo heredero. Sus inquilinos y súbditos eran menos cautos en sus conversaciones. Atribuyeron esta boda apresurada al temor del Príncipe de ver cumplida una antigua profecía según la cual el castillo y el señorío de Otranto «deberían pasar de la familia actual, siempre que el verdadero propietario creciera suficientemente para habitarlo». Era difícil encontrar algún sentido a esta profecía; y menos fácil aún concebir qué tenía que ver con el matrimonio en cuestión. Sin embargo, estos misterios y contradicciones no hicieron que el populacho se adhiriera con menor entusiasmo a esta decisión. El cumpleaños del joven Conrad fue el fijado para los esponsales.

Cuando ya estaban reunidos los asistentes en la capilla del Castillo, y todo dispuesto para comenzar el oficio divino, aún faltaba el propio Conrado. Manfredo, impaciente por la demora y porque no había visto salir de la casa a su hijo, envió a uno de sus asistentes para que lo llamara. El criado, sin haber tardado lo suficiente como para cruzar el patio y llegar al apartamento de Conrad, volvió corriendo sin aliento, de manera frenética, con los ojos fijos y echando espuma por la boca. No dijo nada, pero señaló a la corte. Los asistentes sintieron profundas sensaciones de terror y de asombro. La princesa Hippolita, sin saber qué le pasaba, pero ansiosa por su hijo, se desmayó. Manfred, menos aprensivo que enfurecido por la postergación de las nupcias y por la locura de su criado, preguntó imperiosamente qué pasaba. El criado no respondió, sino que siguió señalando hacia el patio; y al final, después de que le hicieran repetidas preguntas, exclamó: «¡Oh! ¡el casco! ¡el casco!». Mientras tanto, algunos de la compañía habían corrido hacia el patio, de donde se escuchó un ruido confuso de alaridos, de horror y de sorpresa.

Manfredo, que empezaba a alarmarse por no ver a su hijo, fue él mismo a informarse de lo que ocasionaba esta extraña confusión. Matilda se quedó para socorrer a su madre, e Isabel también permaneció allí quedó con el mismo propósito, y con el fin de no mostrar impaciencia por el novio, por quien, en verdad, había sentido un escaso cariño. Lo primero que llamó la atención de Manfred fue un grupo de sus sirvientes tratando de levantar algo que le pareció una montaña de plumas. Miró sin creer lo que veía. «¿Qué estáis haciendo?» -exclamó Manfredo con ira-; «¿dónde está mi hijo?». Una andanada de voces respondió: «¡Oh! ¡mi señor! ¡el príncipe! ¡el príncipe! ¡el casco! ¡el casco!». Escandalizado por estos lamentables sonidos, y sin saber qué temer, avanzó apresuradamente, pero ¡qué espectáculo para los ojos de un padre!, vio a su hijo hecho pedazos y casi enterrado bajo un casco enorme, cien veces más grande que él, un casco inadecuado para cualquier ser humano, que estaba cubierto con una cantidad enorme de plumas negras.

El horror del espectáculo, el desconocimiento de todos sobre cómo había ocurrido esta desgracia, y, especialmente, el tremendo fenómeno que tenía ante él, impidieron hablar al Príncipe. Sin embargo, su silencio duró más de lo que incluso el dolor podría ocasionar. Fijó sus ojos en lo que en vano deseó creer que era una visión. Daba la impresión de que parecía estar menos atento a su pérdida que sumido en la meditación sobre aquel objeto que la había ocasionado. Tocó, examinó el casco fatal; ni siquiera los restos sangrantes y destrozados del joven

príncipe pudieron desviar los ojos de Manfredo del presagio que tenía ante él. Todos los que habían conocido su cariño especial por el joven Conrad estaban tan sorprendidos por la insensibilidad de su Príncipe como atónitos por el milagro del casco. Llevaron el cadáver desfigurado al salón, sin recibir la menor indicación de Manfred. Tampoco estuvo atento a las damas que se quedaron en la capilla. Por el contrario, sin mencionar a las infelices princesas, a su esposa y a su hija, los primeros sonidos que salieron de los labios de Manfred fueron: «Cuida de Lady Isabella». Los criados, sin advertir la singularidad de esta dirección, fueron guiados por su afecto hacia su ama, para considerarla como dirigida peculiarmente a su dolorosa situación, y volaron en su ayuda. La llevaron a su cámara más muerta que viva e, indiferente a todas las extrañas circunstancias que escuchó, incluso a la muerte de su hijo.

NOVELA HISTÓRICA

Walter Scott (1771-1832)

La narrativa histórica es uno de los géneros románticos preferidos debido a la atracción que ejercen el conocimiento de los tiempos pasados y, por supuesto, por el permanente deseo de evasión. Las obras de Walter Scott, uno de sus creadores, están ambientadas en la Edad Media principalmente y adoptan unas posturas rebeldes y unos sentimientos nacionalistas. Tanto los personajes como los episodios están dibujados con rasgos realistas y en situaciones de la vida cotidiana. El protagonista de *Ivanhoe*, un joven y valeroso caballero, es un luchador contra la tiranía y la opresión. La obra está ambientada en la Inglaterra del siglo XII.

Ivanhoe (1820)

In that pleasant district of merry England which is watered by the river Don, there extended in ancient times a large forest, covering the greater part of the beautiful hills and valleys which lie between Sheffield and the pleasant town of Doncaster. The remains of this extensive wood are still to be seen at the noble seats of Wentworth, of Warncliffe Park, and around Rotherham. Here haunted of yore the fabulous Dragon of Wantley; here were fought many of the most desperate

battles during the Civil Wars of the Roses; and here also flourished in ancient times those bands of gallant outlaws, whose deeds have been rendered so popular in English song.

Such being our chief scene, the date of our story refers to a period towards the end of the reign of Richard I., when his return from his long captivity had become an event rather wished than hoped for by his despairing subjects, who were in the meantime subjected to every species of subordinate oppression.

The nobles, whose power had become exorbitant during the reign of Stephen, and whom the prudence of Henry the Second had scarce reduced to some degree of subjection to the crown, had now resumed their ancient license in its utmost extent; despising the feeble interference of the English Council of State, fortifying their castles, increasing the number of their dependants, reducing all around them to a state of vassalage, and striving by every means in their power, to place themselves each at the head of such forces as might enable him to make a figure in the national convulsions which appeared to be impending.

The situation of the inferior gentry, or Franklins, as they were called, who, by the law and spirit of the English constitution, were entitled to hold themselves independent of feudal tyranny, became now unusually precarious. If, as was most generally the case, they placed themselves under the protection of any of the petty kings in their vicinity, accepted of feudal offices in his household, or bound themselves by mutual treaties of Alliance and protection, to support him in his enterprises, they might indeed purchase temporary repose; but it must be with the sacrifice of that independence which was so dear to every English bosom, and at the certain hazard of being involved as a party in whatever rash expedition the ambition of their protector might lead him to undertake.

On the other hand, such and so multiplied were the means of vexation and oppression possessed by the great Barons, that they never wanted the pretext, and seldom the will, to harass and pursue, even to the very edge of destruction, any of their less powerful neighbours, who attempted to separate themselves from their authority, and to trust for their protection, during the dangers of the times, to their own inoffensive conduct, and to the laws of the land.

Ivanhoe (1820)

En ese agradable barrio de la alegre Inglaterra que es regado por el río Don, se extendía en la antigüedad un gran bosque que cubría la mayor parte de las hermosas colinas y valles que se encuentran entre Sheffield y la agradable ciudad de Doncaster. Los restos de esta extensa arboleda aún se pueden verse en los asientos nobles de Wentworth, de Warncliffe Park y de los alrededores de Rotherham. Aquí permanece embrujado de desde entonces el fabuloso Dragón de Wantley; aquí se libraron muchas de las batallas más desesperadas durante el Guerras Civiles de las Rosas; y aquí también floreció en la antigüedad esas bandas de forajidos galantes, cuyas hazañas han sido tan populares en las canciones inglesas.

Ésta es nuestra escena principal y la fecha de nuestra historia se refiere a un período hacia el final del reinado de Ricardo I, cuando su regreso del largo cautiverio se convirtió en un acontecimiento intensamente deseado por sus súbditos que permanecían sometidos a una penosa opresión. Los nobles, cuyos poderes se habían aumentado exorbitantemente durante el reinado de Esteban, y a quienes la prudencia de Enrique II había reducidos y sometidos a la corona,

reanudaron ahora la aprobación de sus antiguos beneficios. Se despreciaron la débil interferencia del Consejo de Estado Inglés, se fortalecieron sus castillos, aumentaron el número de sus servidores, convirtieron todos sus alrededores a un estado de vasallaje, y se esforzaron por todos los medios a su alcance, para colocarse en sí mismos. Independiente de la tiranía feudal, todo se volvió ahora inusualmente precario.

Si, como generalmente ocurría, el en el caso de que se pusieran bajo la protección de los pequeños reyes de su vecindad, aceptaban las cargas feudales, u obligados por tratados mutuos de alianza y protección, entonces podría sentirse tranquilos, al menos temporalmente. El precio, sin embargo, era sacrificar la independencia tan apreciada por todos los ingleses pecho, y correr el riesgo de estar involucrado en cualquier expedición precipitada que la ambición de su protector pudiera emprender.

Por otro lado, debido a la creciente multiplicación fueron objeto de la opresión los grandes Barones que nunca aceptaron este juego, y que siguieron acosando y persiguiendo, incluso hasta el borde mismo de la destrucción de todos los vecinos menos poderosos, que intentaron separarse de su autoridad y de su protección, en unos tiempos tan peligrosos.

FRANCIA

Si el Romanticismo en el Reino Unido y en Alemania es considerado como un periodo literario de recuperación de la propia conciencia y de rechazo a la cultura francesa de mayor tradición grecolatina, también es cierto que, a principios del siglo XIX, los escritores franceses se fueron liberando de las reglas clasicistas y realistas de los filósofos del siglo XVIII. De hecho, esta evolución se inició en Francia en 1750, no mucho más tarde que en Alemania, el país precursor del movimiento romántico, y llegó al final un siglo después.

Escritores más destacados

François-René de Chateaubriand (1768-1848)

Chateaubriand, considerado como el fundador del romanticismo francés, encarna la ansiedad que le produce el tiempo en el que vivió y que él califica como «el mal del siglo». Su obra es interpretada como autobiográfica. En su libro póstumo *Mémoires d'outre-tombe* (*Memorias de ultratumba,* 1848) reflexiona sobre su propia vida y explica el mundo en el que vivió.

Mémoires d'outre-tombe

I, L1, *Chapitre* 1
La Vallée-aux-Loups, près d'Aulnay,
ce 4 octobre 1811

Il y a quatre ans qu'à mon retour de la Terre-Sainte j'achetai près du hameau d'Aulnay, dans le voisinage de Sceaux et de Chatenay une maison de jardinier cachée parmi des collines couvertes de bois. Le terrain inégal et sablonneux dépendant de cette maison, n'était qu'un verger sauvage au bout duquel se trouvait une ravine et un taillis de châtaigniers. Cet étroit espace me parut propre

à renfermer mes longues espérances; *spatio brevi spem longam reseces*. Les arbres que j'y ai plantés prospèrent, ils sont encore si petits que je leur donne de l'ombre quand je me place entre eux et le soleil. Un jour, en me rendant cette ombre, ils protégeront mes vieux ans comme j'ai protégé leur jeunesse. Je les ai choisis autant que je l'ai pu des divers climats où j'ai erré, ils rappellent mes voyages et nourrissent au fond de mon coeur d'autres illusions.

Si jamais les Bourbons remontent sur le trône, je ne leur demanderai, en récompense de ma fidélité, que de me rendre assez riche pour joindre à mon héritage la lisière des bois qui l'environnent: l'ambition m'est venue; je voudrais accroître ma promenade de quelques arpents: tout chevalier errant que je suis, j'ai les goûts sédentaires d'un moine: depuis que j'habite cette retraite, je ne crois pas avoir mis trois fois les pieds hors de mon enclos. Mes pins, mes sapins, mes mélèzes, mes cèdres tenant jamais ce qu'ils promettent, la Vallée−aux−Loups deviendra une véritable chartreuse. Lorsque Voltaire naquit à Chatenay, le 20 février 1694 quel était l'aspect du coteau où se devait retirer, en 1807 l'auteur du Génie du Christianisme?

Ce lieu me plaît; il a remplacé pour moi les champs paternels; je l'ai payé du produit de mes rêves et de mes veilles; c'est au grand désert d'Atala que je dois le petit désert d'Aulnay; et pour me créer ce refuge, je n'ai pas, comme le colon américain, dépouillé l'Indien des Florides. Je suis attaché à mes arbres; je leur ai adressé des élégies, des sonnets, des odes. Il n'y a pas un seul d'entre eux que je n'aie soigné de mes propres mains, que je n'aie délivré du ver attaché à sa racine, de la chenille collée à sa feuille; je les connais tous par leurs noms, comme mes enfants: c'est ma famille, je n'en ai pas d'autre, j'espère mourir au milieu d'elle.

Ici, j'ai écrit les Martyrs, les Abencerages, l'Itinéraire et Moïse; que ferai−je maintenant dans les soirées de cet automne? Ce 4 octobre 1811, anniversaire de ma fête et de mon entrée à Jérusalem, me tente à commencer l'histoire de ma vie. L'homme qui ne donne aujourd'hui l'empire du monde à la France que pour la fouler à ses pieds, cet homme, dont j'admire le génie et dont j'abhorre le despotisme, cet homme m'enveloppe de sa tyrannie comme d'une autre solitude; mais s'il écrase le présent, le passé le brave, et je reste libre dans tout ce qui a précédé sa gloire.

La plupart de mes sentiments sont demeurés au fond de mon âme, ou ne se sont montrés dans mes ouvrages que comme appliqués à des êtres imaginaires. Aujourd'hui que je regrette encore mes chimères sans les poursuivre, je veux remonter le penchant de mes belles années: ces Mémoires seront un temple de la mort élevé à la clarté de mes souvenirs.

De la naissance de mon père et des épreuves de sa première position, se forma en lui un des caracteres les plus sombres qui aient été. Or ce caractère a influé sur mes idées en effrayant mon enfance, contristant ma jeunesse et décidant du genre de mon éducation.

Je suis né gentilhomme. Selon moi, j'ai profité du hasard de mon berceau, j'ai gardé cet amour plus ferme de la liberté qui appartient principalement à l'aristocratie dont la dernière heure est sonnée. L'aristocratie a trois âges successifs: l'âge des supériorités, l'âge des privilèges, l'âge des vanités: sortie du premier, elle dégénère dans le second et s'éteint dans le dernier.

Memorias de ultratumba

I, L1, Capítulo 1
Vallée-aux-Loups, cerca de Aulnay,
4 octubre 1811

Hace cuatro años, a mi regreso de Tierra Santa, compré cerca de la aldea de Aulnay, en el barrio de Sceaux y Chatenay, una casa de jardinero escondida entre colinas cubiertas de bosques. El terreno irregular y arenoso que dependía de esta casa no era más que una huerta agreste al final de la cual había un barranco y un matorral de castaños. Este estrecho espacio me pareció adecuado para contener mis largas esperanzas: *spatio brevi spem longam reseces*. Los árboles que planté allí están prosperando, todavía son tan pequeños que les doy sombra cuando me interpongo entre ellos y el sol. Un día, devolviéndome esta sombra, protegerán mi vejez como yo protegí su juventud. Los he escogido cuanto he podido de los diversos climas por donde he deambulado, recuerdan mis viajes y alimentan otras ilusiones en lo más profundo de mi corazón.

Si alguna vez los Borbones vuelven al trono, sólo les pediré, como premio a mi fidelidad, que me hagan lo bastante rico para añadir a mi herencia la linde de los bosques que la rodean: la ambición me ha llegado; Quisiera aumentar mi paseo en algunas hectáreas: caballero errante que soy, tengo los gustos sedentarios de un monje: desde que vivo en este retiro, no creo haber puesto un pie fuera de mi recinto tres veces. Mis pinos, mis abetos, mis alerces, mis cedros nunca cumplen lo que prometen, el Vallée-aux-Loups se convertirá en una verdadera cartuja. Cuando Voltaire nació en Chatenay, el 20 de febrero de 1694, ¿cuál era el aspecto de la ladera donde el autor de *Le Génie du Christianisme* se retiraría en 1807?

Este lugar me agrada; me reemplazó los campos paternos. Lo pagué con el producto de mis sueños y de mis vigilias; es al gran desierto de Atala a quien debo el pequeño desierto de Aulnay; y para crearme este refugio, no despojé, como el colono americano, al indio de las Floridas. Estoy apegado a mis árboles. Les dirigí elegías, sonetos, odas. No hay uno solo de ellos que no haya curado con mis propias manos, que no se haya librado del gusano pegado a su raíz, de la oruga pegada a su hoja. Los conozco a todos por sus nombres, como a mis hijos: es mi familia, no tengo otra, espero morir entre ellos.

Aquí he escrito los Mártires, los Abencerages, el Itinerario y Moisés; ¿Qué haré ahora en las tardes de este otoño? Este 4 de octubre de 1811, aniversario de mi nacimiento y de mi entrada en Jerusalén, me tienta a comenzar la historia de mi vida. El hombre que da hoy a Francia el imperio del mundo sólo para pisotearla, este hombre, cuyo genio admiro y cuyo despotismo aborrezco, este hombre me envuelve en su tiranía como de otra soledad; pero si aplasta el presente, el pasado lo desafía, y quedo libre en todo lo que precedió a su gloria.

La mayor parte de mis sentimientos han quedado en el fondo de mi alma, o se han manifestado en mis obras sólo aplicados a seres imaginarios. Hoy, que todavía me arrepiento de mis sueños sin perseguirlos, quiero subir la inclinación de mis hermosos años: estas *Memorias* serán un templo de muerte elevado a la claridad de mis recuerdos.

Desde el nacimiento de mi padre y las pruebas de su primer cargo se formó en él uno de los personajes más oscuros que jamás haya existido. Ahora bien, este personaje ha influido en mis ideas asustando mi infancia, entristeciendo mi juventud y decidiendo el tipo de mi educación.

Victor Hugo (1802-1885)

Es uno de los escritores franceses del Romanticismo más conocidos. Novelista, poeta, dramaturgo y político, defiende con su pluma sus ideales morales y políticos. Víctor Hugo fue el líder de la escuela romántica que definió y explicó en el prefacio de *Cromwell*[16]. Una de sus obras más aplaudidas sigue siendo *Les Misérables*, una ilustración imprescindible para conocer los contenidos y los recursos literarios de la literatura francesa del XIX.

Les Misérables (1862)

M. Myriel

En 1815, M. Charles-François-Bienvenu Myriel était évêque de Digne. C'était un vieillard d'environ soixante-quinze ans; il occupait le siège de Digne depuis 1806. Quoique ce détail ne touche en aucune manière au fond même de ce que nous avons à raconter, il n'est peut-être pas inutile, ne fût-ce que pour être exact en tout, d'indiquer ici les bruits et les propos qui avaient couru sur son compte au moment où il était arrivé dans le diocèse. Vrai ou faux, ce qu'on dit des hommes tient souvent autant de place dans leur vie et surtout dans leur destinée que ce qu'ils font.

M. Myriel était fils d'un conseiller au parlement d'Aix; noblesse de robe. On contait de lui que son père, le réservant pour hériter de sa charge, l'avait marié de fort bonne heure, à dix-huit ou vingt ans, suivant un usage assez répandu dans les familles parlementaires. Charles Myriel, nonobstant ce mariage, avait, disait-on, beaucoup fait parler de lui. Il était bien fait de sa personne, quoique d'assez petite taille, élégant, gracieux, spirituel; toute la première partie de sa vie avait été donnée au monde et aux galanteries. La révolution survint, les événements se précipitèrent, les familles parlementaires décimées, chassées, traquées, se dispersèrent.

M. Charles Myriel, dès les premiers jours de la révolution, émigra en Italie1. Sa femme y mourut d'une maladie de poitrine dont elle était atteinte depuis longtemps. Ils n'avaient point d'enfants. Que se passa-t-il ensuite dans la destinée de M. Myriel? L'écroulement de l'ancienne société française, la chute de sa propre famille, les tragiques spectacles de 93, plus effrayants encore peut-être pour les émigrés qui les voyaient de loin avec le grossissement de l'épouvante, firent-ils germer en lui des idées de renoncement et de solitude? Fut-il, au milieu d'une de ces distractions et de ces affections qui occupaient sa vie, subitement atteint d'un de ces coups mystérieux et terribles qui viennent quelquefois renverser, en le frappant au cœur, l'homme que les catastrophes publiques n'ébranleraient pas en le frappant dans son existence et dans sa fortune?

Nul n'aurait pu le dire; tout ce qu'on savait, c'est que, lorsqu'il revint d'Italie, il était prêtre. En 1804, M. Myriel était curé de Brignolles. Il était déjà vieux, et vivait dans une retraite profonde. Vers l'époque du couronnement, une petite affaire de sa cure, on ne sait plus trop quoi, l'amena

[16] *Confer*: https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-VictorHugo.Cromwell.Prefacio.pdf.

à Paris. Entre autres personnes puissantes, il alla solliciter pour ses paroissiens M. le cardinal Fescha. Un jour que l'empereur était venu faire visite à son oncle, le digne curé, qui attendait dans l'antichambre, se trouva sur le passage de sa majesté. Napoléon, se voyant a Joseph Fesch (1763-1839); en 1804 il était archevêque de Lyon et ambassadeur de France près le Saint-Siège. Il accompagna Pie VII à Paris pour la cérémonie du sacre.

Regardé avec une certaine curiosité par ce vieillard, se retourna, et dit brusquement:

-Quel est ce bonhomme qui me regarde?

-Sire, dit M. Myriel, vous regardez un bonhomme, et moi je regarde un grand homme. Chacun de nous peut profiter.

L'empereur, le soir même, demanda au cardinal le nom de ce curé, et quelque temps après M. Myriel fut tout surpris d'apprendre qu'il était nommé évêque de Digne. Qu'y avait-il de vrai, du reste, dans les récits qu'on faisait sur la première partie de la vie de M. Myriel? Personne ne le savait. Peu de familles avaient connu la famille Myriel avant la révolution.

M. Myriel devait subir le sort de tout nouveau venu dans une petite ville où il y a beaucoup de bouches qui parlent et fort peu de têtes qui pensent. Il devait le subir, quoiqu'il fût évêque et parce qu'il était évêque. Mais, après tout, les propos auxquels on mêlait son nom n'étaient peut-être que des propos; du bruit, des mots, des paroles; moins que des paroles, des palabres, comme dit l'énergique langue du midi.

Quoi qu'il en fût, après neuf ans d'épiscopat et de résidence à Digne, tous ces racontages, sujets de conversation qui occupent dans le premier moment les petites villes et les petites gens, étaient tombés dans un oubli profond. Personne n'eût osé en parler, personne n'eût même osé s'en souvenir.

M. Myriel était arrivé à Digne accompagné d'une vieille fille, mademoiselle Baptistine, qui était sa sœur et qui avait dix ans de moins que lui. Ils avaient pour tout domestique une servante du même âge que mademoiselle Baptistine, et appelée madame Magloire, laquelle, après avoir été la servante de M. le Curé, prenait maintenant le double titre de femme de chambre de mademoiselle et femme de charge de monseigneur.

Mademoiselle Baptistine était une personne longue, pâle, mince, douce; elle réalisait l'idéal de ce qu'exprime le mot «respectable»; car il semble qu'il soit nécessaire qu'une femme soit mère pour être vénérable. Elle n'avait jamais été jolie; toute sa vie, qui n'avait été qu'une suite de saintes œuvres, avait fini par mettre sur elle une sorte de blancheur et de clarté; et, en vieillissant, elle avait gagné ce qu'on pourrait appeler la beauté de la bonté. Ce qui avait été de la maigreur dans sa jeunesse était devenu, dans sa maturité, de la transparence; et cette diaphanéité laissait voir l'ange. C'était une âme plus encore que ce n'était une vierge. Sa personne semblait faite d'ombre; à peine assez de corps pour qu'il y eût là un sexe; un peu de matière contenant une lueur; de grands yeux toujours baissés; un prétexte pour qu'une âme reste sur la terre.

Madame Magloire était une petite vieille, blanche, grasse, replète, affairée, toujours haletante, à cause de son activité d'abord, ensuite à cause d'un asthme. À son arrivée, on installa M. Myriel en son palais épiscopal avec les honneurs voulus par les décrets impériaux qui classent l'évêque immédiatement après le maréchal de camp. Le maire et le président lui firent la première visite, et lui de son côté fit la première visite au général et au préfet.

L'installation terminée, la ville attendit son évêque à l'œuvre.

Los miserables (1862)

Señor Myriel

En 1815, el Sr. Charles-François-Bienvenu Myriel era obispo de Digne. Era un anciano de unos setenta y cinco años; había ocupado la sede de Digne desde 1806. Aunque este detalle no afecta en modo alguno a la sustancia misma de lo que tenemos que relatar, tal vez no sea inútil, aunque sólo sea para ser exactos en todos los aspectos, para indicar aquí los rumores y los comentarios que habían corrido sobre él cuando llegó a la diócesis. Verdadero o falso, lo que se dice de los hombres ocupa a menudo tanto lugar en su vida y especialmente en su destino como lo que hacen.

M. Myriel era hijo de un concejal en el parlamento de Aix; pertenecía a la nobleza del vestido o de toga[17]. Se decía de él que su padre, reservándolo para heredar su cargo, lo había casado muy joven, a los dieciocho o veinte años, según una costumbre bastante difundida en las familias parlamentarias. Sobre este matrimonio, se decía, se habían muchos comentarios. Tenía bastante buen aspecto, aunque algo pequeño de estatura, era elegante, gracioso e ingenioso. La primera parte de su vida la había entregado al mundo y a las galanterías. Cuando se produjo la revolución, se aceleraron los acontecimientos sociales y las familias parlamentarias fueron diezmadas, expulsadas, perseguidas y dispersadas.

M. Charles Myriel, desde los primeros días de la revolución, emigró a Italia. Su esposa murió allí de una enfermedad del pecho que padecía desde hacía mucho tiempo. No tenían hijos. ¿Qué pasó después en la vida de M. Myriel? ¿El derrumbe de la vieja sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos del 93, aún más espantosos quizás para los emigrantes que los veían de lejos con la magnificación del terror, hicieron germinar en él ideas de renuncia y de soledad? ¿Cómo se sentía él, en medio de una de esas distracciones y afectos que ocupaban su vida cuando, de repente fue golpeado por uno de esos misteriosos y terribles empujones que a veces derriban, destrozan el corazón? ¿Cómo afectó esa sacudida pública en su existencia y en su fortuna?

Nadie podría decirlo: todo lo que se supo era que, cuando volvió de Italia era sacerdote. En 1804, M. Myriel era párroco de Brignolles. Ya era viejo y vivía en un profundo retiro. Hacia la época de la coronación, un pequeño asunto de su trabajo pastoral, no sabemos qué, lo trajo a París. Entre otras personas poderosas, fue a solicitar ayuda para sus feligreses a M. el cardenal Fescha. Un día que el Emperador había venido a visitar a su tío, el cura, que esperaba en la antecámara, se encontró en el camino de su majestad Napoleón, y con el tío Joseph Fesch (1763-1839) quien, en 1804, fue arzobispo de Lyon y embajador de Francia ante la Santa Sede. Acompañó a Pío VII a París para la ceremonia de coronación.

Mirado con cierta curiosidad por este anciano, se dio la vuelta y dijo bruscamente:

-¿Quién es este tipo que me mira?

-Señor -dijo M. Myriel-, usted está mirando a un buen hombre, y yo estoy mirando a un hombre importante. Cada uno de nosotros puede beneficiarse.

El Emperador, esa misma tarde, preguntó al Cardenal el nombre de este sacerdote, y algún tiempo después el Sr. Myriel quedó bastante sorprendido al saber que había sido nombrado Obispo de Digne. ¿Qué había de verdad, además, en las historias que se contaban sobre la primera

[17] En Francia bajo el Antiguo Régimen, con la denominación «nobleza de toga o de vestido» se referían diferentes personajes que ejercían funciones de gobierno, principalmente en la justicia y las finanzas. En el caso de los abogados, por ejemplo, vestían toga de los licenciados universitarios. Fueron apodados petirrojos, hombres de túnica, y el grupo noble que formaron «nobleza de túnica». Se distingue de la de «nobleza de espada», de los nobles que ocupaban las funciones militares.

parte de la vida de M. Myriel? Nadie lo sabía. Pocas familias habían conocido a la familia Myriel antes de la revolución.

M. Myriel tuvo que correr la suerte de cualquier recién llegado a un pequeño pueblo donde hay muchas bocas que hablan y muy pocas cabezas que piensan. Tenía que someterse a ellas, aunque era obispo y porque era obispo. Pero, después de todo, las palabras con las que se confundía su nombre eran quizás sólo palabras; ruido, palabras, habla; menos que palabras, palabrerías, como dice el enérgico lenguaje del sur.

Sea como fuere, después de nueve años de episcopado y residencia en Digne, todas estas historias, unos temas de conversación que en un principio ocupan a pequeños pueblos y pequeñas gentes, habían caído en un profundo olvido. Nadie se habría atrevido a hablar de ello, nadie se habría atrevido ni siquiera a recordarlo.

M. Myriel había llegado a Digne acompañado de una solterona, mademoiselle Baptistine, que era su hermana y tenía diez años menos que él. Su única criada era una criada de la misma edad que Mademoiselle Baptistine, y llamada Madame Magloire, quien, después de haber sido criada de M. le Curé, asumió ahora el doble título de doncella de Mademoiselle y ama de llaves de Monseigneur.

Mademoiselle Baptistine era alta, pálida, delgada, dulce; realizó el ideal expresado por la palabra «respetable»; porque parece que es necesario que la mujer sea madre para ser venerable. Nunca había sido bonita; toda su vida, que no había sido más que una serie de obras santas, había terminado por poner en ella una especie de blancura y claridad; y, a medida que envejecía, había ganado lo que podría llamarse la belleza de la bondad. Lo que había sido delgadez en su juventud se había convertido, en su madurez, en transparencia; y esta transparencia permitía ver al ángel. Ella era un alma incluso más de lo que era virgen. Su persona parecía hecha de sombra; cuerpo apenas suficiente para que haya un sexo; alguna materia que contiene un resplandor; grandes ojos siempre bajos; un pretexto para que un alma se quede en la tierra.

Madame Magloire era una viejecita, blanca, regordeta, regordeta, ocupada, siempre jadeante, primero por su actividad, luego por el asma. A su llegada, M. Myriel fue instalado en su palacio episcopal con los honores exigidos por los decretos imperiales que sitúan al obispo inmediatamente después del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita, y él por su parte hizo la primera visita al general y al prefecto.

Terminada la instalación, la ciudad esperaba a su obispo en el trabajo.

Alexandre Dumas (1824-1895)

Es otro de los grandes nombres del Romanticismo francés, Dumas (hijo) es conocido por *La dame aux camélias* (1848) -*La dama de las camelias*-, una obra que fue adaptada por Verdi para crear su ópera *La Traviata*. Consiguió una distinción muy destacada en las letras francesas, la Legión de Honor, por su carrera literaria.

La dame aux camélias (1848)

Il y avait en l'an de grâce 1845, dans ces années d'abondance et de paix où toutes les faveurs de l'esprit, du talent; de la beauté et de la fortune entouraient cette France d'un jour, une jeune et belle personne de la figure la plus charmante, qui attirait à elle, par sa seule présence, une certaine admiration mêlée de déférence pour quiconque, la voyant pour la première fois, ne savait ni le nom ni la profession de cette femme. Elle avait en effet, et de la façon la plus naturelle, le regard ingénu, le geste décevant, la démarche hardie et décente tout ensemble, d'une femme du plus grand monde. Son visage était sérieux, son sourire était imposant, et rien qu'à la voir marcher, o'n pouvait dire ce que disait un jour Elleviou d'une femme de la cour: Évidemment, voici une fille ou une duchesse.

Hélas! ce n'était pas une duchesse, elle était née au bas de l'échelle difficile, et il avait fallu qu'elle tut en eflet belle et charmante pour avoir remonté d'un pied si léger tes premiers échelons, dès l'âge de dix-huit ans qu'elle pouvait avoir en ce temps-là. Je me rappelle l'avoir rencontrée un jour, pour la première fois, dans un abominable foyer d'dn théâtre du boulevard, mal éclairé et tout rempli de cette foule bourdonnante qui juge d'ordinaire les mélodrames à grand spectacle. Il y avait là plus de blouses que d'habits, plus de bonnets ronds que de chapeaux à plumes, et plus de naletots usés que de frais costumes; on causait de tout, de l'art dramatique et des pommes de terre frites; des pièces du Gymnase et de la galette du Gymnase; eh bien, quand cette femme parut sur ce seuil étrange, on eût dit qu'elle illuminait toutes ces choses burlesques ou féroces d'un regard de ses beaux yeux. Elle touchait du pied ce parquet boueux, comme si en effet elle eût traversé le boulevard un jour de pluie; elle relevait sa robe par instinct, pour ne pas effleurer ces fanges desséchées, et sans songer à nous montrer, à quoi bon? son pied bien chaussé, attaché à une jambe ronde que recouvrait un bas de soie à petits jours. Tout l'ensemble de sa toilette était en harmonie avec cette taille souple et jeune; ce visage d'un bel ovale, un peu pâle, répondait à la grâce qu'elle répandait autour d'elle comme un indicible parfum.

Elle entra donc; elle traversa, la tête haute, cette cohue étonnee, et nous fûmes très surpris, Liszt et moi; lorsqu'elle vint s'asseoir familièrement sur le banc où nous étions, car ni moi ni Liszt ne luj avions jamais parlé; elle était femme d'esprit, de goût et de bon Sens, et elle s'adressa tout d'abord au grand artiste; elle lui raconta qu'elle l'avait entendu naguère, et qu'il l'avait fait rêver. Lui, cependant, semblable à ces instruments sonores qüi répondent au premier souffle de la brise de mai, il écoutait avec une attention soutenue ce beau langage plein d'idées, cette langue sonore, éloquente èt rêveuse tout ensemble. Avec cet instinct merveilleux qui est en lui, et cette grande habitude du plus grand monde officiel, et du plus grand monde parmi les artistes, il se demandait quelle était celte femme, si familière et si noble, qui l'abordait la première et qui, après les premières paroles échangées, le traitait avec une cei laine hauteur, et comme si ce fût lui-même qui lui eût été présenté, à Londres, au cercle de la reine ou de la duchesse de Sutherland?

La dama de las camelias (1848)

Fue en el año de gracia de 1845, uno de esos años de abundancia y de paz en los que todos los favores de la mente, del talento, de la belleza y de la fortuna rodeaban a esta Francia donde un día, una joven y hermosa persona de rostro encantador, que, con su sola presencia, atraía hacia ella cierta admiración mezclada con respeto sobre todo para quien, al verla por primera vez, no sabía ni su el nombre ni su la profesión. Tenía, en efecto, una natural e ingenua la mirada, el gesto decepcionado, el andar audaz y recatado, todo a la vez, como el de una mujer de la más alta sociedad. Su rostro era serio, su sonrisa imponente y, con solo verla caminar, se notaba lo que dijo un día Elleviou de una mujer de la corte: Evidentemente, aquí hay una niña o una duquesa.

¡Pobre de mí!, ella no era una duquesa, nació al final de una difícil escalera, y debía haber sido realmente hermosa y encantadora al haber subido su primer peldaño tan a la ligera, a la edad de dieciocho años que quizás tuviera en ese momento. Recuerdo haberla conocido un día, por primera vez, en un abominable local de un teatro del boulevard, mal iluminado y repleto de esa bulliciosa muchedumbre que suele juzgar los melodramas como un gran espectáculo. Sombreros y *naletots* más gastados que trajes nuevos. Hablamos hablábamos de todo, de teatro y de papas fritas, de piezas de la Gymnase y la Galette du Gymnase. Y, cuando esta mujer apareció en este extraño umbral, podría afirmar que iluminaba todas estas cosas burlescas o feroces con una mirada de sus hermosos ojos. Tocó el piso embarrado con el pie, como si en verdad hubiera cruzado el bulevar en un día lluvioso. Se levantó el vestido instintivamente para no rozar el lodo reseco y, sin pensar en mostrarnos, ¿de qué servía? su pie bien calzado, unido a una pierna redonda cubierta por una media de seda con pequeñas aberturas. Todo su aseo estaba en armonía con esta figura flexible y juvenil. Su hermoso rostro ovalado, un poco pálido, respondía a la gracia que derramaba a su alrededor como un perfume indescriptible.

Entonces ella entró y, con la cabeza en alto, cruzó en medio de la multitud asombrada. Liszt y yo nos quedamos muy sorprendidos cuando ella llegó y se sentó familiarmente en el banco donde estábamos nosotros. Ni yo ni Liszt le habíamos hablado nunca. Era una mujer dotada de ingenio, de gusto y de sentido común, y se dirigió ante todos al gran artista y le dijo que lo había escuchado no hacía mucho tiempo y que él la había hecho soñar. Él, sin embargo, como esos instrumentos sonoros que responden al primer soplo de la brisa de mayo, escuchaba con atención sostenida este hermoso lenguaje lleno de ideas, un lenguaje sonoro, elocuente y soñador a la vez. Con este maravilloso instinto que hay en él, tan acostumbrado al mundo oficial y al de los artistas, se preguntó quién era esta mujer, tan familiar y tan noble, que se le acercó primero y con quién intercambió palabras, lo trató con tanta altivez como si fuera quien se hubiera presentado en Londres, en el círculo de la Reina o de la Duquesa de Sutherland.

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778)

Uno de los grandes pensadores y filósofos del prerromanticismo francés fue Rousseau, autor de novelas que sembraron las bases para el estallido de la Revolución. Sus obras *Discours sur les sciences et les arts* (1750) -*Discurso sobre las ciencias y las artes*-, *Émile ou De l'éducation*, (1762) -*Emilio o la educación*- y *Du contrat social* (1762) -*El contrato social*- siguen siendo obras leídas y muy valoradas en la actualidad.

La Nueva Eloísa se inspira en la historia de Eloísa y Pedro Abelardo, en la que la sublime entrega poco a poco sobrepasa la pasión amorosa. A pesar del género novelesco con que se presenta, la obra está llena de una teoría filosófica con la que Rousseau explora los valores morales de la autonomía y la autenticidad para dar preferencia a la ética de esta contra los principios morales racionales: cumplir lo que la sociedad exige solo si es conforme a sus propios «principios secretos» y a los sentimientos que constituyen la identidad profunda.

Julie ou la Nouvelle Héloïse (1761)

Letre premiè

À Julie

Il faut vous fuir, mademoiselle, je le sens bien: j'aurais dû beaucoup moins attendre; ou plutôt il fallait ne vous voir jamais. Mais que faire aujourd'hui? comment m'y prendre? Vous m'avez promis de l'amitié; voyez mes perplexités, et conseillezmoi.

Vous savez que je ne suis entré dans votre maison que sur l'invitation de madame votre mère. Sachant que j'avais cultivé quelques talents agréables, elle a cru qu'ils ne seraient pas inutiles, dans un lieu dépourvu de maîtres, à l'éducation d'une fille qu'elle adore. Fier, à mon tour, d'orner de quelques fleurs un si beau naturel, j'osai me charger de ce dangereux soin, sans en prévoir le péril, ou du moins sans le redouter. Je ne vous dirai point que je commence à payer le prix de ma témérité: j'espère que je ne m'oublierai jamais jusqu'à vous tenir des discours qu'il ne vous convient pas d'entendre, et manquer au respect que je dois à vos mœurs encore plus qu'à votre naissance et à vos charmes. Si je souffre, j'ai du moins la consolation de souffrir seul, et je ne voudrais pas d'un bonheur qui pût coûter au vôtre.

Cependant je vous vois tous les jours, et je m'aperçois que, sans y songer, vous aggravez innocemment des maux que vous ne pouvez plaindre, et que vous devez ignorer. Je sais, il est vrai, le parti que dicte en pareil cas la prudence au défaut de l'espoir; et je me serais efforcé de le prendre, si je pouvais accorder en cette occasion la prudence avec l'honnêteté: mais comment me retirer décemment d'une maison dont la maîtresse elle-même m'a offert l'entrée, où elle m'accable de bontés, où elle me croit de quelque utilité à ce qu'elle a de plus cher au monde? Comment frustrer cette tendre mère du plaisir de surprendre un jour son époux par vos progrès dans les études qu'elle lui cache à ce dessein? Faut-il quitter impoliment sans lui rien dire? faut-il lui déclarer le sujet de ma retraite? et cet aveu même ne l'offensera-t-il pas de la part d'un homme dont la naissance et la fortune ne peuvent lui permettre d'aspirer à vous?

Je ne vois, mademoiselle, qu'un moyen de sortir de l'embarras où je suis; c'est que la main qui m'y plonge m'en retire; que ma peine, ainsi que ma faute, me vienne de vous; et qu'au moins par pitié pour moi vous daigniez m'interdire votre présence. Montrez ma lettre à vos parents, faites-moi refuser votre porte, chassez-moi comme il vous plaira; je puis tout endurer de vous, je ne puis vous fuir de moi-même.

Vous, me chasser! moi, vous fuir! et pourquoi? Pourquoi donc est-ce un crime d'être sensible au mérite, et d'aimer ce qu'il faut qu'on honore? Non, belle Julie; vos attraits avaient ébloui mes yeux; jamais ils n'eussent égaré mon cœur sans l'attrait plus puissant qui les anime. C'est cette union touchante d'une sensibilité si vive et d'une inaltérable douceur; c'est cette pitié si tendre à tous les maux d'autrui; c'est cet esprit juste et ce goût exquis qui tirent leur pureté de celle de l'âme; ce sont, en un mot, les charmes des sentiments, bien plus que ceux de la personne, que j'adore en vous. Je consens qu'on vous puisse imaginer plus belle encore; mais plus aimable et plus digne du cœur d'un honnête homme, non, Julie, il n'est pas possible.

J'ose me flatter quelquefois que le ciel a mis une conformité secrète entre nos affections, ainsi qu'entre nos goûts et nos âges. Si jeunes encore, rien n'altère en nous les penchants de la nature, et toutes nos inclinations semblent se rapporter. Avant que d'avoir pris les uniformes préjugés du monde, nous avons des manières uniformes de sentir et de voir; et pourquoi n'oserais-je pas imaginer dans nos cœurs ce même concert que j'aperçois dans nos jugements? Quelquefois nos yeux se rencontrent; quelques soupirs nous échappent en même temps; quelques larmes furtives... ô Julie! si cet accord venait de plus loin... si le ciel nous avait destinés... toute la force humaine...

Ah! pardon! je m'égare: j'ose prendre mes vœux pour de l'espoir; l'ardeur de mes désirs prête à leur objet la possibilité qui lui manque. Je vois avec effroi quel tourment mon cœur se prépare. Je ne cherche point à flatter mon mal; je voudrais le haïr, s'il était possible. Jugez si mes sentiments sont purs par la sorte de grâce que je viens vous demander. Tarissez, s'il se peut, la source du poison qui me nourrit et me tue. Je ne veux que guérir ou mourir; et j'implore vos rigueurs comme un amant implorerait vos bontés.

Oui, je promets, je jure de faire de mon côté tous mes efforts pour recouvrer ma raison, ou concentrer au fond de mon âme le trouble que j'y sens naître: mais, par pitié, détournez de moi ces yeux si doux qui me donnent la mort; dérobez aux miens vos traits, votre air, vos bras, vos mains, vos blonds cheveux, vos gestes; trompez l'avide imprudence de mes regards; retenez cette voix touchante qu'on n'entend point sans émotion; soyez, hélas ! une autre que vous-même, pour que mon cœur puisse revenir à lui.

Vous le dirai-je sans détour? dans ces jeux que l'oisiveté de la soirée engendre, vous vous livrez devant tout le monde à des familiarités cruelles; vous n'avez pas plus de réserve avec moi qu'avec un autre. Hier même, il s'en fallut peu que, par pénitence, vous ne me laissassiez prendre un baiser: vous résistâtes faiblement; heureusement je n'eus garde de m'obstiner. Je sentis à mon trouble croissant que j'allais me perdre, et je m'arrêtai. Ah! si du moins je l'eusse pu savourer à mon gré, ce baiser eût été mon dernier soupir, et je serais mort le plus heureux des hommes!

De grâce, quittons ces jeux qui peuvent avoir des suites funestes. Non, il n'y en a pas un qui n'ait son danger, jusqu'au plus puéril de tous. Je tremble toujours d'y rencontrer votre main, et je ne sais comment il arrive que je la rencontre toujours. À peine se pose-t-elle sur la mienne qu'un

tressaillement me saisit; le jeu me donne la fièvre ou plutôt le délire: je ne vois, je ne sens plus rien; et, dans ce moment d'aliénation, que dire, que faire, où me cacher, comment répondre de moi?

Durant nos lectures, c'est un autre inconvénient. Si je vous vois un instant sans votre mère ou sans votre cousine, vous changez tout à coup de maintien; vous prenez un air si sérieux, si froid, si glacé, que le respect et la crainte de vous déplaire m'ôtent la présence d'esprit et le jugement, et j'ai peine à bégayer en tremblant quelques mots d'une leçon que toute votre sagacité vous fait suivre avec peine. Ainsi, l'inégalité que vous affectez tourne à la fois au préjudice de tous deux: vous me désolez et ne vous instruisez point, sans que je puisse concevoir quel motif fait ainsi changer d'humeur une personne aussi raisonnable. J'ose vous le demander, comment pouvez-vous être si folâtre en public, et si grave dans le tête-à-tête? Je pensais que ce devait être tout le contraire, et qu'il fallait composer son maintien à proportion du nombre des spectateurs. Au lieu de cela, je vous vois, toujours avec une égale perplexité de ma part, le ton de cérémonie en particulier, et le ton familier devant tout le monde: daignez être plus égale, peut-être serai-je moins tourmenté.

Si la commisération naturelle aux âmes bien nées peut vous attendrir sur les peines d'un infortuné auquel vous avez témoigné quelque estime, de légers changements dans votre conduite rendront sa situation moins violente, et lui feront supporter plus paisiblement et son silence et ses maux. Si sa retenue et son état ne vous touchent pas, et que vous vouliez user du droit de le perdre, vous le pouvez sans qu'il murmure: il aime mieux encore périr par votre ordre que par un transport indiscret qui le rendît coupable à vos yeux. Enfin, quoi que vous ordonniez de mon sort, au moins n'aurai-je point à me reprocher d'avoir pu former un espoir téméraire; et si vous avez lu cette lettre, vous avez fait tout ce que j'oserais vous demander, quand même je n'aurais point de refus à craindre.

Julia o la nueva Eloísa (1761)

Carta primera

A Julia

Tengo que huir, señorita, estoy convencido: ya sé que debería haber esperado mucho menos; o, mejor dicho, nunca debí verte. Pero ¿qué hacemos ahora hoy?, ¿cómo lo hago? Me prometiste amistad. Observa mis dudas y aconséjame.

Tú sabes que solo entré en tu casa por invitación de tu madre. Tras conocer que yo había cultivado algunas cualidades valiosas, creyó que mi ayuda sería más provechosa que las instrucciones de maestros ineptos para la educación de una muchacha a la que ella adora. Orgulloso por mi parte de poder adornar tan hermosa naturaleza con algunas flores, me atreví a emprender esta arriesgada tarea, sin prever el peligro o, por al menos, sin temerlo. No te diré que empiezo a pagar el precio de mi temeridad: espero nunca olvidarme de mí mismo ni transmitirte unas ideas que no debes escuchar ni que falte al respeto que merece tu dignidad mayor aún que tu nacimiento y tus encantos. Si sufro al menos tendré el consuelo de sufrir solo. No querría una felicidad que pudiera costar la tuya.

Sin embargo, te veo todos los días, y me doy cuenta de que, sin pensarlo, agravas inocentemente unos males que no puedes compartir y que debes ignorar. Sé, es verdad, que la decisión está determinada en este caso por la conciencia de la falta de esperanza; y me habría esforzado en tomarlo, si en esta ocasión pudiera reconocer que la prudencia está determinada por el sentido de la honestidad: pero ¿cómo puedo retirarme decentemente de una casa cuya dueña me ha ofrecido la entrada, donde me colmó de bondad, donde ella cree que soy quien mejor sirve a quien más quiere en el mundo? ¿Cómo frustrar a esta tierna madre el placer de sorprender un día a su marido con vuestro progreso en los estudios que ella le oculta con ese fin? ¿Deberíamos irnos groseramente sin decirle nada? ¿Debo confesarle la razón de mi despedida? ¿Y no le ofenderá esta misma confesión, viniendo de un hombre cuya cuna y fortuna no le permiten aspirar a ti?

No veo, señorita, una manera de salir del apuro en que me encuentro porque la mano que me hunde en él es la misma que me retira de él: mi pena y mi culpa, me vengan de ti porque, precisamente la piedad que sientes por mí te dignas prohibirme tu presencia. Enséñale mi carta a tus padres, hazme que cierre tu puerta, aléjame como quieras. Puedo soportarlo todo de ti, pero no puedo escaparte de mí mismo.

¡Tú, persígueme! ¡yo, me escapo! ¿Y por qué? ¿Por qué es un crimen ser sensible al mérito y amar lo que debemos honrar? No, hermosa Julia; tus atractivos han deslumbrado mis ojos; jamás habrían descarriado mi corazón sin la atracción más poderosa que los anima. Es esta conmovedora unión de tan viva sensibilidad e inalterable dulzura; es esa tierna piedad por todos los males ajenos; es este justo espíritu y de este gusto exquisito derivan la pureza del alma; son, en una palabra, los encantos de los sentimientos, mucho más que los de la persona que adoro en ti. Estoy de acuerdo en que se te puede imaginar aún más bella; pero más amable y más digna del corazón de un hombre honesto, no, Julia, no es posible.

A veces me atrevo a jactarme de que el Cielo haya puesto una secreta conformidad entre nuestros afectos, de la misma manera que entre nuestros gustos y entre nuestras edades. Tan jóvenes todavía, nada altera en nosotros las inclinaciones de la naturaleza, y todas nuestras inclinaciones parecen que están relacionadas. En vez de asumir los prejuicios uniformes del mundo, nosotros tenemos unos modos uniformes de sentir y de ver. ¿Y por qué no habría de atreverme a imaginar en nuestros corazones este mismo concierto que percibo en nuestros juicios? A veces nuestros ojos se encuentran y unos cuantos suspiros se nos escapan al mismo tiempo, unas lágrimas fugaces... ¡oh Julia! si este acuerdo viniera de más lejos... si el cielo nos hubiera destinado... toda fuerza humana...

¡Ay! ¡perdón! Estoy divagando: me atrevo a tomar mis deseos por esperanza; el ardor de mis deseos presta a su objeto la esperanza que le falta. Veo con horror el tormento que prepara mi corazón. No busco halagar mi enfermedad. Lo odiaría, si fuera posible. Juzga si mis sentimientos son puros por la clase de gracia que vengo a pedirte. Seca, si es posible, la fuente del veneno que me alimenta y me mata. Solo quiero sanar o morir e imploro tus rigores como un amante imploraría tu bondad.

Sí, lo prometo y lo juro poner de mi parte todos mis esfuerzos para recobrar la razón o para concentrar en el fondo de mi alma la angustia que siento nacer allí, pero, por piedad, aparta de mí esos ojos tan mansos que causan la muerte, me roban tus facciones, tu aire, tus brazos, tus manos, tu cabello rubio, tus gestos. Engaña la codiciosa imprudencia de mis ojos, conserva esa voz conmovedora que no se oye sin emoción: que sea, ¡ay! otra diferente a ti, para que mi corazón vuelva a él.

¿Te lo digo sin rodeos? en estos juegos que engendra la ociosidad de la tarde, te entregas a crueles familiaridades delante de todos; no tienes más reserva conmigo que con otro. Incluso ayer, por penitencia, estuviste muy cerca de dejarme darte un beso, pero resististe débilmente y, afortunadamente, tuve cuidado de no persistir. Sentí por mi creciente confusión que me iba a perder, y me detuve. ¡Ay! si al menos hubiera podido saborearlo a mi gusto, este beso hubiera sido mi último suspiro, ¡y hubiera muerto como el más feliz de los hombres!

Por favor, dejemos estos juegos que pueden tener consecuencias desastrosas. No, no hay ninguno que no tenga su peligro, incluso el más infantil de todos. Siempre tiemblo al encontrar allí tu mano y no sé cómo es que siempre la encuentro. Tan pronto como cae sobre la mía, un escalofrío se apodera de mí; el juego me da fiebre o más bien delirio: ya no veo, ya no siento nada, y, en este momento de alienación, ¿qué decir, qué hacer, dónde esconderme, cómo responder por mí?

Durante nuestras lecturas, también estoy en desventaja. Si te veo un momento sin tu madre o tu prima, de pronto cambias de actitud; tomas un aire tan serio, tan frío, tan helado, que el respeto y el miedo de desagradarte me privan de mi presencia de ánimo y de juicio, y me cuesta balbucear, temblando, algunas palabras de una lección que, a pesar de tu sagacidad, sigues con dificultad. Así, la desigualdad que genera se convierte en un perjuicio para los dos a la vez: me angustias y no te instruyes, sin que yo pueda concebir qué razón hace cambiar de humor a una persona tan razonable. Me atrevo a preguntarte, ¿cómo puedes ser tan alegre en público y tan seria en privado? Pensé que tenías que ser todo lo contrario, y que deberías comportarte de manera diferente en proporción al número de espectadores. En cambio, te veo a ti, siempre con igual perplejidad de mi parte, con el tono ceremonial en privado, y con el tono familiar en público: dígnate ser más igual, tal vez me atormenten menos.

Si la compasión natural de las almas de buena cuna puede ablandar las penas de un desdichado a quien has mostrado cierta estima, unos pequeños cambios en tu conducta podrán hacer que la situación sea menos violenta, y le harán sobrellevar con mayor tranquilidad el silencio y los males. Si la discreción y el estado de ánimo no te afectan, y si hacer uso del derecho para destruirlo, podéis hacerlo sin que murmure: preferiría perecer por vuestra orden que por un paso indiscreto que lo haría culpable a vuestros ojos. En fin, cualquiera cosa que determines, al menos impedirá reprocharme por haber creado una esperanza temeraria; y si has leído esta carta, has hecho todo lo que me atrevería a pedirte, aunque no me hubiera negado a temer.

Alphonse de Lamartine (1790-1869)

Político y escritor, su poesía se inspira en las mujeres que han compartido su vida. Los principales temas de la obra de Lamartine son la nostalgia, la soledad, la desesperación y la armonía con la naturaleza. Su obra *Méditations poétiques* (1820) -*Meditaciones poéticas*- es, a juicio de la mayoría de los críticos, lo más destacado de su carrera literaria.

Le lac

- I -

Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages,
Dans la nuit éternelle emportés sans retour,
Ne pourrons-nous jamais sur l'océan des âges
Jeter l'ancre un seul jour?

- II -

O lac! l'année à peine a fini sa carrière,
Et près des flots chéris qu'elle devait revoir,
Regarde! je viens seul m'asseoir sur cette pierre
Où tu la vis s'asseoir!

- III -

Tu mugissais ainsi sous ces roches profondes;
Ainsi tu te brisais sur leurs flancs déchirés;
Ainsi le vent jetait l'écume de tes ondes
Sur ses pieds adorés.

- IV -

Un soir, t'en souvient-il? nous voguions en silence,
On n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux,
Que le bruit des rameurs qui frappaient en cadence
Tes flots harmonieux.

- V -

Tout à coup des accents inconnus à la terre
Du rivage charmé frappèrent les échos;
Le flot fut attentif, et la voix qui m'est chère
Laissa tomber ces mots:

- VI -

«O temps, suspends ton vol! et vous, heures propices
Suspendez votre cours!
Laissez-nous savourer les rapides délices
Des plus beaux de nos jours!

- VII -

»Assez de malheureux ici-bas vous implorent:
Coulez, coulez pour eux;
Prenez avec leurs jours les soins qui les dévorent;
Oubliez les heureux.

- VIII -

»Mais je demande en vain quelques moments encor
Le temps m'échappe et fuit;
Je dis à cette nuit: "Sois plus lente"; et l'aurore
Va dissiper la nuit.

- IX -

»Aimons donc, aimons donc! de l'heure fugitive,
Hâtons-nous, jouissons!
L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive
Il coule, et nous passons!».

- X -

Temps jaloux, se peut-il que ces moments d'ivresse.,
Où l'amour à longs flots nous verse le bonheur,
S'envolent loin de nous de la même vitesse
Que les jours de malheur?

- XI -

Hé quoi! n'en pourrons-nous fixer au moins la trace?
Quoi? passés pour jamais? quoi! tout entiers perdus?
Ce temps qui les donna, ce temps qui les efface,
Ne nous les rendra plus?

- XII -

Éternité, néant, passé, sombres abîmes,
Que faites-vous des jours que vous engloutissez?
Parlez: nous rendrez-vous ces extases sublimes
Que vous nous ravissez?

- XIII -

O lac! rochers muets! grottes! forêt obscure!
Vous que le temps épargne ou qu'il peut rajeunir,
Gardez de cette nuit, gardez, belle nature,
Au moins le souvenir!

- XIV -

Qu'il soit dans ton repos, qu'il soit dans tes orages,
Beau lac, et dans l'aspect de tes riants coteaux,
Et dans ces noirs sapins, et dans ces rocs sauvages
Qui pendent sur tes eaux!

- XV -

Qu'il soit dans le zéphyr qui frémit et qui passe,
Dans les bruits de tes bords par tes bords répétés,
Dans l'astre au front d'argent qui blanchit ta surface
De ses molles clartés!

- XVI -

Que le vent qui gémit le roseau qui soupire
Que les parfums légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu'on entend, l'on voit ou l'on respire,

- XVII -

Tout dise: «Ils ont aimé!».

El lago

- I -

Así siempre empujados hacia nuevas orillas,
en la noche sin fin que no tiene retorno,
¿no podremos jamás en el mar de los tiempos
echar ancla algún día?

- II -

Lago, apenas el año ya concluye su curso
y muy cerca del agua donde yo le di cita,
mira, vengo a sentarme solo sobre esta piedra
donde ayer se sentaba.

- III -

Tú bramabas así bajo estas mismas rocas,
te rompías con furia en su herido costado;
así el viento arrojaba tus oleajes de espuma
a sus pies adorados.

- IV -

Una tarde, ¿te acuerdas?, en silencio bogaba
entre el agua y los cielos a lo lejos se oía
solamente el rumor de los remos golpeando
tu armonioso cristal.

- V -

De repente una música que ignoraba la tierra
despertó de la orilla encantada los ecos;
prestó oídos el agua y la voz tan amada
pronunció estas palabras:

- VI -

«Tiempo, no vueles más. Que las horas propicias
interrumpan su curso.
¡Oh, dejadnos gozar de las breves delicias
de este día tan bello!

- VII -

Todos los desdichados aquí abajo os imploran:
sed para ellos muy raudas.
Con los días quitadles el mal que les consume;
olvidad al feliz.

- VIII -

Mas en vano yo pido unos instantes más,
ya que el tiempo me huye.
A esta noche repito: “Sé más lenta”, y la aurora
ya disipa la noche.

- IX -

¡Oh, sí, amémonos, pues, y gocemos del tiempo
fugitivo, de prisa!
Para el hombre no hay puerto, no hay orillas del tiempo,
fluye mientras pasamos».

- X -

Tiempo adusto, ¿es posible que estas horas divinas
en que amor nos ofrece sin medida la dicha
de nosotros se alejen con la misma presteza
que los días de llanto?

- XI -

¿No podremos jamás conservar ni su huella?
¿Para siempre pasados? ¿Por completo perdidos?
Lo que el tiempo nos dio, lo que el tiempo ha borrado,
¿no lo va a devolver?

Alfred de Vigny (1797-1863)

Otro de los grandes escritores franceses del Romanticismo fue Alfred de Vigny, un entusiasta lector de la literatura y de la historia francesa y bíblica que cultivó poesía lírica. *Poèmes antiques et modernes* (1826) -*Poemas antiguos y modernos*- es una colección dividida en tres libros, primero recordando los mitos bíblicos, luego el Antiguo y el Nuevo Testamento y finalmente los acontecimientos de la historia europea más reciente (siglo XVII). El tema principal es la muerte, asociada al sufrimiento. Todos los poemas son fieles al problema romántico de un hombre débil que no puede cumplir sus deseos. También publicó una novela histórica titulada *Cinq-Mars*, sobre el marqués Henri Coiffier de Ruzé, un conspirador en la época de Luis XIII contra el cardenal Richelieu.

Poèmes antiques et modernes **(1826)**

Serait-il dit que vous fassiez mourir le Juste avec le méchant?

Genèse

La Terre était riante et dans sa fleur première;
Le jour avait encor cette même lumière
Qui du Ciel embelli couronna les hauteurs
Quand Dieu la fit tomber de ses doigts créateurs.
Rien n'avait dans sa forme altéré la nature,
Et des monts réguliers l'immense architecture
S'élevait jusqu'aux Cieux par ses degrés égaux,
Sans que rien de leur chaîne eût brisé les anneaux.
La forêt, plus féconde, ombrageait, sous ses dômes,
Des plaines et des fleurs les gracieux royaumes
Et des fleuves aux mers le cours était réglé
Dans un ordre parfait qui n'était pas troublé.
Jamais un voyageur n'aurait, sous le feuillage,
Rencontré, loin des flots, l'émail du coquillage,
Et la perle habitait son palais de cristal:
Chaque trésor restait dans l'élément natal,
Sans enfreindre jamais la céleste défense;
Et la beauté du monde attestait son enfance;
Tout suivait sa loi douce et son premier penchant,
Tout était pur encor. Mais l'homme était méchant.
Les peuples déjà vieux, les races déjà mûres,
Avaient vu jusqu'au fond des sciences obscures;
Les mortels savaient tout, et tout les affligeait;

Le prince était sans joie ainsi que le sujet;
Trente religions avaient eu leurs prophètes,
Leurs martyrs, leurs combats, leurs gloires, leurs défaites,
Leur temps d'indifférence et leur siècle d'oubli;
Chaque peuple, à son tour dans l'ombre enseveli,
Chantait languissamment ses grandeurs effacées:
La mort régnait déjà dans les âmes glacées.
Même plus haut que l'homme atteignaient ses malheurs:
D'autres êtres cherchaient ses plaisirs et ses pleurs.
Souvent, fruit inconnu d'un orgueilleux mélange,
Au sein d'une mortelle on vit le fils d'un Ange.
Le crime universel s'élevait jusqu'aux cieux.
Dieu s'attrista lui-même et détourna les yeux.
Et cependant, un jour, au sommet solitaire
Du mont sacré d'Arar, le plus haut de la Terre,
Apparut une vierge et près d'elle un pasteur:
Tous deux nés dans les champs, loin d'un peuple imposteur,
Leur langage était doux, leurs mains étaient unies
Comme au jour fortuné des unions bénies;
Ils semblaient, en passant sur ces monts inconnus,
Retourner vers le Ciel dont ils étaient venus;
Et, sans l'air de douleur, signe que Dieu nous laisse,
Rien n'eût de leur nature indiqué la faiblesse,
Tant les traits primitifs et leur simple beauté
Avaient sur leur visage empreint de majesté.
Quand du mont orageux ils touchèrent la cime,
La campagne à leurs pieds s'ouvrit comme un abîme.
C'était l'heure où la nuit laisse le Ciel au jour:
Les constellations palissaient tour à tour;
Et, jetant à la Terre un regard triste encore,
Couraient vers l'Orient se perdre dans l'aurore,
Comme si pour toujours elles quittaient les yeux
Qui lisaient leur destin sur elles dans les Cieux.
Le Soleil, dévoilant sa figure agrandie,
S'éleva sur les bois comme un vaste incendie,
Et la Terre aussitôt, s'agitant longuement,
Salua son retour par un gémissement.
Réunis sur les monts, d'immobiles nuages
Semblaient y préparer l'arsenal des orages;
Et sur leurs fronts noircis qui partageaient les Cieux
Luisait incessamment l'éclair silencieux.
Tous les oiseaux, poussés par quelque instinct funeste,
S'unissaient dans leur vol en un cercle céleste;
Comme des exilés qui se plaignent entre eux,
Ils poussaient dans les airs de longs cris douloureux.
La Terre cependant montrait ses lignes sombres
Au jour pâle et sanglant qui faisait fuir les ombres;
Mais, si l'homme y passait, on ne pouvait le voir:
Chaque cité semblait comme un point vague et noir,
Tant le mont s'élevait à des hauteurs immenses!
Et des fleuves lointains les faibles apparences
Ressemblaient au dessin par le vent effacé
Que le doigt d'un enfant sur le sable a tracé.
Ce fut là que deux voix, dans le désert perdues,
Dans les hauteurs de l'air avec peine entendues,

Osèrent un moment prononcer tour à tour
Ce dernier entretien d'innocence et d'amour:
«Comme la Terre est belle en sa rondeur immense!
La vois-tu qui s'étend jusqu'où le ciel commence?
La vois-tu s'embellir de toutes ses couleurs?
Respire un jour encor le parfum de ses fleurs,
Que le vent matinal apporte à nos montagnes.
On dirait aujourd'hui que les vastes campagnes
Elèvent leur encens, étalent leur beauté,
Pour toucher, s'il se peut, le seigneur irrité.
Mais les vapeurs du ciel, comme de noirs fantômes,
Amènent tous ces bruits, ces lugubres symptômes
Qui devaient, sans manquer au moment attendu,
Annoncer l'agonie à l'univers perdu.
Viens, tandis que l'horreur partout nous environne,
Et qu'une vaste nuit lentement nous couronne,
Viens, ô ma bien-aimée! Et, fermant tes beaux yeux,
Qu'épouvante l'aspect du désordre des cieux,
Sur mon sein, sous mes bras repose encor ta tête,
Comme l'oiseau qui dort au sein de la tempête;
Je te dirai l'instant où le ciel sourira,
Et durant le péril ma voix te parlera».
La vierge sur son cœur pencha sa tête blonde;
Un bruit régnait au loin, pareil au bruit de l'onde:
Mais tout était paisible et tout dormait dans l'air;
Rien ne semblait vivant, rien, excepté l'éclair.
Le pasteur poursuivit d'une voix solennelle:
«Adieu, monde sans borne, ô terre maternelle!
Formes de l'horizon, ombrages des forêts,
Antres de la montagne, embaumés et secrets;
Gazons verts, belles fleurs de l'oasis chérie,
Arbres, rochers connus, aspects de la patrie! Adieu!
Tout va finir, tout doit être effacé,
Le temps qu'a reçu l'homme est aujourd'hui passé,
Demain rien ne sera. Ce n'est point par l'épée,
Postérité d'Adam, que tu seras frappée,
Ni par les maux du corps ou les chagrins du cœur;
Non, c'est un élément qui sera ton vainqueur.
La terre va mourir sous des eaux éternelles,
Et l'ange en la cherchant fatiguera ses ailes.
Toujours succédera, dans l'univers sans bruits,
Au silence des jours le silence des nuits.
L'inutile soleil, si le matin l'amène,
N'entendra plus la voix et la parole humaine;
Et quand sur un flot mort sa flamme aura relui,
Le stérile rayon remontera vers lui.
Oh! pourquoi de mes yeux a-t-on levé les voiles?
Comment ai-je connu le secret des étoiles?
Science du désert, annales des pasteurs!
Cette nuit, parcourant vos divines hauteurs
Dont l'Egypte et Dieu seul connaissent le mystère,
Je cherchais dans le ciel l'avenir de la terre;
Ma houlette savante, orgueil de nos bergers,
Traçait l'ordre éternel sur les sables légers,
Comparant, pour fixer l'heure où l'étoile passe,

Les cailloux de la plaine aux lueurs de l'espace.
Mais un ange a paru dans la nuit sans sommeil;
Il avait de son front quitté l'éclat vermeil,
Il pleurait, et disait dans sa douleur amère:
«Que n'ai-je pu mourir lorsque mourut ta mère!
J'ai failli, je l'aimais, Dieu punit cet amour,
Elle fut enlevée en te laissant au jour.
Le nom d'Emmanuel que la terre te donne,
C'est mon nom. J'ai prié pour que Dieu te pardonne;
Va seul au mont Arar, prends ses rocs pour autels,
Prie, et seul, sans songer au destin des mortels,
Tiens toujours tes regards plus hauts que sur la terre;
La mort de l'innocence est pour l'homme un mystère;
Ne t'en étonne pas, n'y porte pas tes yeux;
La pitié du mortel n'est point celle des cieux.
Dieu ne fait point de pacte avec la race humaine;
Qui créa sans amour fera périr sans haine.
Sois seul, si Dieu m'entend, je viens». Il m'a quitté;
Avec combien de pleurs, hélas! l'ai-je écout!
J'ai monté sur l'Arar, mais avec une femme».
Sara lui dit: «Ton âme est semblable à mon âme,
Car un mortel m'a dit: «Venez sur Gelboë,
Je me nomme Japhet, et mon père est Noë.
Devenez mon épouse, et vous serez sa fille;
Tout va périr demain, si ce n'est ma famille».
Et moi je l'ai quitté sans avoir répondu,
De peur qu'Emmanuel n'eût longtemps attendu».
Puis tous deux embrassés, ils se dirent ensemble:
«Ah ! louons l'éternel, il punit, mais rassemble!».
Le tonnerre grondait; et tous deux à genoux
S'écrièrent alors: «O Seigneur, jugez-nous!».

Poemas antiguos y modernos (1826)

Génesis

La Tierra sonreía y, en sus primeras horas,
el día mantenía aún aquella misma luz que
desde el Cielo embellecía y coronaba las alturas
cuando Dios la hacía caer de sus dedos creadores.
Nada en su forma había desordenado en la naturaleza,
y la inmensa arquitectura de las montañas regulares
se elevó a los Cielos en iguales proporciones
sin que ninguno de sus anillos rompiera la cadena.
La selva, más fértil, sembrada, bajo sus cúpulas,
de llanuras y de flores de formas diversas,
los ríos regulaban sus cursos a los mares
en un orden perfecto que nunca se desviaba.
Nunca un viajero habría encontrado, bajo el follaje,

lejos de las olas, la concha esmaltada
o la perla habitada en su palacio de cristal:
cada tesoro permanecía en su espacio natural
sin vulnerar jamás el orden celestial.
Y la belleza del mundo mantuvo su niñez,
todo obedecía a su ley y a su primera inclinación,
todo seguía siendo puro. Pero el hombre era malo.
Los pueblos ya viejos, las razas ya maduras,
habían descubierto el fondo de las oscuras ciencias,
los mortales lo sabían todo, y todo les afligía,
el príncipe estaba tan triste como el súbdito,
treinta religiones habían tenido sus profetas,
sus mártires, sus combates, sus glorias, sus derrotas,
su tiempo de indiferencia y su siglo de olvido.
Cada pueblo, a su vez en la sombra sepultada,
iba cantando lánguidamente su olvida grandeza.
La muerte ya reinaba en las almas heladas.
Incluso, en lo más alto, los hombres alcanzaron sus desgracias.
Otros seres buscaron sus placeres y sus lágrimas.
A menudo, fruto desconocido de una mezcla orgullosa
en el seno de un mortal vive el hijo de un Ángel.
El crimen universal se elevó a los cielos.
Dios se entristeció y apartó la mirada.
Y sin embargo, un día, en la cumbre solitaria
del sagrado Monte Arar, el más alto de la Tierra,
apareció una virgen y cerca de ella un pastor:
ambos nacidos en los campos, lejos de un pueblo impostor.
Su lengua era dulce, sus manos estaban unidas
como en el feliz día de las uniones benditas.
Parecía que, pasando sobre estas montañas desconocidas,
volvían al Cielo de donde habían venido.
Y, si no fuera por la mirada de dolor, señal de que Dios nos abandona,
nada en su naturaleza hubiera indicado debilidad.
Los rasgos primitivos y la sencilla belleza
de su rostro reflejaban una sublime majestuosidad.
Cuando tocaron la cumbre de la montaña tormentosa,
el campo a sus pies se abrió como un abismo.
Era la hora en que la noche deja el Cielo en el día.
Las constelaciones palidecieron a su vez
y, echando una mirada aún triste a la Tierra,
corrieron hacia el Este para perderse en la aurora,
Como si para siempre dejaran que los ojos
leyeran en ellos su destino en los Cielos.
El Sol, revelando su figura magnificada,
surgió sobre los bosques como una gran conflagración,
y la Tierra inmediatamente, temblando por largo tiempo,
saludó su regreso con un gemido.
Reunidas en las montañas, las nubes inmóviles
parecían preparar allí el arsenal de las tormentas
y en sus frentes ennegrecidas que dividían los Cielos
brillaba incesantemente el relámpago silencioso.
Todas las aves, impulsadas por algún fatal instinto,
se unieron en su vuelo en un círculo celestial.
Como exiliados que se quejan entre sí,
lanzaron al aire largos y dolorosos gemidos.

La tierra, sin embargo, mostraba sus líneas oscuras
en un día pálido y sangriento que hace huir a las sombras.
Pero, si el hombre pasaba por allí, no podía ser visto:
cada ciudad parecía un punto vago y negro,
¡La montaña se elevaba a inmensas alturas!
Y las débiles apariencias de lejanos ríos
parecían, ya borrados por el viento,
los dibujos que el dedo de un niño habría trazado en la arena.
Fue allí donde dos voces, perdidas en el desierto,
en las alturas del aire a duras penas escuchadas,
se atrevieron por un momento a pronunciar a su vez
esta última entrevista de inocencia y de amor:
-¡Qué hermosa es la Tierra en su inmensa redondez!
¿Lo ves extendiéndose hasta donde comienza el cielo?
¿La ves embellecerse con todos sus colores?
Vuelve a respirar un día el perfume de sus flores,
que el viento de la mañana trae a nuestras montañas.
Se diría hoy que los vastos campos elevan su incienso,
exhiben su belleza, para tocar, si es posible, al señor irritado.
Pero los vapores del cielo, como negros fantasmas,
traen todos estos ruidos, estos lúgubres síntomas
que iban, sin faltar en el momento esperado,
anunciar la agonía al universo perdido.
Ven, mientras el horror nos envuelve por doquier
y una vasta noche nos corona lentamente.
¡Ven, oh amada mía! Y cierra tus hermosos ojos
a este espantoso desorden de los cielos.
Sobre mi seno, bajo mis brazos reposa tu cabeza
como el pájaro que duerme en medio de la tempestad.
Te lo diré cuando el cielo sonría,
y en el peligro mi voz te hablará.
La virgen en su corazón inclinó su cabeza rubia,
Un ruido reinaba a lo lejos, semejante al ruido de la ola,
pero todo estaba en paz y todos dormían en el aire.
Nada parecía vivo, nada excepto el relámpago.
El pastor prosiguió con voz solemne:
-¡Adiós, mundo sin límites, oh madre tierra!
Formas del horizonte, sombras de los bosques,
guaridas de la montaña, balsámicas y secretas.
¡Céspedes verdes, hermosas flores del amado oasis,
árboles, rocas conocidas, aspectos de la patria! ¡Adiós!
Todo va a terminar, todo debe ser borrado.
El tiempo que al hombre recibió es hoy pasado
y mañana nada será. No es por la espada,
simiente de Adán, como serás herido,
ni por los males del cuerpo ni por las penas del corazón.
No, es un objeto lo que será tu ganador.
La tierra morirá bajo las aguas eternas,
y el ángel que la busca se cansará de sus alas.
Siempre triunfará, en el universo silencioso,
al silencio de los días el silencio de las noches.
El sol inútil, si la mañana lo trae,
ya no oirá la voz y la palabra humana,
y, cuando su llama brille sobre una ola muerta,
el rayo estéril se elevará hacia él.

¡Vaya! ¿Por qué de mis ojos se han levantado los velos?
¿Cómo supe el secreto de las estrellas?
¡Ciencia del desierto, anales de pastores!
Esta noche, atravesando tus divinas alturas
de las que sólo Egipto y Dios conocen el misterio,
busqué en el cielo el porvenir de la tierra,
Mi sabio ladrón, orgullo de nuestros pastores,
trazó el orden eterno sobre las arenas claras,
comparando, para fijar la hora en que pasa la estrella,
los guijarros de la llanura a los destellos del espacio.
Pero un ángel apareció en la noche de insomnio,
había dejado el brillo bermellón de su frente,
lloraba y decía en su amargo dolor:
-¡Por qué no pude haber muerto cuando murió tu madre!
Fracasé, la amé, Dios castigue este amor,
ella se marchó dejándote en el día.
El nombre Emmanuel que la tierra os da es mi nombre.
le pedí a Dios que te perdonara:
ve solo al Monte Arar, toma sus rocas por altares,
ora, y solo, sin pensar en el destino de los mortales,
mantén siempre tu mirada más alta que en la tierra.
La muerte de la inocencia es un misterio para el hombre.
No te sorprendas, no lo mires.
La piedad de los mortales no es la de los cielos.
Dios no hace ningún pacto con la raza humana.
El que creó sin amor destruirá sin odio.
Estay solo, si Dios me escucha, voy.
Me dejó; ¡Con cuántas lágrimas, ay!
¡Lo escuché! Monté el Arar, pero con una mujer.
Sara le dijo: -Tu alma es como mi alma,
Porque un mortal me dijo: Ven a Gelboë,
mi nombre es Jafet y mi padre es Noé.
Conviértete en mi esposa y serás su hija.
Todo perecerá mañana, excepto mi familia.
Y lo dejé sin haber respondido,
Por temor de que Emanuel hubiera esperado mucho tiempo.
Entonces ambos se abrazaron, dijeron juntos:
-¡Ah! ¡alabemos al eterno, castiga, pero recoge!
El trueno retumbó; y ambos de rodillas exclamaron:
-¡Oh Señor, júzganos!

Alfred de Musset (1810-1857)

Musset es autor de *Les Nuits* (*Las Noches,* 1835-1837), una obra dividida en cuatro textos (*La Nuit de mai, La Nuit de décembre, La Nuit d'août, La Nuit d'octobre*), compuestos de diálogos entre el Poeta y la Musa. Aborda el asunto del sufrimiento vínculo esencial entre el arte y la vida.

Les Nuits (1835-1837)

La nuit de mai

(Fragment)

LA MUSE

Poète, prends ton luth et me donne un baiser;
La fleur de l'églantier sent ses bourgeons éclore,
Le printemps naît ce soir; les vents vont s'embraser;
Et la bergeronnette, en attendant l'aurore,
Aux premiers buissons verts commence à se poser.
Poète, prends ton luth, et me donne un baiser.

LE POETE

Comme il fait noir dans la vallée!
J'ai cru qu'une forme voilée
Flottait là-bas sur la forêt.
Elle sortait de la prairie;
Son pied rasait l'herbe fleurie;
C'est une étrange rêverie;
Elle s'efface et disparaît.

LA MUSE

Poète, prends ton luth; la nuit, sur la pelouse,
Balance le zéphyr dans son voile odorant.
La rose, vierge encor, se referme jalouse

Sur le frelon nacré qu'elle enivre en mourant.
Écoute! tout se tait; songe à ta bien-aimée.
Ce soir, sous les tilleuls, à la sombre ramée
Le rayon du couchant laisse un adieu plus doux.
Ce soir, tout va fleurir: l'immortelle nature
Se remplit de parfums, d'amour et de murmure,
Comme le lit joyeux de deux jeunes époux.

LE POETE

Pourquoi mon coeur bat-il si vite?
Qu'ai-je donc en moi qui s'agite
Dont je me sens épouvanté?
Ne frappe-t-on pas à ma porte?
Pourquoi ma lampe à demi morte
M'éblouit-elle de clarté?
Dieu puissant! tout mon corps frissonne.
Qui vient? qui m'appelle? – Personne.
Je suis seul; c'est l'heure qui sonne;
Ô solitude! ô pauvreté!

LA MUSE

Poète, prends ton luth; le vin de la jeunesse
Fermente cette nuit dans les veines de Dieu.
Mon sein est inquiet; la volupté l'oppresse,
Et les vents altérés m'ont mis la lèvre en feu.
Ô paresseux enfant! regarde, je suis belle.
Notre premier baiser, ne t'en souviens-tu pas,
Quand je te vis si pâle au toucher de mon aile,
Et que, les yeux en pleurs, tu tombas dans mes bras?
Ah! je t'ai consolé d'une amère souffrance!
Hélas! bien jeune encor, tu te mourais d'amour.
Console-moi ce soir, je me meurs d'espérance;
J'ai besoin de prier pour vivre jusqu'au jour.

LE POETE

Est-ce toi dont la voix m'appelle,
Ô ma pauvre Muse! est-ce toi?
Ô ma fleur! ô mon immortelle!
Seul être pudique et fidèle
Où vive encor l'amour de moi!
Oui, te voilà, c'est toi, ma blonde,
C'est toi, ma maîtresse et ma soeur!
Et je sens, dans la nuit profonde,
De ta robe d'or qui m'inonde
Les rayons glisser dans mon coeur.

LA MUSE

Poète, prends ton luth; c'est moi, ton immortelle,
Qui t'ai vu cette nuit triste et silencieux,
Et qui, comme un oiseau que sa couvée appelle,

Pour pleurer avec toi descends du haut des cieux.
Viens, tu souffres, ami. Quelque ennui solitaire
Te ronge, quelque chose a gémi dans ton coeur;
Quelque amour t'est venu, comme on en voit sur terre,
Une ombre de plaisir, un semblant de bonheur.
Viens, chantons devant Dieu; chantons dans tes pensées,
Dans tes plaisirs perdus, dans tes peines passées;
Partons, dans un baiser, pour un monde inconnu,
Éveillons au hasard les échos de ta vie,
Parlons-nous de bonheur, de gloire et de folie,
Et que ce soit un rêve, et le premier venu.
Inventons quelque part des lieux où l'on oublie;
Partons, nous sommes seuls, l'univers est à nous.
Voici la verte Écosse et la brune Italie,
Et la Grèce, ma mère, où le miel est si doux,
Argos, et Ptéléon, ville des hécatombes,
Et Messa la divine, agréable aux colombes,
Et le front chevelu du Pélion changeant;
Et le bleu Titarèse, et le golfe d'argent
Qui montre dans ses eaux, où le cygne se mire,
La blanche Oloossone à la blanche Camyre.
Dis-moi, quel songe d'or nos chants vont-ils bercer?
D'où vont venir les pleurs que nous allons verser?
Ce matin, quand le jour a frappé ta paupière,
Quel séraphin pensif, courbé sur ton chevet,
Secouait des lilas dans sa robe légère,
Et te contait tout bas les amours qu'il rêvait?
Chanterons-nous l'espoir, la tristesse ou la joie?
Tremperons-nous de sang les bataillons d'acier?
Suspendrons-nous l'amant sur l'échelle de soie?
Jetterons-nous au vent l'écume du coursier?
Dirons-nous quelle main, dans les lampes sans nombre
De la maison céleste, allume nuit et jour
L'huile sainte de vie et d'éternel amour?
Crierons-nous à Tarquin: «Il est temps, voici l'ombre!».
Descendrons-nous cueillir la perle au fond des mers?
Mènerons-nous la chèvre aux ébéniers amers?
Montrerons-nous le ciel à la Mélancolie?
Suivrons-nous le chasseur sur les monts escarpés?
La biche le regarde; elle pleure et supplie;
Sa bruyère l'attend; ses faons sont nouveau-nés;
Il se baisse, il l'égorge, il jette à la curée
Sur les chiens en sueur son coeur encor vivant.
Peindrons-nous une vierge à la joue empourprée,
S'en allant à la messe, un page la suivant,
Et d'un regard distrait, à côté de sa mère,
Sur sa lèvre entr'ouverte oubliant sa prière?
Elle écoute en tremblant, dans l'écho du pilier,
Résonner l'éperon d'un hardi cavalier.
Dirons-nous aux héros des vieux temps de la France
De monter tout armés aux créneaux de leurs tours,
Et de ressusciter la naïve romance
Que leur gloire oubliée apprit aux troubadours?
Vêtirons-nous de blanc une molle élégie?
L'homme de Waterloo nous dira-t-il sa vie,

Et ce qu'il a fauché du troupeau des humains
Avant que l'envoyé de la nuit éternelle
Vînt sur son tertre vert l'abattre d'un coup d'aile,
Et sur son coeur de fer lui croiser les deux mains?
Clouerons-nous au poteau d'une satire altière
Le nom sept fois vendu d'un pâle pamphlétaire,
Qui, poussé par la faim, du fond de son oubli,
S'en vient, tout grelottant d'envie et d'impuissance,
Sur le front du génie insulter l'espérance,
Et mordre le laurier que son souffle a sali?
Prends ton luth! prends ton luth! je ne peux plus me taire;
Mon aile me soulève au souffle du printemps.
Le vent va m'emporter; je vais quitter la terre.
Une larme de toi! Dieu m'écoute; il est temps.

Las noches

Noche de mayo
(Fragmento)

LA MUSA

Poeta, toma tu laúd y dame un beso.
La flor de la rosa silvestre siente brotar sus capullos,
la primavera nace esta tarde; los vientos se enardecerán
y la lavandera, está esperando el amanecer.
Los primeros arbustos verdes comienzan a surgir.
Poeta, toma tu laúd y dame un beso.

EL POETA

¡Qué oscuro está el valle!
Pensé que una forma velada
flotaba allí sobre el bosque.
Ella salía del prado,
su pie rozó la hierba en flor
como un extraño ensueño
se desvanece y desaparece.

LA MUSA

Poeta, toma tu laúd; de noche, sobre el césped,
balancea el céfiro en su velo fragante.

La rosa, todavía virgen, se cierra celosa
sobre el avispón nacarado que embriaga mientras muere.
¡Escuchad! todo está en silencio; piensa en tu amada.
Esta tarde, bajo los tilos, en la fila oscura
el rayo del sol poniente deja una despedida más suave.
Esta noche todo florecerá: la naturaleza inmortal
se llena de perfumes, de amores y de murmullos,
como el lecho gozoso de dos jóvenes esposos.

EL POETA

¿Por qué mi corazón late tan rápido?
¿Qué tengo en mí que está agitado
por lo que me siento aterrorizado?
¿No hay que llamar a mi puerta?
¿Por qué mi lámpara medio
apagada me deslumbra con su luz?
¡Poderoso Dios! todo mi cuerpo se estremece.
¿Quién viene?, ¿quién me llama? - Nadie.
Estoy solo; es la hora que suena.
¡Oh soledad! ¡Oh pobreza!

LA MUSA

Poeta, toma tu laúd; el vino de la juventud
fermenta esta noche en las venas de Dios.
Mi pecho está inquieto; la voluptuosidad lo oprime
y los vientos sedientos encienden mis labios.
¡Oh niño perezoso! mira, soy hermosa.
Nuestro primer beso, ¿no te acuerdas,
cuando te vi tan pálida al roce de mi ala
y que, con lágrimas en los ojos, caíste en mis brazos?
¡Ay! ¡Te consolé de un amargo sufrimiento!
¡Pobre de mí! muy joven aún, te morías de amor.
Consuélame esta noche, me muero de esperanza;
Necesito orar para vivir hasta el día.

EL POETA

¡Eres tú cuya voz me llama,
oh mi pobre Musa! ¿Eres tú?
¡Oh mi flor! ¡Oh mi inmortal!
¡El único ser modesto y fiel
donde aún vive el mi amor!
¡Sí, ahí estás, eres tú, mi novia,
eres tú, mi amante y mi hermana!
Y siento, en la noche profunda,
de tu vestido dorado que me inunda
los rayos que se deslizan en mi corazón.

LA MUSA

Poeta, toma tu laúd; Soy yo, tu inmortal,
quien te vio esta noche triste y silenciosa,

y quien, como un pájaro que llama a sus polluelos,
para llorar contigo desciende de lo alto de los cielos.
Ven, estás sufriendo, amigo. Algún tedio solitario
te carcome, algo ha gemido en tu corazón,
ha venido a ti un amor, como el que se ve en la tierra,
una sombra de placer, una apariencia de felicidad.
Venid, cantemos delante de Dios,
cantemos en vuestros pensamientos,
en vuestros placeres perdidos,
en vuestros pasados dolores.
Vallámonos, en un beso, a un mundo desconocido,
despertemos al azar los ecos de tu vida,
hablemos de felicidad, gloria y locura,
y que sea un sueño el primero en llegar.
Inventemos en algún lugar lugares donde nos olvidemos.
Vamos, estamos solos, el universo es nuestro.
Aquí está la verde Escocia y la morena Italia,
y Grecia, mi madre, donde la miel es tan dulce,
Argos y Pteleón, ciudad de hecatombes,
y Mesa la divina, agradable a las palomas,
y la frente peluda del cambiante Pelión,
y el azul Titarese y el golfo de plata
que muestra en sus aguas, donde se refleja el cisne,
el blanco Oloossone al blanco Camyre.
Dime, ¿qué sueño dorado mecerán nuestras canciones?
¿De dónde vendrán las lágrimas que derramaremos?
Esta mañana, cuando la luz del día golpeó tu párpado,
¿qué serafín pensativo se inclinó sobre tu lecho
sacudiendo las lilas en su ligero vestido
y te contó en voz baja los amores que soñó?
¿Cantaremos de esperanza, de tristeza o de alegría?
¿Vamos a empapar los batallones de acero con sangre?
¿Colgamos al amante en la escalera de seda?
¿Echamos al viento la espuma del corcel?
¿Diremos qué mano, en las innumerables lámparas
de la casa celestial, enciende noche y día
el santo óleo de la vida y del amor eterno?
¿Gritaremos a Tarquin: «Ya es hora, aquí viene la sombra!».
¿Bajamos a recoger la perla en el fondo del mar?
¿Llevamos la cabra a los ébanos amargos?
¿Le mostraremos el cielo a Melancholy?
¿Seguiremos al cazador en las escarpadas montañas?
La cierva lo mira; llora y suplica.
Su brezo lo espera, sus crías son recién nacidas.
Se agacha, le corta el cuello, arroja
su corazón aún vivo a la cantera sobre los perros sudorosos.
¿Pintaremos a una virgen con las mejillas sonrojadas,
yendo a misa, un paje siguiéndola,
y con la mirada distraída, junto a su madre,
sobre el labio entreabierto olvidando su oración?
Ella escucha, temblando, en el eco de la columna,
el sonido de las espuelas de un atrevido jinete.
¿Diremos a los héroes de los viejos tiempos de Francia
que trepen armados a las almenas de sus torres
y resuciten el romance ingenuo?

¿Qué les enseñó su olvidada gloria a los trovadores?
¿Vestimos de blanco una suave elegía?
¿Nos contará el hombre de Waterloo su vida
y lo que segó del rebaño de humanos
antes de que el enviado de la noche eterna
llegara a su verde montículo para derribarlo de un aleteo
y sobre su corazón de hierro cruzar sus dos manos?
¿Seremos clavados en el poste de una sátira altiva
El nombre siete veces vendido de un pálido panfletista,
que, empujado por el hambre, desde el fondo de su olvido,
viene, todo estremecido de envidia e impotencia,
sobre la frente del genio insultando la esperanza,
y mordiendo el laurel que su aliento ha mancillado?
¡Toma tu laúd! ¡toma tu laúd! ya no puedo callar;
Mi ala me levanta en el soplo de la primavera.
el viento me llevará. Dejaré la tierra.
¡Una lágrima tuya! Dios me escucha: es la hora[18].

[18] Traducción de Elia Tabuenca, filóloga hispánica y periodista digital.

ESPAÑA

En España al comienzo del siglo XIX se mantienen los modelos neoclásicos hasta que, progresivamente, algunos autores, como, por ejemplo, Rivas y Espronceda, fueron adoptando los asuntos y los estilos románticos. Otros, sin embargo, se mostraron desde sus comienzos, apasionadamente románticos como Gil y Carrasco, Navarro Villoslada, Donoso Cortés, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Zorrilla o la Avellaneda.

Algunos mantuvieron una literatura castiza, enraizada en la tradición del Siglo de Oro como, por ejemplo, los costumbristas Mesonero y Estébanez. Aunque el periodo romántico fue breve porque en la segunda mitad del siglo ya se cultivó el Realismo, algunos poetas como Bécquer o Rosalía de Castro y varios novelistas o dramaturgos como Fernán Caballero, Alarcón o Echegaray siguieron fieles a los moldes románticos.

En España la noción de libertad fue entendida y aplicada de diferentes maneras: unos la concibieron como una restauración de los valores ideológicos, patrióticos y religiosos como aspiraciones supremas[19], otros la explicaron subrayando la importancia de las ideas personales, de los derechos humanos y de la fe en el progreso técnico[20].

La introducción del Romanticismo en España

El Romanticismo penetra en España por Andalucía y por Cataluña. En los artículos periodísticos publicados por el cónsul alemán en Cádiz entre 1818 y 1819, Juan Nicolás Böhl de Faber (padre de la novelista «Fernán Caballero»), en los que, frente a los neoclasicistas, defendía el teatro español del Siglo de Oro y originó una polémica que contribuyó a difundir las ideas románticas. Por otro lado, la revista barcelonesa *El Europeo* (1823-1824) en la que, junto con redactores extranjeros, colaboraron Buenaventura Carlos Aribau y Ramón López Soler, también combatió el Neoclasicismo en favor de los principios románticos moderados.

[19] En la línea del Romanticismo tradicional se insertan los hermanos Schlegel y Novalis, en Alemania; Walter Scott, en Inglaterra; Chateaubriand, en Francia, y Böhl de Faber, Navarro Villoslada, Rivas, Pastor Díaz y Zorrilla, en España.

[20] Las palabras «liberal» y «liberalismo» que desde principio de siglo se instalan en todas las lenguas europeas, son de origen español. Hasta ese momento «liberal» significaba en español «generoso», «franco». A raíz de las Cortes de Cádiz y de proclamarse la Constitución de 1812, los liberales eran los partidarios de dicha constitución frente a quienes deseaban restituir a Fernando VII los poderes absolutos. Esos términos españoles se adoptaron en los restantes países del mundo.

Los escritores exiliados -Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Saavedra, Espronceda, etc.- que estaban imbuidos de espíritu neoclásico, tras conocer las ideas románticas europeas, las asumieron con la pretensión de animar la vida cultural y política de España[21].

POESÍA LÍRICA

El Romanticismo renovó y enriqueció el lenguaje del Neoclasicismo gracias, en parte, al tratamiento de asuntos exóticos extraídos de culturas bárbaras y exóticas, y, también a la introducción de nuevas combinaciones métricas.

Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862)

Aunque se suele destacar el prestigio intelectual con el que logró ser miembro de las Reales Academias de la Lengua (que presidió de 1839 a 1862), de la Historia, de Bellas Artes y de Jurisprudencia, y presidente del Ateneo de Madrid, y, a pesar de que de sus actividades literarias se valora principalmente su dramaturgia y sus trabajos ensayísticos, no podemos olvidar que también escribió textos líricos. Los críticos coinciden en que sus poemas, más que por su intensidad emotiva o por su agudeza psicológica, sobresalen por su habilidad métrica y por su fina sensibilidad.

La perdiz

Cesa un instante siquiera,
Cesa, avecilla, en el canto,
Y no atraigas a los tuyos
Con tu pérfido reclamo:
El mismo dueño a quien sirves,
Te arrancó del nido amado,

[21] Paradójicamente algunos escritores europeos defendieron que los ideales románticos estaban plasmados en la literatura, en la historia y en el arte españoles. Los hermanos Schlegel, por ejemplo, proclamaron (1809) el «romanticismo» de Calderón como modelo de la nueva corriente.

Te robó la libertad,
Te desterró de los campos;
Y por complacerle ahora,
De tanta crueldad en pago
A tu esposo y a tus hijos
Tú misma tiendes el lazo.
La voz del amor empleas,
Brindas con dulces halagos,
Cuando la tierra y el cielo
A amar están convidando;
Pero entre tanto escondida
La muerte acecha a tu lado,
Pronta a salpicar con sangre
Las bellas flores del prado
¡Ay! deja al hombre cruel
Valerse de esos engaños;
Llamar con voz alevosa
y vender a sus hermanos.

La soledad

Único asilo en mis eternos males,
Augusta soledad, aquí en tu seno,
Lejos del hombre y su importuna vista,
Déjame libre suspirar al menos:
Aquí, a la sombra de tu horror sublime,
Daré al aire mis lúgubres lamentos,
Sin que mi duelo y mi penar insulten
Con sacrílega risa los perversos,
Ni la falsa piedad tienda su mano,
Mi llanto enjugue y me traspase el pecho.
Todo convida a meditar: la noche
El mundo envuelve en tenebroso velo;
Y aumentando el pavor, quiebran las nubes
De la luna los pálidos reflejos:
El informe peñasco, el mar profundo
Hirviendo en torno con medroso estruendo,
El viento que bramando sordamente
Turba apenas el lúgubre silencio,
Todo inspira terror, y todo adula
Mi triste afán y mi dolor acerbo.
La horrible majestad que me rodea
Lentamente descarga el grave peso
Que mi pecho oprimió: por vez primera
Se mezclan mis sollozos a mis ecos,
Y apiadado el destino da a mis ojos
De una mísera lágrima el consuelo...
¡Llanto feliz! Cual bienhechor rocío
Templa la sed del abrasado suelo,
Calma la angustia, la mortal congoja
Con que batalla mi cansado esfuerzo;
Y en plácida tristeza absorta el alma,
No envidiará la dicha ni el contento.

Solo en el mundo, de ilusiones libre,
De vil temor y de esperanza ajeno,
Encontraré la paz que vanamente
me ofreció con su magia el universo.
¿Qué importa que a mi planta mal segura
Aún falte tierra en que estampar su sello,
Y al carcomido escollo amenazando,
Me estreche el mar en angustioso cerco?
¿No me basto a mí mismo? ¿No me es dado
Alzar mis ojos sin pavor al cielo,
Sentir mi corazón que quieto late,
Y el mundo contemplar con menosprecio?
Yo vi en la aurora de mi edad florida
Sus encantos brindarse a mis deseos:
Gloria, riquezas, cuantos falsos bienes
Anhela el hombre en su delirio ciego,
En torno me cercaron: oficiosa
La amistad redoblaba mi contento;
La pérfida ambición me sonreía;
Me brindaba el amor su dulce seno
Temí, temblé, me apercibí al combate,
Demandé a mi razón su flaco esfuerzo;
Y apenas pude en afanosa lucha
Rechazar tanto hechizo lisonjero.
¡Qué fuera, o Dios, si al rápido torrente
Yo propio me arrojara! En presto vuelo
Pasaron cinco lustros de mi vida,
Y el cuadro encantador huyó con ellos;
Huyó, volví la vista, lancé un grito
Y en vez de flores encontré un desierto.

El huérfano

Mientras el crudo diciembre
Arroja nieve y granizo,
Y del palacio las puertas
Conmueve el ábrego impío,
A su amparo en noche oscura
Se acoge un mísero niño,
Que abandonaron sus padres
Y no halla en el mundo asilo:
Ambas manos junto al pecho,
Tiembla de susto y de frío;
Y hasta el aliento le falta
Para demandar auxilio...
¡Jamás tuvo el inocente
Quien oyera sus suspiros,
Quien enjugase su llanto,
Quien le llamara su hijo!
En el hueco de unas rocas
Le hallaron recién nacido,
Sin más protector que el cielo,
Ni más padre que Dios mismo;

Sólo Dios, que abre su mano
Para el tierno pajarillo,
Y hasta en el aura derrama
Las semillas y el rocío.

Huérfano desventurado,
No llores tan afligido;
Y llama a la misma puerta
Que hora te sirve de arrimo:
Llama otra vez, que su dueño
En blando lecho adormido,
En sueños ve los tesoros
Que conducen sus navíos;
Y no ha de ser tan cruel,
Que al escuchar tus gemidos,
Te niegue un pobre sustento,
Te niegue un mísero abrigo.

«¡Amparad piadosos
A un niño infeliz;
Y Dios os lo premie
Mil veces y mil!
Solo y desvalido
¡Ay triste! nací;
Que mi propia madre
Me alejó de sí...
Si madre tuvisteis,
A Dios bendecid;
¡Y en memoria suya
Doleos de mí!
Nunca una palabra
Cariñosa oí;
Llanto de mis ojos
Por leche bebí...

Por Dios y su Madre,
Piadosos abrid;
¡Si no, a vuestra puerta,
Me veréis morir!...»

Apenas estas palabras
Sollozaba el huerfanito,
Cuando dentro del palacio
Sonó de un can el ladrido;
Cien esclavos acudieron;
Y amenazaron al niño,
Si en mal hora el dueño adusto
Despertaba a sus gemidos.

José de Espronceda (1808-1842)[22]

Vivió el turbulento periodo histórico y político del siglo XIX, exaltó la libertad en la *Canción del Pirata*, publicada por primera vez en la revista *El Artista*. Marcado por la guerra carlista, la desamortización de Mendizábal y las sublevaciones militares de 1837, ese mismo año empezó a publicar por fragmentos una de sus obras más importantes *El estudiante de Salamanca*. En 1870 apareció *Blanca de Borbón*, una tragedia neoclásica que expone sus ideas sobre el gobierno.

Canción del Pirata[23]

Con diez cañones por banda,
Viento en popa a toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar rïela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa
Y allá a su frente Estambul.

«Navega, velero mío,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo a torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.

[22] La biografía y la obra de este autor fundamental del primer romanticismo español y los caracteres principales de este movimiento en España nos la ofrece la profesora María Pilar Espín Templado, Catedrática de la Universidad Nacional de Educación a Distancia y directora del portal José de Espronceda, de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

[23] Véase *Obras completas* de D. José de Espronceda; edición, prólogo y notas de Jorge Campos, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbc4f5).

Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad.
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
Sea cual quiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
mi derecho
Y dé pecho
A mi valor.

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

A la voz de "¡barco viene!"
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo a escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento.
Mi única patria la mar.

¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.

Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad.
Mi ley la fuerza y el viento.
Mi única patria la mar.

Son mi música mejor
Aquilones;
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado
Arrullado
Por el mar.

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar».

El estudiante de Salamanca[24]

Parte primera

Sus fueros, sus bríos,
sus prematicas, su voluntad.
(*Quijote*. Parte primera)

Era más de media noche,
antiguas historias cuentan,
cuando en sueño y en silencio
lóbrego envuelta la tierra,
los vivos muertos parecen,
los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
temerosas voces suenan
informes, en que se escuchan
tácitas pisadas huecas,
y pavorosas fantasmas
entre las densas tinieblas
vagan, y aúllan los perros
amedrentados al verlas:
En que tal vez la campana
de alguna arruinada iglesia
da misteriosos sonidos
de maldición y anatema,
que los sábados convoca
a las brujas a su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
no vislumbraba una estrella,
silbaba lúgubre el viento,
y allá en el aire, cual negras
fantasmas, se dibujaban
las torres de las iglesias,
y del gótico castillo
las altísimas almenas,
donde canta o reza acaso
temeroso el centinela.
Todo en fin a media noche
reposaba, y tumba era
de sus dormidos vivientes
la antigua ciudad que riega
el Tormes, fecundo río,
nombrado de los poetas,
la famosa Salamanca,
insigne en armas y letras,
patria de ilustres varones,
noble archivo de las ciencias.

[24] Véase Espronceda, José de, *El estudiante de Salamanca*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcjd4s2).

Súbito rumor de espadas
cruje y un ¡ay! se escuchó;
un ay moribundo, un ay
que penetra el corazón,
que hasta los tuétanos hiela
y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
pronuncia el último adiós.

El ruido
cesó,
un hombre
pasó
embozado,
y el sombrero
recatado
a los ojos
se caló.
Se desliza
y atraviesa
junto al muro
de una iglesia
y en la sombra
se perdió.

Una calle estrecha y alta,
la calle del Ataúd
cual si de negro crespón
lóbrego eterno capuz
la vistiera, siempre oscura
y de noche sin más luz
que la lámpara que alumbra
una imagen de Jesús,
atraviesa el embozado
la espada en la mano aún,
que lanzó vivo reflejo
al pasar frente a la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
con franjas de plata bordarla en redor,
y luego si el viento la agita, la sube
disuelta a los aires en blanco vapor:

Así vaga sombra de luz y de nieblas,
mística y aérea dudosa visión,
ya brilla, o la esconden las densas tinieblas
cual dulce esperanza, cual vana ilusión.

La calle sombría, la noche ya entrada,
la lámpara triste ya pronta a expirar,
que a veces alumbra la imagen sagrada
y a veces se esconde la sombra a aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
y acaso se acerca con rápido pie,
y acaso en las sombras tal vez desparece,
cual ánima en pena del hombre que fue,

al más temerario corazón de acero
recelo inspirara, pusiera pavor;
al más maldiciente feroz bandolero
el rezo a los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aún sangre su espada
destila, el fantasma terror infundió,
y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
osado a su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
alma fiera e insolente,
irreligioso y valiente,
altanero y reñidor:
Siempre el insulto en los ojos,
en los labios la ironía,
nada teme y toda fía
de su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa
de la mujer que corteja,
y, hoy despreciándola, deja
la que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
ni recuerda en lo pasado
la mujer que ha abandonado,
ni el dinero que perdió.

Ni vio el fantasma entre sueños
del que mató en desafío,
ni turbó jamás su brío
recelosa previsión.
Siempre en lances y en amores,
siempre en báquicas orgías,
mezcla en palabras impías
un chiste y una maldición.

En Salamanca famoso
por su vida y buen talante,
al atrevido estudiante
le señalan entre mil;
fuero le da su osadía,
le disculpa su riqueza,
su generosa nobleza,
su hermosura varonil.

Que en su arrogancia y sus vicios,
caballeresca apostura,
agilidad y bravura
ninguno alcanza a igualar:

Que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar.

Bella y más segura que el azul del cielo
con dulces ojos lánguidos y hermosos,
donde acaso el amor brilló entre el velo
del pudor que los cubre candorosos;
tímida estrella que refleja al suelo
rayos de luz brillantes y dudosos,
ángel puro de amor que amor inspira,
fue la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,
tierna y feliz y de su amante ufana,
cuando al placer su corazón se abría,
como el rayo del sol rosa temprana;
del fingido amador que la mentía,
la miel falaz que de sus labios mana
bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
de que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
más descuidado el candoroso infante,
que ella en los falsos lisonjeros lazos
que teje astuto el seductor amante:
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
placeres ¡ay! que duran un instante,
que habrán de ser eternos imagina
la triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
con nacarado sueño en su pureza,
todo lo juzga verdadero y santo,
presta a todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
del sol radiante a la inmortal riqueza,
al aire, al campo, a las fragantes flores,
ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Félix la infeliz doncella
toda su dicha, de su amor perdida;
fueron sus ojos a los ojos de ella
astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella
cuando su voz escucha embebida,
embriagada del dios que la enamora,
dulce le mira, extática le adora.

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870)

Poeta, narrador romántico y precursor de la poesía contemporánea. Gustavo Adolfo Bécquer, además de por sus *Rimas*, por leyendas y por sus comentarios periodísticos, es reconocido por sus esfuerzos por encontrar, a través de la palabra, la síntesis armónica entre la imaginación, el sentimiento, el sueño y la razón[25].

Rimas[26]

- I -

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh, hermosa!
si, teniendo en mis manos las tuyas,
pudiera, al oído, contártelo a solas.

- II -

Saeta que voladora
cruza, arrojada al azar,
sin adivinarse dónde
temblando se clavará;

[25] Véase *Biografía de Gustavo Adolfo Bécquer* en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (https://www.cervantesvirtual.com/portales/gustavo_adolfo_becquer/autor_biografia/).

[26] Véase Bécquer, Gustavo Adolfo, *Rimas y leyendas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcst7z1).

hoja que del árbol seca
arrebata el vendaval;
sin que nadie acierte el surco
donde a caer volverá;

gigante ola que el viento
riza y empuja en el mar,
y rueda y pasa, y no sabe
qué playas buscando va;

luz que en cercos temblorosos
brilla, próxima a expirar,
ignorándose cuál de ellos
el último brillará;

eso soy yo, que al acaso
cruzo el mundo, sin pensar
de dónde vengo ni a dónde
mis pasos me llevarán.

- XXXVII -[27]

Antes que tú me moriré escondido;
en las entrañas ya
el hierro llevo con que abrió tu mano
la ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré, y mi espíritu,
en su empeño tenaz,
sentándose a las puertas de la muerte,
allí te esperará.

Con las horas los días, con los días
los años volarán,
y a aquella puerta llamarás al cabo...
¿Quién deja de llamar?

Entonces, que tu culpa y tus despojos
la tierra guardará,
lavándote en las ondas de la muerte
como en otro Jordán;

allí, donde el murmullo de la vida
temblando a morir va
como la ola que a la playa viene
silenciosa a expirar;

allí, donde el sepulcro que se cierra
abre una eternidad...
¡todo cuanto los dos hemos callado
lo tenemos que hablar!

[27] Véase Bécquer, Gustavo Adolfo, *Rimas y leyendas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcst7z1).

- XL -

Su mano entre mis manos,
sus ojos en mis ojos,
la amorosa cabeza
apoyada en mi hombro.
¡Dios sabe cuántas veces,
con paso perezoso,
hemos vagado juntos,
bajo los altos olmos
que de su casa prestan
misterio y sombra al pórtico!
Y ayer... un año apenas,
pasado como un soplo,
con qué exquisita gracia,
con qué admirable aplomo,
me dijo al presentarnos
un amigo oficioso:
-Creo que en alguna parte
he visto a usted. -¡Ah! bobos,
que sois de los salones
comadres de buen tono,
y andáis por allí a caza
de galantes embrollos:
¡Qué historia habéis perdido!
¡Qué manjar tan sabroso
para ser devorado
sotto voce en un corro,
detrás del abanico
de plumas y de oro!

¡Discreta y casta luna,
copudos y altos olmos,
paredes de su casa,
umbrales de su pórtico,
callad, y que el secreto
no salga de vosotros!
Callad; que por mi parte
lo he olvidado todo:
y ella... ella... ¡no hay máscara
semejante a su rostro!

Rosalía de Castro (1837-1885)

Poeta y narradora española que escribió en gallego y en castellano. Considerada entre los grandes escritores de la literatura española del siglo XIX, escribió en gallego y en castellano. Es considerada como una de las figuras destacadas del «Rexurdimento gallego». Su importante aportación literaria y, en especial, sus *Cantares gallegos* están valorados como la primera gran obra de la literatura gallega contemporánea y como uno de los símbolos de su pueblo.

Cantares gallegos

- 1 -

«Has de cantar,
que che hei de dar zonchos;
has de cantar,
que che hei de dar moitos».

- I -

«Has de cantar,
meniña gaiteira,
has de cantar,
que me morro de pena.

Canta, meniña,
na veira da fonte;
canta, dareiche
boliños do pote.

Canta, meniña,
con brando compás,
dareiche unha proia
da pedra do lar.

Papiñas con leite
tamén che darei;
sopiñas con viño,
torrexas con mel.

Patacas asadas
con sal e vinagre,

que saben a noces,
¡que ricas que saben!

¡Que feira, rapaza,
si cantas faremos...!
Festiña por fóra,
festiña por dentro.

Canta si queres,
rapaza do demo;
canta si queres,
dareiche un mantelo.

Canta si queres,
na lengua que eu falo;
dareiche un mantelo,
dareiche un refaixo.

Co son da gaitiña,
co son da pandeira,
che pido que cantes,
rapaza morena.

Co son da gaitiña,
co son do tambor,
che pido que cantes,
meniña, por Dios».

Unha vez tiven un cravo

Unha vez tiven un cravo
cravado no corazón,
i eu non me acordo xa se era aquel cravo
de ouro, de ferro ou de amor.
Soio sei que me fixo un mal tan fondo,
que tanto me atormentóu,
que eu día e noite sin cesar choraba
cal choróu Madalena na Pasión.
«Señor, que todo o podedes
-pedínlle unha vez a Dios-,
dáime valor para arrincar dun golpe
cravo de tal condición».
E doumo Dios, arrinquéino.
Mais... ¿quén pensara...? Despois
xa non sentín máis tormentos
nin soupen qué era delor;
soupen só que non sei qué me faltaba
en donde o cravo faltóu,
e seica..., seica tiven soidades
daquela pena... ¡Bon Dios!
Este barro mortal que envolve o esprito
¡quén o entenderá, Señor!...

Rosalía de Castro
(*Follas novas*, 1880)

Antonio García Gutiérrez (1813-1884)

Las diferentes etapas que escalonan su trayectoria poética están determinadas por modelos diferentes y por procedimientos expresivos distintos. Sus poemas siguieron los moldes neoclásicos, románticos y realistas.

Una muestra representativa de su poesía romántica puede ser la composición titulada *Abandono*. En vez del tópico tradicional que concede al hombre el protagonismo en el amor presenta las lamentaciones de una mujer abandonada por su amante.

Abandono (1842)

Idilio

Mil veces me miró la noche fría
sola en el yermo, mustia, desolada,
y de mi tierno amante separada,
triste buscarle por la selva umbría
de pena traspasada.
Errante vago por la selva y monte:
importunan mis quejas a los vientos,
y vagan desdichados mis lamentos,
perdiéndose en el lúgubre horizonte
con tétricos acentos.
Triste, sola, sin guía y sin camino,
la dura tierra piso enajenada:
del hielo y de la escarcha maltratada
siento mi planta vacilar contino
y caigo horrorizada.
¿Qué fue de mi esperanza lisonjera,
de mi dulce esperanza encantadora?
¡Ay! ¡Todo, todo me faltó en un hora!...
Como niebla falaz, huyó ligera
de males precursora.
Abandonada aquí del amor mío
penas sin cuento en mi interior devoro,
y sus recuerdos que insensata adoro
me arrancan con insano desvarío
las lágrimas que lloro.
¡Triste de mí, porque escuché en mal hora
suspiros de un amor tan bien fingido!

¡Triste de mí, que en pago merecido
premiaron mi pasión abrasadora
con tan ingrato olvido!
¡Oh! Maldito del cielo y de la tierra
quien burla así cruel de fe tan pura,
y maldito el que así con amargura
marchitó infiel cuanto mi pecho encierra
de amor y de ternura.

La ambición

Huye, ambición, al ostentoso lecho
donde reposa el feble cortesano:
donde divierte su cuidado en vano
bajo la pompa del dorado techo.

Airada oprime tu agitado pecho,
en él aborta tu veneno insano,
y resentido al toque de tu mano
el mundo juzgue a su anhelar estrecho.

Mas, nunca imprimas en el alma mía
el hidrópico anhelo de grandeza...
Dame la paz en que vivir solía.

En mi estado infeliz, en mi pobreza,
no desear tan solo apetecía,
que es para el hombre la mayor riqueza.

A Cádiz

Apartad el laúd; muy mal sonara
entre el lloro mi canto, ni pudiera
sino con torpe y degradado acento
al tirano adular... ¡ah! nunca, nunca...
Antes morir... de su venganza el rayo
sobre mi frente despiadado vibre:
libre nací y a su pesar soy libre.

¿Mas qué cantar sino de llanto y sangre
patria infelice? Si entonar al cielo
himnos de gloria y libertad procuro,
la ensangrentada vista del cadalso
de mi alma hiela el entusiasmo puro.

Yo vi la triste luz, cuando la tierra
al peso de un tirano estremecida
que al fin al cielo domellar le plugo

luchaba en cruda guerra
rehuyendo airada el ominoso yugo.
Cuando el genio del mal nos ofrecía
ponzoña horrible en funesta copa,
que tímida apuraba
con yerto labio la afligida Europa.

Entonces, ¡ay! entonces,
el clarín belicoso me arrullara
y en eco horrible el cavernoso bronce:
la sangre hispana salpicó en mi cuna
y la del galo que en sangrientas lides
llevó feliz la espada vencedora
del raudo Nieper hasta el mar de Alcides.

¡O Cádiz, patria mía!
Tú sola prepotente
doblarse viste ante tus altos muros
del fiero galo la orgullosa frente.
Cuando la Europa tímida cubría
la desdorada sien de oprobio y luto
tú denodada y fuerte
el grito diste que asombró la tierra,
a los tiranos precursor de guerra
y a sus legiones precursor de muerte.

¡Cuánto de lloro y de aflicción el hado
guardaba a tu afanar! libre y potente
cual la roca en los mares resistías
de la lucha el furor; tus torreones
con eternal barrera contuvieron
de Jena y Austerliz los campeones.
Mas luego ¡ay! luego desdorada y mustia
sin libertad lloraste
bajo el pie de tiranos prosternada.
Y pálida, expirante,
llorando al mundo tu funesta suerte,
aun en tus labios con amargo acento
clamar se escucha: ¡libertad o muerte!

Yo te vi, yo te vi, Cádiz hermosa,
de murta y luto la tu sien velada,
sobre tu almena siempre victoriosa
llorar tu gloria y libertad pasada.
¡Mísera! ¿qué se hicieron
mis triunfos celebrados,
mis ínclitos laureles
con sangre de mis hijos ¡ay! comprados?

Otro tiempo feliz mi blanda orilla
tocó preñada de opulencia y oro
de cien bajeles la sonante quilla,
y púrpura y aromas
me tributaba tímido el Oriente,
y prosternado el orbe apercibía

laurel y rosas para ornar mi frente.
Todo ya es nada; con funesto yugo
mi frente dolorosa
tirano aflige el opresor ingrato
que yo salvé de esclavitud odiosa.

¡Y este es el premio de mi afán y el pago
de mi sangre vertida en los combates!
No, ¡mis hijos esclavos! no... primero
un patíbulo y mil y hondos sepulcros.
Antes que sin virtud torpes esclavas
mis hijas tiernas la virgínea frente
dobleguen al poder, antes que humille
mi noble juventud; su cuello altivo
de un déspota feroz a la coyunda,
ronco se agite el férvido Océano
traspasando sus límites, y ufano
mis almenas altísimas confunda.

Yo la oí, su lamento
sonoro como el viento
que entre rosas y arroyos juguetea
de la noche el silencio interrumpía,
y en alas de los céfiros llevado
allá en los mares suspirar se oía.

¿No llegará el momento en que tronando
de tu almena el cañón, al orbe diga
soy libre y libre para siempre? ¡ay! ¿cuándo,
cuándo será que tu incesante lloro
trocado miré al fin, y tu agonía
en lloro de placer, y hermosa y libre
te envidie el sol desde su trono de oro?
¿Cuándo?... mi pecho palpitando gime...
Pronto, sí, pronto sacudiendo el yugo
que infame inmundo, tu garganta oprime.
¡Ya no hay esclavos! gritarás sublime
temblar haciendo a tu feroz verdugo.

Entre 1820 y 1870 se desarrollan los cuadros de costumbre, unas pinturas coloristas que reflejan diversos modos de vivir, diferentes costumbres populares o tipos humanos representativos. En ocasiones poseen una intención satírica.

El género costumbrista, aunque está influido por la literatura francesa, tiene antecedentes españoles como, por ejemplo, en Cervantes, Zabaleta o Torres Villarroel. Lo cultivaron Ramón Mesoneros Romanos (1803-1882) en *Panorama matritense* y *Escenas matritenses*, y Serafín Estébanez Calderón (1799-1867) *Escenas andaluzas* (con tipos populares, como cantaores, bailaoras y toreros). Influidos por el inglés Walter Scott, Telesforo Trueba y Cossío (1799-1835), Enrique Gil y Carrasco (1815-1846) y Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) cultivaron la novela histórica.

Mariano José de Larra (1809-1837)

Periodista, crítico satírico y literario, y escritor costumbrista, publicó en prensa más de doscientos artículos a lo largo de ocho años bajo los seudónimos «Fígaro», «El Duende», «Bachiller» y «El Pobrecito Hablador». Cultivó el cuadro de costumbres, la novela histórica y el artículo periodístico. En *El Pobrecito Hablador*, Larra muestra su ilusión de superar, con la esperanza en el mañana, los tradicionales hábitos de un patriotismo anquilosado en el pasado.

Sátira contra los vicios de la Corte

> «... A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará pues que deje de parecérsele».
>
> *(Pobrecito Hablador,* n.º 1. *Dos palabras)*

Déjame, Andrés, que de la Corte huyendo,
de tantos vicios hórridos me aleje,
como en mi patria mísera estoy viendo:

Ni te asombre que, al tiempo que los deje,
ya que enmendarlos mi razón no pueda,
en sátiras amargas los moteje.

Tú enhorabuena contemplarlos queda,
tú, a quien fortuna próspera o contraria
salir de entre ellos para siempre veda.

Viva en la Corte el que sin renta diaria
triunfa y pelecha, y sin saber por dónde
fija la rueda de la suerte varia.

Mírale andar en coche como un conde,
la bolsa llena de oro, y por su oficio
pregúntale, por ver si te responde.

Pues ese es jugador; noble ejercicio;
tiene en el *candelero* que sustenta,
si no un condado real, un beneficio.

Y son las heredades con que cuenta,
aquí vive, el *amarre* y el *pegote*,
y su casa y su honor que pone en venta.

¿Ves aquel otro erguido de cogote,
que también opulento y sin empleo
sabe existir?, pues ese es un pegote.

Sin ese nunca hay boda, ni bateo,
ni hay ambigú, ni baile, ni banquete,
ni hay partida de caza o de recreo.

Al que encuentra en la calle le arremete,
y le pide, y le hostiga, y a que al cabo
le convide a comer le compromete.

Y no pienses hartarle con un pavo,
porque es un sabañón, aunque un poema
te recite al comer de cabo a rabo.

Que aun esa gracia tiene; pues no hay flema
que aguante los sonetos que te encaja
entre uno y otro cangilón de crema.

De todo habla incansable, y corta y raja,
lanzando un epigrama a cada uno,
pues no siendo sus versos, todo es paja.

¿Quién es aquel que ayer aun hecho un tuno,
roto paseaba y andrajoso el Prado,
y hoy no saluda, en zancos, a ninguno?

¡Pardiez que sé quién es! Un hombre honrado
que de prisa y corriendo con la moza
se casó de un señor encopetado.

A quien, en vez de darle una coroza,
un destino le dieron, y se mama
dos mil duros, y gajes, y carroza.

Y el muy desvergonzado se nos llama
padre de un hijo que nació a seis meses
de haber casado con la honesta dama.

Llega, háblale de honor; con los Meneses
se dice emparentado y los Quincoces,
y segundo de casa de Marqueses.

«Soy un hombre de honor», dirate a voces,
que está de vanidad que ya revienta
el muy... mas tú ya, Andrés, bien le conoces.

¿Ves aquel otro que en landó se ostenta,
con lentes, y cadenas, y traílla
de galgos por detrás, palco, y la renta

gasta de un rey, causando maravilla?
Pues ese debe el frac que lleva puesto,
y el sobretodo, a un sastre de esta villa,

y el caballo al chalán, la casa a Ernesto,
la comida en la fonda, y cien sorbetes
en el café, y cigarros por supuesto.

Y al paso que en la cárcel mil pobretes
por un duro se mueren de ictericia,
ese pasea libre de corchetes;

porque es conde y señor, y aunque desquicia
con su vivir el orden, insolente
de las leyes se burla y la justicia.

¿Quién es aquella que anda entre la gente,
abrumada de encajes y diamantes,
que parece sultana del Oriente?

Esa es moza de prendas relevantes;
un intendente, aunque la ves soltera,
sostiene a la maldita y sus amantes.

Su madre, que la adiestra, hedionda, fiera,
vieja, pintada y con postizo, a infame
precio vendió su doncellez primera.

¡Y es posible! ¡Qué horror! ¿No hay quien la llame
por las calles a voces.... *torpe* y *bruja*,
ni hay galera en Madrid que la reclame?

¿Y no quieres, Andrés, que brame y cruja
el látigo tendido en la cloaca
que a Sodoma y Gomorra sobrepuja?

Pues no llueve flamígera y opaca
rayos aquí una nube tronadora,
¿querrás que yo no aplique mi triaca?

¿Quién es aquella cara que enamora,
con el gesto mirlado, rubio el pelo,
ceñido el talle y dengues de señora?

¿Es hombre, o es mujer? Pisando el suelo
con ademán pulido, barbilucio,
gayado de colores el pañuelo,

en afeites envuelto, ¿ese tan lucio,
tan vestido y compuesto, es algún dije
que del país nos vino de Confucio?

Pues aquese es un hombre; un año exige
su tocado al espejo; a ese bonito
le ampara protector, si es que nos rige

la voz pública, Andrés, un... pero ¡chito!
Huye conmigo, Andrés; antes nos vamos,
que trague tanto crimen el Cocito.

¿Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude, y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adulamos?

Vibrar no sé para adular mi lira,
ni aguantar supe nunca humillaciones;
la voz entonces en mi labio espira.

¿Qué suerte haré yo aquí con mis renglones,
yo que el humo jamás echo a ninguno
del incienso vertido en mis borrones?

¿Yo que no tengo el diálogo oportuno
de Inarco, ni su sal para la escena,
ni el aura injusta y popular de alguno?

Aunque haga una comedia mala o buena,
si no entiendo del teatro las intrigas,
¿cuándo a pública luz saldrá mi vena?

Si no tengo allá dentro un par de amigas,
si no adulo al cortejo que las paga,
serán de mis comedias enemigas.

¿He de alabar a un necio que se traga
como agua la alabanza no adquirida,
aunque el papel destroce o lo deshaga?

¿O he de sufrir, en fin, cuando aplaudida
mi comedia enriquezca el escenario,
que mil reales me den? No por mi vida.

¿Pido limosna acaso, o perdulario
coplero soy de esquina por ventura?
¿Y eso ha de producirme el incensario,

y el quemarme las cejas? ¡Qué locura!
Cómanse con el resto ese dinero,
o al hospital lo den para una cura.

¡No hay Vates!, gritarán: ¡en lastimero
estado el teatro está!... Dime, ¿los Vates
se mantienen de versos, majadero?

¿O no hay más que zurcir seis disparates
para granjear aplauso? ¿Hacer escenas
tan fácil es como decir dislates?

¿Y quién protege las comedias buenas?
¿Los señores acaso? ¿El...? ¡Vive el cielo!
¡Y las oyen tal vez a duras penas!

Mal haya para siempre el torpe suelo
donde el pícaro solo hace fortuna;
donde vive el honrado en desconsuelo;

donde es culpa el saber; donde importuna
la ciencia, y donde el genio perseguido
ahogados mueren en su propia cuna;

donde no es otro mérito atendido
que el oro; donde al mísero atropella
el coche de un bribón vano y henchido;

donde en millones nada, por su estrella,
quien al pueblo los roba desangrado
en un destino que le dio una bella;

donde al ciento por ciento da prestado,
sin que nadie lo mate, un usurero,
y vive rico, alegre y respetado;

donde el abate aquel farandulero,
que mudó de opinión cual de camisa,
lleva su moza al Prado de bracero;

donde marcha la faz bañada en risa,
el crimen descarado, alta la frente,
corrompiendo el terreno por do pisa...

¿Y esto es vivir, Andrés? ¿Y entre esta gente
me invitas a quedarme? ¿Por qué indicio
pudiste sospechar que esté demente?

Viva aquí el abogado que en su oficio
hace blanco lo negro, y que defiende
la virtud ofendida, como el vicio.

Y el médico aquí viva, que se entiende
con algún boticario, y nos receta
drogas que a medias con aquel nos vende.

Mas yo, que soy un mísero poeta,
antes que por decir verdades claras
en un encierro un alguacil me meta,

y me cuesten mis sátiras más caras,
o en el hospicio muera miserable,
quiero del riesgo huir doscientas varas:

que ni es lícito hablar, donde intratable
pone a la lengua la mordaza el miedo,
y ¡ay del primero que rompiéndola hable!

A Dios, te queda, Andrés; que ya no puedo
tanta bilis sufrir, ni tanta ira,
y ¡ay de mí, triste, si a verterla quedo!

Que si Apolo su fuego no me inspira,
para hacer buenos versos contra el vicio
sabrá la indignación templar mi lira.

Y mientras que huyo el riesgo a su ejercicio,
viva en la Corte el que aguantarle sabe,
y el que de embrollos gusta y de bullicio,
viva en la corte, y que la Corte alabe.

El bachiller don Juan Pérez de Munguía

Vuelva usted mañana[28]

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institución ha cerrado y cerrará las puertas del cielo a más de un cristiano.

Estas reflexiones hacía yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que, en buena o en mala parte, han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada e hiperbólica, de estos que, o creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y pregunta si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes a todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen a primera ni a segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana a esos juegos de manos sorprendentes e inescrutables para el que ignora su artificio, que, estribando en una grandísima bagatela, suelen después de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto, no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fue el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial o mercantil, eran los motivos que a nuestra patria le conducían.

Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Pareciome el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle a que se volviese a su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admirole la proposición, y fue preciso explicarme más claro.

-Mirad -le dije-, monsieur Sans-délai -que así se llamaba-; vos venís decidido a pasar quince días, y a solventar en ellos vuestros asuntos.

-Ciertamente -me contestó-. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes,

[28] La edición facsímil de *El Pobrecito Hablador*. *Revista Satírica de Costumbres*, por el bachiller don Juan Pérez de Munguía (seudónimo de Mariano José de Larra), n.º 11, enero de 1833, Madrid.

y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince cinco días.

Al llegar aquí monsieur Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.

-Permitidme, monsieur Sans-délai -le dije entre socarrón y formal-, permitidme que os convide a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.

EL TEATRO

Aunque a comienzos del siglo XIX seguían representándose algunas obras del Siglo de Oro, pronto el teatro romántico alcanzó algunos éxitos sobre todo entre los años 1835 con *Don Álvaro* y 1844 con *Don Juan Tenorio*. La dramaturgia romántica prefiere los asuntos legendarios, caballerescos, aventureros y las historias nacionales. Formalmente prescinden de las reglas de la unidad de lugar y de tiempo, y se mezclan lo sentimientos trágicos con expresiones cómicas y la prosa, a veces, se argamasa con el verso. El drama se suele dividir en cinco actos. Se renuncia a las intenciones pedagógicas y son frecuentes las escenas nocturnas y sepulcrales, los desafíos, los personajes misteriosos, los suicidios y los alardes de gallardía y de cinismo.

Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862)

Además de poeta, dramaturgo y catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Granada, fue Presidente durante el trienio liberal y Presidente del Consejo de Ministros en 1834. Catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Granada (1808), se sumó a las filas de los revolucionarios liberales durante la Guerra de la Independencia (1808-1814) y fue uno de los diputados de las Cortes de Cádiz que aprobó la Constitución de 1812. Tras su exilio en Francia estrenó con éxito diversas obras teatrales.

La conjuración de Venecia (1834)

La acción está situada a principios del siglo XIV.

Acto I[29]

El teatro representa un salón del palacio del embajador de Génova: en el foro una galería estrecha que conduce a la calle; a los lados dos puertas que dan a las demás habitaciones de la casa. Es de noche.

Escena I

EMBAJADOR, SECRETARIO*, escribiendo en un bufete.*

EMBAJADOR.- *(Levantándose.)* ¡Cuánto tarda la hora!... *(Después de un breve intervalo, suena un reloj a lo lejos y da la una.)* Ya da. *(Preséntase, saliendo por una de las puertas laterales, un hombre enmascarado.)* Colócate a la entrada de esa galería; y si alguno penetrare hasta aquí, sin dar el nombre y sin mostrar la contraseña... déjale muerto a tus pies.

(El MÁSCARA *se sitúa en su puesto.)*

EMBAJADOR.- *(Al* SECRETARIO.) Aún podemos aprovechar unos instantes, mientras se reúnen los nobles Venecianos; tal vez haya tiempo de concluir ese despacho para Génova.

SECRETARIO.- Ved, señor, que es posible que al entrar oigan lo que dictáis...

EMBAJADOR.- *(Con frialdad.)* Bien está.

(El EMBAJADOR *se dispone a dictar, paseándose por la escena; empiezan a llegar sucesivamente varios conjurados, todos con máscara; y al entrar, dicen una palabra al oído a la persona colocada en la galería y le muestran una medalla; después se van distribuyendo por la sala.)*

SECRETARIO.- Así concluía el último periodo: *(Lee.)* «Ellos mismos, de propia autoridad, han cerrado la entrada del Gran Consejo a los demás nobles; y prohibiendo las elecciones futuras, han vinculado exclusivamente en sus familias el privilegio de tiranizar a su patria».

EMBAJADOR.- *(Dictando.)* «Usurpación tan escandalosa ha encendido en los ánimos una indignación general: no sólo varios nobles, despojados injustamente del derecho de ser elegidos, sino aun algunos de los más ilustres, que por casualidad se hallaban a la sazón en el Gran Consejo, han resuelto echar por tierra la obra de iniquidad, y restablecer cuanto antes las antiguas leyes.»

SECRETARIO.- *(Repite.)* «Las antiguas leyes».

---

[29] Martínez de la Rosa, Francisco, edición de Marisa Payá Lledó, *La conjuración de Venecia, año de 1310*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcwm177).

EMBAJADOR.- «Todo se halla dispuesto para esta reparación solemne; reunidos los medios, prontos los ejecutores, próximo ya el día... Y como enviado de una república amiga, que acaba de dar el ejemplo de poner coto a la ambición de algunos nobles, he creído deber contribuir al logro de una empresa, justa en su principio, de éxito seguro y de consecuencias ventajosas a entrambas naciones».

Escena II

EMBAJADOR, SECRETARIO, MARCOS QUERINI, JACOBO QUERINI, THIÉPOLO, BADOER, MAFEI, DAURO, *otros tres conjurados.*

EMBAJADOR.- *(Echando una mirada por la sala.)* Ya me parece que han llegado todos... *(Al* SECRETARIO.*)* Copiad ahora en cifra lo que contiene este escrito, en tanto que celebramos nuestra junta.

(El EMBAJADOR *se dirige hacia los conjurados y va dando la mano a cada uno de ellos sucesivamente.)*

SECRETARIO.- *(Leyendo para sí el papel.)* «Apuntad los nombres de todos los concurrentes; y sin hacer ni el más leve ademán de atender a lo que aquí pase, escribid la sustancia de los razonamientos y apuntad fielmente cuanto notéis».

EMBAJADOR.- ¿Todos amigos?

CONJURADOS.- Todos.

(Quítanse las máscaras, se saludan cortésmente y toman asiento.)

EMBAJADOR.- ¿Falta alguno?...

MAFEI.- Sólo echo de menos a Rugiero.

EMBAJADOR.- A pesar de sus pocos años, no creo que le hayan detenido las diversiones del carnaval: ama mucho a su patria adoptiva y no piensa sino en salvarla.

THIÉPOLO.- Sólo tendría alguna disculpa su tardanza, si fuese cierto, como dicen, que está perdido de amores, y lo que es peor, sin esperanza de lograr su dicha... Debemos ser indulgentes con los desgraciados.

DAURO.- Mi amigo no ha menester compasión ni indulgencia: cuando se trata de cumplir con un deber, nadie en el mundo le lleva ventaja.

MARCOS QUERINI.- ¿Y quién pudiera dudarlo?... Cabalmente sus buenas prendas le han granjeado el afecto de todos; y lejos de mirársele en Venecia como extranjero, sin más recomendación que su espada, se le considera con razón como uno de sus mejores hijos. Si hoy tarda, por primera vez, debe de motivarlo alguna causa poderosa...

DAURO.- Quizá sea ése que llega...

EMBAJADOR.- No hay duda.

Ángel de Saavedra, duque de Rivas (1791-1867)

Estrenó *Don Álvaro o la fuerza del sino* (2-III-1835), abrió las puertas al teatro romántico con la que mezcla verso y prosa, escenas costumbristas y apasionadas, con la convivencia de personajes nobles y arrieros, de desafíos y tormentas. Escribió poemas como, por ejemplo, *Romances históricos*, inspirados en el romancero tradicional.

Don Álvaro o la fuerza del sino[30]

Jornada primera

La escena es en Sevilla y sus alrededores.

La escena representa la entrada del antiguo puente de barcas de Triana, el que estará practicable a la derecha. En primer término, al mismo lado, un aguaducho, o barraca de tablas y lonas, con un letrero que diga: Agua de Tomares; dentro habrá un mostrador rústico con cuatro grandes cántaros, macetas de flores, vasos, un anafre con una cafetera de hoja de lata, y una bandeja con azucarillos. Delante del aguaducho habrá bancos de pino. Al fondo se descubrirá de lejos parte del arrabal de Triana, la huerta de los Remedios con sus altos cipreses, el río y varios barcos en él, con flámulas y gallardetes. A la izquierda se verá en lontananza la Alameda. Varios habitantes de Sevilla cruzarán en todas direcciones durante la escena. El cielo demostrará el ponerse el sol en una tarde de julio, y al descorrerse el telón aparecerán: el TÍO PACO, *detrás del mostrador en mangas de camisa*; el OFICIAL, *bebiendo un vaso de agua, y de pie;* PRECIOSILLA, *a su lado templando una guitarra*; el MAJO *y los* DOS HABITANTES DE SEVILLA, *sentados en los bancos.*

Escena I

OFICIAL.- Vamos, Preciosilla, cántanos la rondeña. Pronto, pronto: ya está bien templada.

PRECIOSILLA.- Señorito, no sea su merced tan súpito. Deme antes esa mano, y le diré la buenaventura.

[30] Rivas, Ángel de Saavedra, duque de, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001 (https://www.cervantesvirtual.com/obra/don-alvaro-o-la-fuerza-del-sino--0/).

OFICIAL.- Quita, que no quiero zalamerías. Aunque efectivamente tuvieras la habilidad de decirme lo que me ha de suceder, no quisiera oírtelo... Sí, casi siempre conviene el ignorarlo.

MAJO.- *(Levantándose.)* Pues yo quiero que me diga la buenaventura esta prenda. He aquí mi mano.

PRECIOSILLA.- Retire usted allá esa porquería... ¡Jesús, ni verla quiero, no sea que se encele aquella niña de los ojos grandes!

MAJO.- *(Sentándose.)* ¡Qué se ha de encelar de ti, pendón!

PRECIOSILLA.- Vaya, saleroso, no se cargue usted de estera; convídeme a alguna cosita.

MAJO.- Tío Paco, dele usted un vaso de agua a esta criatura, por mi cuenta.

PRECIOSILLA.- ¿Y con panal?

OFICIAL.- Sí, y después que te refresques el garguero y que te endulces la boca, nos cantarás las corraleras.

(El aguador sirve un vaso de agua con panal a PRECIOSILLA, *y el* OFICIAL *se sienta junto al* MAJO.*)*

HABITANTE 1.º.- Hola; aquí viene el señor canónigo.

Escena II

CANÓNIGO.- Buenas tardes, caballeros.

HABITANTE 2.º.- Temíamos no tener la dicha de ver a su merced esta tarde, señor canónigo.

CANÓNIGO.- *(Sentándose y limpiándose el sudor.)* ¿Qué persona de buen gusto, viviendo en Sevilla, puede dejar de venir todas las tardes de verano a beber la deliciosa agua de Tomares, que con tanta limpieza y pulcritud nos da el tío Paco, y a ver un ratito este puente de Triana, que es lo mejor del mundo?

HABITANTE 1.º.- Como ya se está poniendo el sol...

CANÓNIGO.- Tío Paco, un vasito de la fresca.

TÍO PACO.- Está usía muy sudado; en descansando un poquito le daré el refrigerio.

MAJO.- Dale a su señoría el agua templada.

CANÓNIGO.- No, que hace mucho calor.

MAJO.- Pues yo templada la he bebido, para tener el pecho suave, y poder entonar el Rosario por el barrio de la Borcinería, que a mí me toca esta noche.

OFICIAL.- Para suavizar el pecho, mejor es un trago de aguardiente.

MAJO.- El aguardiente es bueno para sosegarlo después de haber cantado la letanía.

OFICIAL.- Yo lo tomo antes y después de mandar el ejercicio.

PRECIOSILLA.- *(Habrá estado punteando la guitarra, y dirá al* MAJO*:)* Oiga usted, rumboso, ¿y cantará usted esta noche la letanía delante del balcón de aquella persona?...

CANÓNIGO.- Las cosas santas se han de tratar santamente. Vamos. ¿Y qué tal los toros de ayer?

MAJO.- El toro berrendo, de Utrera, salió un buen bicho, muy pegajoso... Demasiado.

HABITANTE 1.º.- Como que se me figura que le tuvo usted asco.

MAJO.- Compadre, alto allá, que yo soy muy duro de estómago... Aquí está mi capa, *(Enseña un desgarrón.)* diciendo por esta boca que no anduvo muy lejos.

HABITANTE 2.º.- No fue la corrida tan buena como la anterior.

PRECIOSILLA.- ¡Como que ha faltado en ella don Álvaro el indiano, que a caballo y a pie es el mejor torero que tiene España!

MAJO.- Es verdad, que es todo un hombre, muy duro con el ganado, y muy echado adelante.

PRECIOSILLA.- Y muy buen mozo.

HABITANTE 1.º.- ¿Y por qué no se presentaría ayer en la plaza?

OFICIAL.- Harto tenía que hacer con estarse llorando el mal fin de sus amores.

MAJO.- Pues, qué, ¿lo ha plantado ya la hija del señor marqués?...

OFICIAL.- No; doña Leonor no lo ha plantado a él, pero el marqués la ha trasplantado a ella.

HABITANTE 2.º.- ¿Cómo?...

HABITANTE 1.º.- Amigo, el señor marqués de Calatrava tiene mucho copete, y sobrada vanidad para permitir que un advenedizo sea su yerno.

OFICIAL.- ¿Y qué más podía apetecer su señoría, que el ver casada a su hija (que, con todos sus pergaminos, está muerta de hambre), con un hombre riquísimo y cuyos modales están pregonando que es un caballero?

PRECIOSILLA.- ¡Si los señores de Sevilla son vanidad y pobreza todo en una pieza! Don Álvaro es digno de ser marido de una emperadora... ¡Qué gallardo!... ¡Qué formal y qué generoso!... Hace pocos días que le dije la buenaventura (y por cierto no es buena la que le espera si las rayas de la mano no mienten), y me dio una onza de oro como un sol de mediodía.

TÍO PACO.- Cuantas veces viene aquí a beber me pone sobre el mostrador una peseta columnaria.

MAJO.- ¡Y vaya un hombre valiente! Cuando en la Alameda Vieja le salieron aquella noche los siete hombres más duros que tiene Sevilla, metió mano y me los acorraló a todos contra las tapias del picadero.

OFICIAL.- Y en el desafío que tuvo con el capitán de artillería se portó como un caballero.

PRECIOSILLA.- El marqués de Calatrava es un vejete tan ruin, que por no aflojar la mosca, y por no gastar...

OFICIAL.- Lo que debía hacer don Álvaro era darle una paliza que...

CANÓNIGO.- Paso, paso, señor militar. Los padres tienen derecho de casar a sus hijas con quien les convenga.

OFICIAL.- ¿Y por qué no le ha de convenir don Álvaro? ¿Porque no ha nacido en Sevilla?... Fuera de Sevilla nacen también caballeros.

CANÓNIGO.- Fuera de Sevilla nacen también caballeros, sí señor; pero... ¿lo es don Álvaro?... Sólo sabemos que ha venido de Indias hace dos meses, y que ha traído dos negros y mucho dinero... ¿Pero quién es?...

HABITANTE 1.º.- Se dicen tantas y tales cosas de él...

HABITANTE 2.º.- Es un ente muy misterioso.

TÍO PACO.- La otra tarde estuvieron aquí unos señores hablando de lo mismo, y uno de ellos dijo que el tal don Álvaro había hecho sus riquezas siendo pirata...

MAJO.- ¡Jesucristo!

TÍO PACO.- Y otro, que don Álvaro era hijo bastardo de un grande de España, y de una reina mora...

OFICIAL.- ¡Qué disparate!

TÍO PACO.- Y luego dijeron que no, que era... No lo puedo declarar..., finca... o brinca... Una cosa así..., así como... una cosa muy grande allá de la otra banda.

OFICIAL.- ¿Inca?

TÍO PACO.- Sí, señor, eso: inca... inca.

CANÓNIGO.- Calle usted, tío Paco, no diga sandeces.

TÍO PACO.- Yo nada digo, ni me meto en honduras; para mí, cada uno es hijo de sus obras, y en siendo buen cristiano y caritativo...

PRECIOSILLA.- Y generoso y galán.

OFICIAL.- El vejete roñoso del marqués de Calatrava hace muy mal en negarle su hija.

CANÓNIGO.- Señor militar, el señor marqués hace muy bien. El caso es sencillísimo. Don Álvaro llegó hace dos meses, nadie sabe quién es. Ha pedido en casamiento a doña Leonor, y el marqués, no juzgándolo buen partido para su hija, se la ha negado. Parece que la señorita estaba encaprichadilla, fascinada, y el padre se la ha llevado al campo, a la hacienda que tiene en el Aljarafe, para distraerla. En todo lo cual el señor marqués se ha comportado como persona prudente.

OFICIAL.- Y don Álvaro, ¿qué hará?

CANÓNIGO.- Para acertarlo debe buscar otra novia, porque si insiste en sus descabelladas pretensiones, se expone a que los hijos del señor marqués vengan, el uno de la universidad, y el otro del regimiento, a sacarle de los cascos los amores de doña Leonor.

OFICIAL.- Muy partidario soy de don Álvaro, aunque no le he hablado en mi vida, y sentiría verlo empeñado en un lance con don Carlos, el hijo mayorazgo del marqués. Le he visto el mes pasado en Barcelona, y he oído contar los dos últimos desafíos que ha tenido y ya se le puede ayunar.

CANÓNIGO.- Es uno de los oficiales más valientes del regimiento de Guardias Españolas, donde no se chancea en esto de lances de honor.

HABITANTE 1.º.- Pues el hijo segundo del señor marqués, el don Alfonso, no le va en zaga. Mi primo, que acaba de llegar de Salamanca, me ha dicho que es el coco de la universidad, más espadachín que estudiante, y que tiene metidos en un puño a los matones sopistas.

MAJO.- ¿Y desde cuándo está fuera de Sevilla la señorita doña Leonor?

OFICIAL.- Hace cuatro días que se la llevó el padre a su hacienda, sacándola de aquí a las cinco de la mañana, después de haber estado toda la noche hecha la casa un infierno.

PRECIOSILLA.- ¡Pobre niña!... ¡Qué linda que es, y qué salada!... Negra suerte le espera... Mi madre la dijo la buenaventura, recién nacida, y siempre que la nombra se le saltan las lágrimas... Pues el generoso don Álvaro...

HABITANTE 1º.- En nombrando el ruin de Roma, luego asoma... Allí viene don Álvaro.

Antonio García Gutiérrez (1813-1884)

Además de las composiciones poéticas a las que me he referido anteriormente[31], la popularidad que alcanzó Antonio García Gutiérrez se debe al éxito del estreno en Madrid de *El Trovador.* Una de sus consecuencias ha sido que el público -el gran público y el pequeño público, los espectadores y los críticos- lo haya catalogado bajo la etiqueta cómoda de dramaturgo romántico. Su acierto con la fórmula del triunfo rápido ha deslumbrado a los lectores o espectadores, y ha despistado a los críticos que olvidan que el análisis y el juicio valorativo deben abarcar la totalidad de su producción.

El trovador[32] (1836)

Jornada I

Antecámara de la habitación de DOÑA LEONOR*, en el palacio de la Aljafería. Puerta al fondo y ambos lados del Teatro.*

Escena I

JIMENO, GUZMÁN, ORTIZ. *Están sentados alrededor de una mesa y bebiendo.*

JIMENO
Ninguno mejor que yo
puede contar esa historia.
Desde los tiempos del viejo
don Lope, que de Dios goza,
estoy sirviendo en la casa
¡ya veis si hay fecha!

[31] Escribió dos obras tituladas *Poesías* (1840) y *Luz y tinieblas* (1842). Están recogidas por el profesor Joaquín de Entrambasaguas, en su obra *Poesía de Antonio García Gutiérrez*, publicada en Madrid en 1947.

[32] García Gutiérrez, Antonio, *El Trovador*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcsj1f6).

ORTIZ Y no poca.
GUZMÁN Han corrido sobre el caso
noticias contradictorias.
ORTIZ Es lo que sucede.
GUZMÁN ¡Y luego
se abultan mucho las cosas!
JIMENO ¡Ahora bien! Sucedió el lance,
aunque la fecha no importa,
en mil trescientos noventa,
si no es infiel mi memoria.
El señor conde vivía
comúnmente en Zaragoza,
viudo entonces, con dos hijos
de su malograda esposa.
Don Nuño, el menor de entrambos,
y don Juan que está en la gloria,
y ya contaba dos años
con diferencia muy corta.
Una noche penetró
hasta la cámara propia
del mayor, una gitana
harapienta y quintañona.
GUZMÁN Era bruja sin remedio.
JIMENO Bien lo dijeron las obras.
Se sentó a su lado. Estuvo
mirándole, silenciosa,
largo rato, y la encontraron
extasiada en esta forma.
Nada malició don Lope:
la vieja pasó por loca,
y cuando echarla quisimos,
ella, ¡nada! se hizo sorda.
ORTIZ A palos...
JIMENO Ese fue el medio;
mas desde aquel punto y hora,
enfermó el niño. Le había
hechizado la bribona.
GUZMÁN ¡Cáspita! ¿pues?
JIMENO Le atacaron
convulsiones y congojas
tan grandes, que se nos iba
de entre las manos por horas.
ORTIZ ¡Diantre!
JIMENO Y nos contaba el aya
que en legiones numerosas
se desataban las brujas
por las noches en su alcoba,
y con algazara horrible,
sacudiéndole furiosas
contra la pared, jugaban
con el niño a la pelota.
ORTIZ ¡Jesús! ¡Yo me hubiera muerto!
JIMENO ¡Era pesada la broma!
GUZMÁN ¿Y don Lope?
JIMENO Hizo quemar

a la vieja encantadora.

GUZMÁN ¡Cuánto me alegro! Y el chico
¿sanó?

JIMENO Sí; ¿pero, qué importa?
No quisieron entenderme,
que si mi opinión se adopta,
no me queda una gitana
diez leguas a la redonda.
Y a Azucena, sobre todo.

GUZMÁN ¿Su hija?

JIMENO Sí; y era la moza
pintiparada a su madre,
como una gota a otra gota.

ORTIZ Y en fin, dime con quién andas...

JIMENO Pues en estas y en las otras,
el niño que estaba ya
redondo como una bola,
desapareció.

GUZMÁN ¡Qué diantre!

JIMENO Nuestra diligencia toda
fue inútil: sólo encontramos
un tizón de humana forma
en el sitio donde habían
ajusticiado a la loca.

ORTIZ ¡Le mataron!

JIMENO Y en la hoguera.

ORTIZ Y no la buscasteis...

JIMENO ¡Toma!
Pero en vano; y, sin embargo,
como la viese yo ahora...

GUZMÁN ¿La conoceríais?

JIMENO Sin duda.

GUZMÁN ¡La venganza fue diabólica!
Mas yo apuesto a que la vieja
está pagando la costa
en el infierno.

JIMENO ¡Quién sabe!

GUZMÁN ¿Pues qué?...

JIMENO Mi opinión es otra.
¡Han sucedido después
ocurrencias misteriosas!...

ORTIZ ¡Contádmelo a mí!

JIMENO ¿Pues cómo?
¿La habéis visto?

ORTIZ Sí.

JIMENO ¿En persona?

ORTIZ Si no en la suya, a lo menos,
bajo mil distintas formas.
Noches atrás, convertida
en lechuza, entró a deshora
en mi aposento, mirándome
de una manera espantosa.
Me apagó la luz, y yo
me arrebujé con mis ropas
¡por no ver aquellos ojos

que brillaban en la sombra!
Púseme a rezar, y... ¡nada!
hasta que al fin pavorosa
levantó el vuelo, azotando
las paredes de la alcoba.
Al sentir que me tocaba,
di un grito, y ella furiosa
lanzó un horrible graznido,
y se escapó... y hasta ahora.

GUZMÁN Bravas cosas me contáis;
pero en cambio sabréis otras
que son más frescas, si no
tan raras y tan curiosas.

ORTIZ ¿Sí?

GUZMÁN Pero cuenta que nadie
trasluzca que de mi boca
ha salido...

JIMENO ¿Pues?

GUZMÁN Si el conde
llega a saberlo, me ahorca.

JIMENO ¿El conde?

GUZMÁN ¡Todo ello es nada!
¡nada! Travesuras propias
de la juventud, que es siempre
tan ardiente como loca.
Ya sabes que está perdido *(A* ORTIZ*.)*
de amores por tu señora.

ORTIZ ¿No ha de estarlo?

JIMENO Es muy discreta,
y tan noble como hermosa.

GUZMÁN Pero no lo sabéis todo.
¿Podréis creer que ella adora
a ese Trovador, que antaño
pasaba las noches todas
desvelando nuestro sueño
con su laúd y sus trovas?

ORTIZ Y que aún viene.

JIMENO Pues ¿no dicen
que la pretensión apoya
de ese conde que disputa
a nuestro rey la corona?

GUZMÁN Pues sin embargo...

ORTIZ ¡Atreverse
un hombre de tal estofa
a pretender a una dama
de estirpe tan generosa!

JIMENO No negaréis, sin embargo,
que es muy galán, y que goza
fama de valiente.

ORTIZ ¿Y eso?...

JIMENO Para las mujeres, sobra.

GUZMÁN ¿Pero, quién es?... ¡No se sabe!
¿Cuál es su cuna? Se ignora.
Es lo que el conde decía:
¿dónde está su ejecutoria?

Tal vez será algún hidalgo
pobretón, y aun se me antoja...

JIMENO
Al cuento.

GUZMÁN
Ya sabéis bien
la confianza que me otorga
el conde. Anoche, en su cámara,
estando con él a solas,
me dijo: «¡Escucha Guzmán!
Esa lealtad que te abona
me obliga a que te confíe
mis penas y mis zozobras.
Esta noche me acompañas
a una empresa peligrosa;
que hoy se cumple mi ventura,
o mis desdichas se colman.
Sígueme», añadió, y salimos
aprovechando las sombras,
y esperando sorprender
en su nido a la paloma.

JIMENO
¡Cómo! En palacio...

GUZMÁN *(A* ORTIZ.*)*
¡Cuidado!
que doña Leonor conozca...

ORTIZ
Ya sabes que puede el conde
contar conmigo.

GUZMÁN
En buena hora.
¡Pues al llegar al vedado
umbral, figuraos su cólera!
Del laúd del Trovador
oyó las pausadas notas.

JIMENO
¡Del Trovador! ¡Pues estaba
en el palacio a esas horas!

GUZMÁN
Y en el jardín de su alteza.

JIMENO
Locuras de gente moza.

GUZMÁN
Allí estará, exclama el conde
con voz conmovida y ronca,
y a la escalera se lanza.
¡La noche era tenebrosa!
El cantor que, por lo visto,
a mi señor equivoca
con algún pobre escudero,
el campo nos abandona.
Doña Leonor llega entonces,
y a la parte más remota
del jardín lleva a don Nuño
enamorada y gozosa.
Pero bien pronto, al oír
las atrevidas lisonjas
del conde, su error comprende,
y le rechaza y se enoja.
En esto un hombre se llega
con faz encendida y torva,
y ambos en silencio cruzan
de sus espadas las hojas.

JIMENO
Y ¿qué?

GUZMÁN
Desarmado el conde,

perdió en una, dos victorias.
Cuando llegué, todo había
volado como en tramoya.

JIMENO. No os parece una locura
que así mi señor se exponga...

ORTIZ. En efecto.

JIMENO. ¡Y si la reina
llega a saber estas cosas!...

ORTIZ *(Mirando adentro.)* ¡Silencio! Pienso que está
levantada mi señora.

GUZMÁN. ¡Temprano para quien vela!

JIMENO. Nadie dirá que trasnocha.

GUZMÁN. ¿No es aquél su hermano?

ORTIZ. Él es,
¡siempre con la cara fosca!

JIMENO. Hay tempestad.

ORTIZ. Vámonos
antes que la nube rompa.

(Vanse por el fondo; un momento después, salen por la izquierda DON GUILLÉN, LEONOR Y JIMENA.)

Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880)

Su asistencia por primera vez al teatro en 1824 hizo que cambiara su trayectoria profesional. Impresionado con el efecto escénico de Antínoo en la ópera *Eleusis*, se dedicó a traducir obras francesas de Molière, Voltaire y Alejandro Dumas y refundió comedias del Siglo de Oro desde 1827, como por ejemplo *El amo criado*, adaptada de una pieza de Francisco de Rojas Zorrilla estrenada en 1829, o *Las hijas de Gracián Ramírez* (1831). En 1830 aprendió estenografía y se sumó a la plantilla del periódico *Gaceta de Madrid* en 1834; en 1837 fue taquígrafo del Diario de Sesiones del Congreso y el 19 de enero de ese mismo año estrenó con notable éxito en el Teatro del Príncipe su drama *Los amantes de Teruel*.

Los amantes de Teruel[33]

Drama refundido en cuatro actos, en verso y prosa

El primer acto ocurre en Valencia, y los demás en Teruel.

Año de 1217.

Acto I

Dormitorio morisco en el Alcázar de Valencia. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; a la izquierda una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas a los lados.

Escena I

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, *adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.*

ZULIMA — No vuelve en sí.
ADEL — Todavía tardará mucho en volver.
ZULIMA — Fuerte el narcótico ha sido.

[33] Hartzenbusch, Juan Eugenio, *Los Amantes de Teruel: drama en cuatro actos en prosa y en verso*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczg6m2).

ADEL Poco ha se lo administré.
Dígnate de oír, señora,
la voz de un súbdito fiel,
que orillas de un precipicio
te ve colocar el pie.
ZULIMA Si disuadirme pretendes,
no te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
y hoy, hoy mismo partiré.
ADEL ¿Con ese cautivo?
ZULIMA Tú
me has de acompañar con él.
ADEL ¿Así al esposo abandonas?
¡Un amir, señora, un rey!
ZULIMA Ese rey, al ser mi esposo,
me prometió no tener
otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
marchó de Valencia ayer.
Libre a la nueva sultana
mi puesto le dejaré.
ADEL Considera...
ZULIMA Está resuelto.
El renegado Zaén,
el que aterra la comarca
de Albarracín y Teruel,
llamado por mí ha venido,
y tiene ya en su poder
casi todo lo que yo
de mis padres heredé,
que es demás para vivir
con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
a poco de anochecer.
ADEL Y ese cautivo, señora,
¿te ama? ¿Sabes tú quién es?
ZULIMA Es noble, es valiente, en una
mazmorra iba a perecer
de enfermedad y de pena,
de frío, de hambre y de sed:
yo le doy la libertad,
riquezas, mi mano; ¿quién
rehúsa estos dones? ¡Oh!
si ofendiera mi altivez
con una repulsa, caro
le costara su desdén
conmigo. Tiempo hace ya
que este acero emponzoñé,
furiosa contra mi aleve
consorte Zeit Abenzeit:
quien es capaz de vengarse
en el príncipe, también
escarmentara al esclavo
como fuera menester.

ADEL ¿Qué habrá escrito en ese lienzo
con su sangre? Yo no sé
leer en su idioma; pero
puedo llamar a cualquier
cautivo...
ZULIMA Él nos lo dirá,
yo se lo preguntaré.
ADEL ¿No fuera mejor hablarle
yo primero, tú después?
ZULIMA Le voy a ocultar mi nombre:
ser Zoraida fingiré,
hija de Merván.
ADEL ¡Merván!
¿Sabes que ese hombre sin ley
conspira contra el amir?
ZULIMA A él le toca defender
su trono, en vez de ocuparse,
contra la jurada fe,
en devaneos que un día
lugar a su ruina den.
Mas Ramiro no recobra
los sentidos: buscaré
un espíritu a propósito...
(Vase.)

Escena II

OSMÍN*, por una puerta lateral;* ADEL, MARSILLA.

OSMÍN ¿Se fue Zulima?
ADEL Se fue.
Tú nos habrás acechado.
OSMÍN He cumplido mi deber.
Al ausentarse el amir
con este encargo quedé.
Es más cauto nuestro dueño
que esa liviana mujer.
El lienzo escrito con sangre
¿dónde está?
ADEL Allí. *(Señalando la cama.)*
OSMÍN Venga.
ADEL Ten.

(Le da el lienzo y OSMÍN *lee.)*

Mira sí es que dice, ya
que tú lo sabes leer,
dónde lo pudo escribir;
porque en el encierro aquel

apenas penetra nunca
rayo de luz: verdad es
que rotas esta mañana
puerta y cadenas hallé:
debió, después de romperlas,
el subterráneo correr,
y hallando el lienzo...

OSMÍN *(Asombrado de lo que ha leído.)* ¡Es posible!

ADEL ¿Qué cosa?

OSMÍN ¡Oh vasallo infiel!
Avisar al rey es fuerza,
y al pérfido sorprender.

ADEL ¿Es este el pérfido? *(Señalando a* MARSILLA*.)*

OSMÍN No
ese noble aragonés
hoy el salvador será
de Valencia y de su rey.

ADEL Zulima viene.

OSMÍN Silencio
con ella, y al punto ve
a buscarme.
(Vase.)

ADEL Norabuena.
Así me harás la merced
de explicarme lo que pasa.

José Zorrilla (1817-1893)

El estilo de Zorrilla, tenaz lector del teatro del Siglo de Oro, se caracteriza, además de por su plasticidad, musicalidad y sentido del misterio, por el uso de términos arcaicos y por su variedad métrica. La obra titulada *Don Juan Tenorio* transcurre en la hostería del Laurel de Buttarelli, en Sevilla, en la noche de Carnaval. Tras una apuesta entre don Juan y don Luis Mejía sobre quién de los dos se batía en más duelos y quién seducía a más doncellas.

Don Juan Tenorio (1844)[34]

Parte I

Acto I
Libertinaje y escándalo

DON JUAN, DON LUIS, DON DIEGO, DON GONZALO, BUTTARELLI, CIUTTI, CENTELLAS, AVELLANEDA, GASTÓN, MIGUEL. *Caballeros, curiosos, enmascarados, rondas.*

Hostería de Cristófano BUTTARELLI. *Puerta en el fondo que da a la calle; mesas, jarros y demás utensilios propios de semejante lugar.*

Escena I

DON JUAN, *con antifaz, sentado a una mesa escribiendo,* CIUTTI *y* BUTTARELLI, *a un lado esperando. Al levantarse el telón, se ven pasar por la puerta del fondo máscaras, estudiantes y pueblo con hachones, músicas, etc.*

DON JUAN
¡Cuál gritan esos malditos!
¡Pero mal rayo me parta
si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos!
(Sigue escribiendo.)

[34] Zorrilla, José, *Don Juan Tenorio: drama religioso-fantástico en dos partes*, edición de Joaquín Juan Penalva, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcgh9g3).

BUTTARELLI *(A* CIUTTI*.)* Buen Carnaval.
CIUTTI *(A* BUTTARELLI*.)* Buen agosto
para rellenar la arquilla.
BUTTARELLI ¡Quia! Corre ahora por Sevilla
poco gusto y mucho mosto.
Ni caen aquí buenos peces,
que son casas mal miradas
por gentes acomodadas,
y atropelladas a veces.
CIUTTI Pero hoy...
BUTTARELLI Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti; se ha hecho buen trabajo.
CIUTTI ¡Chist! habla un poco más bajo,
que mi señor se impacienta
pronto.
BUTTARELLI ¿A su servicio estás?
CIUTTI Ya ha un año.
BUTTARELLI ¿Y qué tal te sale?
CIUTTI No hay prior que se me iguale;
tengo cuanto quiero, y más.
Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.
BUTTARELLI Cuerpo de tal, ¡qué destino!
CIUTTI *(Señalando a* DON JUAN*.)* Y todo ello a costa ajena.
BUTTARELLI Rico, ¿eh?
CIUTTI Varea la plata.
BUTTARELLI ¿Franco?
CIUTTI Como un estudiante.
BUTTARELLI ¿Y noble?
CIUTTI Como un infante.
BUTTARELLI ¿Y bravo?
CIUTTI Como un pirata.
BUTTARELLI ¿Español?
CIUTTI Creo que sí.
BUTTARELLI ¿Su nombre?
CIUTTI Lo ignoro en suma.
B BUTTARELLI ¡Bribón! ¿Y dónde va?
CIUTTI Aquí.
BUTTARELLI Largo plumea.
CIUTTI Es gran pluma.
BUTTARELLI ¿Y a quién mil diablos escribe
tan cuidadoso y prolijo?
CIUTTI A su padre.
BUTTARELLI ¡Vaya un hijo!
CIUTTI Para el tiempo en que se vive,
es un hombre extraordinario.
Pero calla.
DON JUAN *(Cerrando la carta.)* Firmo y plego.
¡Ciutti!
CIUTTI Señor.
DON JUAN Este pliego
irá, dentro del Horario
en que reza doña Inés,
a sus manos a parar.
CIUTTI ¿Hay respuesta que aguardar?

DON JUAN

Del diablo con guardapiés
que la asiste, de su dueña,
que mis intenciones sabe,
recogerás una llave,
una hora y una seña;
y más ligero que el viento,
aquí otra vez.

CIUTTI

Bien está.

(Vase.)

LATINOAMÉRICA

Además de los rasgos característicos del Romanticismo general, las creaciones literarias de Latinoamérica editadas entre 1845 y 1890 poseen algunas peculiaridades como, por ejemplo, la abundancia de descripciones realistas y la reiteración de contrastes que reflejan varios aspectos de las nuevas sociedades. Tras la aparición de obras precursoras de los poetas cubanos José María Heredia (1803-1839) y Esteban Echevarría (1805-1851), aparece el poema narrativo, considerado como «magistral», *El Gaucho Martín Fierro*.

José Hernández (1834-86)

Periodista, político federalista y argentino fue un poeta autodidacta que, desde pequeño se relacionó con la vida de los gauchos. A los 23 años ejerció el periodismo en Buenos Aires. Fundó *El Río de la Plata* (1869). *Martín Fierro* es un poema épico en 7210 versos octosílabos, publicado en dos partes (1872 y 1879*)*, en el que dibuja el ideal romántico del hombre libre que vive de manera sencilla y en contacto con la naturaleza.

El gaucho Martín Fierro[35] (1872)

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena estraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento,
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria,
y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en esta ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien obtenidas,
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar-:
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar,
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan;
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre-
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra
el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

[35] Hernández, José, *El gaucho Martín Fierro*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc639n5).

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento-
como si soplara el viento
hago tiritar los pastos-
con oros, copas y bastos,
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y toraso en rodeo ageno,
siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.

No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando,
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno, en un apuro
me ha visto andar titubiando.

En el peligro ¡qué Cristos!
el corazón se me enancha
pues toda la tierra es cancha,
y de esto naides se asombre,
el que se tiene por hombre
ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendanló
como mi lengua lo esplica,
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor,
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el Sol.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar,
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas,
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama-
yo hago en el trébol mi cama,
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos me escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá;
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido
que fue buen padre y marido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

Jorge Ricardo Isaacs Ferrer (1837-1895)

Novelista y poeta colombiano del género romántico. Jorge Isaacs vivió durante la época de la consolidación de la República. En su única novela, *María* (1867), cuenta la historia de un amor desgraciado. A juicio de algunos historiadores es una de las obras más notables del movimiento romántico latinoamericano.

María[36] (1867)

A los hermanos de Efraín

He aquí, caros amigos míos, la historia de la adolescencia de aquél a quien tanto amasteis y que ya no existe. Mucho tiempo os he hecho esperar estas páginas. Después de escritas me han parecido pálidas e indignas de ser ofrecidas como un testimonio de mi gratitud y de mi afecto. Vosotros no ignoráis las palabras que pronunció aquella noche terrible, al poner en mis manos el libro de sus recuerdos: «Lo que ahí falta tú lo sabes; podrás leer hasta lo que mis lágrimas han borrado». ¡Dulce y triste misión! Leedlas, pues, y si suspendéis la lectura para llorar, ese llanto me probará que la he cumplido fielmente.

- I -

Era yo niño aún cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio a mis estudios en el colegio del doctor Lorenzo María Lleras, establecido en Bogotá hacía pocos años, y famoso en toda la República por aquel tiempo.

En la noche víspera de mi viaje, después de la velada, entró a mi cuarto una de mis hermanas, y sin decirme una sola palabra cariñosa, porque los sollozos le embargaban la voz, cortó de mi cabeza unos cabellos: cuando salió, habían rodado por mi cuello algunas lágrimas suyas.

Me dormí llorando y experimenté como un vago presentimiento de muchos pesares que debía sufrir después. Esos cabellos quitados a una cabeza infantil; aquella precaución del amor contra

[36] Isaacs, Jorge, *María*, ed. de Benito Varela Jácome, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000 (https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcb56g2).

la muerte delante de tanta vida, hicieron que durante el sueño vagase mi alma por todos los sitios donde había pasado, sin comprenderlo, las horas más felices de mi existencia.

A la mañana siguiente mi padre desató de mi cabeza, humedecida por tantas lágrimas, los brazos de mi madre. Mis hermanas al decirme sus adioses las enjugaron con besos. María esperó humildemente su turno, y balbuciendo su despedida, juntó su mejilla sonrosada a la mía, helada por la primera sensación de dolor.

Pocos momentos después seguí a mi padre, que ocultaba el rostro a mis miradas. Las pisadas de nuestros caballos en el sendero guijarroso ahogaban mis últimos sollozos. El rumor del Sabaletas, cuyas vegas quedaban a nuestra derecha, se aminoraba por instantes. Dábamos ya la vuelta a una de las colinas de la vereda en las que solían divisarse desde la casa viajeros deseados; volví la vista hacia ella buscando uno de tantos seres queridos: María estaba bajo las enredaderas que adornaban las ventanas del aposento de mi madre.

- II -

Pasados seis años, los últimos días de un lujoso agosto me recibieron al regresar al nativo valle. Mi corazón rebosaba de amor patrio. Era ya la última jornada del viaje, y yo gozaba de la más perfumada mañana del verano. El cielo tenía un tinte azul pálido: hacia el oriente y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina esparcidas por un aliento amoroso. Hacia el sur flotaban las nieblas que durante la noche habían embozado los montes lejanos. Cruzaba planicies de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas, que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas o en sendas abovedadas por florecidos písamos e higuerones frondosos. Mis ojos se habían fijado con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos gruduales; en aquellos cortijos donde había dejado gentes virtuosas y amigas. En tales momentos no habrían conmovido mi corazón las arias del piano de U***: ¡los perfumes que aspiraba eran tan gratos comparados con el de los vestidos lujosos de ella; el canto de aquellas aves sin nombre tenía armonías tan dulces a mi corazón!

Estaba mudo ante tanta belleza, cuyo recuerdo había creído conservar en la memoria porque algunas de mis estrofas, admiradas por mis condiscípulos, tenían de ella pálidas tintas. Cuando en un salón de baile, inundado de luz, lleno de melodías voluptuosas, de aromas mil mezclados, de susurros de tantos ropajes de mujeres seductoras, encontramos aquella con quien hemos soñado a los dieciocho años, y una mirada fugitiva suya quema nuestra frente, y su voz hace enmudecer por un instante toda otra voz para nosotros, y sus flores dejan tras sí esencias desconocidas; entonces caemos en una postración celestial: nuestra voz es impotente, nuestros oídos no escuchan ya la suya, nuestras miradas no pueden seguirla. Pero cuando, refrescada la mente, vuelve ella a la memoria horas después, nuestros labios murmuran en cantares su alabanza, y es esa mujer, es su acento, es su mirada, es su leve paso sobre las alfombras, lo que remeda aquel canto, que el vulgo creerá ideal. Así el cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca, hacen enmudecer a quien los contempla. Las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan a el alma empalidecidas por la memoria infiel.

Antes de ponerse el sol, ya había yo visto blanquear sobre la falda de la montaña la casa de mis padres. Al acercarme a ella, contaba con mirada ansiosa los grupos de sus sauces y naranjos, al través de los cuales vi cruzar poco después las luces que se repartían en las habitaciones.

Respiraba al fin aquel olor nunca olvidado del huerto que se vio formar. Las herraduras de mi caballo chispearon sobre el empedrado del patio. Oí un grito indefinible; era la voz de mi madre: al estrecharme ella en los brazos y acercarme a su pecho, una sombra me cubrió los ojos: supremo placer que conmovía a una naturaleza virgen.

Cuando traté de reconocer en las mujeres que veía, a las hermanas que dejé niñas, María estaba en pie junto a mí, y velaban sus ojos anchos párpados orlados de largas pestañas. Fue su rostro el que se cubrió de más notable rubor cuando al rodar mi brazo de sus hombros, rozó con su talle; y sus ojos estaban humedecidos aún, al sonreír a mi primera expresión afectuosa, como los de un niño cuyo llanto ha acallado una caricia materna.

- III -

A las ocho fuimos al comedor, que estaba pintorescamente situado en la parte oriental de la casa. Desde él se veían las crestas desnudas de las montañas sobre el fondo estrellado del cielo. Las auras del desierto pasaban por el jardín recogiendo aromas para venir a juguetear con los rosales que nos rodeaban. El viento voluble dejaba oír por instantes el rumor del río. Aquella naturaleza parecía ostentar toda la hermosura de sus noches, como para recibir a un huésped amigo.

Mi padre ocupó la cabecera de la mesa y me hizo colocar a su derecha; mi madre se sentó a la izquierda, como de costumbre; mis hermanas y los niños se situaron indistintamente, y María quedó frente a mí.

Mi padre, encanecido durante mi ausencia, me dirigía miradas de satisfacción, y sonreía con aquel su modo malicioso y dulce a un mismo tiempo, que no he visto nunca en otros labios. Mi madre hablaba poco, porque en esos momentos era más feliz que todos los que la rodeaban. Mis hermanas se empeñaban en hacerme probar las colaciones y cremas; y se sonrojaba aquélla a quien yo dirigía una palabra lisonjera o una mirada examinadora. María me ocultaba sus ojos tenazmente; pero pude admirar en ellos la brillantez y hermosura de los de las mujeres de su raza, en dos o tres veces que a su pesar se encontraron de lleno con los míos; sus labios rojos, húmedos y graciosamente imperativos, me mostraron sólo un instante el velado primor de su linda dentadura. Llevaba, como mis hermanas, la abundante cabellera castaño-oscura arreglada en dos trenzas, sobre el nacimiento de una de las cuales se veía un clavel encarnado. Vestía un traje de muselina ligera, casi azul, del cual sólo se descubría parte del corpiño y la falda, pues un pañolón de algodón fino color de púrpura, le ocultaba el seno hasta la base de su garganta de blancura mate. Al volver las trenzas a la espalda, de donde rodaban al inclinarse ella a servir, admiré el envés de sus brazos deliciosamente torneados, y sus manos cuidadas como las de una reina.

Concluida la cena, los esclavos levantaron los manteles; uno de ellos rezó el Padre nuestro, y sus amos completamos la oración.

La conversación se hizo entonces confidencial entre mis padres y yo.

María tomó en brazos el niño que dormía en su regazo, y mis hermanas la siguieron a los aposentos: ellas la amaban mucho y se disputaban su dulce afecto.

Ya en el salón, mi padre para retirarse, les besó la frente a sus hijas. Quiso mi madre que yo viera el cuarto que se me había destinado. Mis hermanas y María, menos tímidas ya, querían observar qué efecto me causaba el esmero con que estaba adornado. El cuarto quedaba en el extremo del corredor del frente de la casa: su única ventana tenía por la parte de adentro la altura de una mesa cómoda; en aquel momento, estando abiertas las hojas y rejas, entraban por ella floridas ramas de rosales a acabar de engalanar la mesa, en donde un hermoso florero de porcelana azul contenía trabajosamente en su copa azucenas y lirios, claveles y campanillas moradas del río. Las cortinas del lecho eran de gasa blanca atadas a las columnas con cintas anchas color de rosa; y cerca de la cabecera, por una fineza materna, estaba la Dolorosa pequeña que me había servido para mis altares cuando era niño. Algunos mapas, asientos cómodos y un hermoso juego de baño completaban el ajuar.

-¡Qué bellas flores! -exclamé al ver todas las que del jardín y del florero cubrían la mesa.

-María recordaba cuánto te agradaban -observó mi madre.

Volví los ojos para darle las gracias, y los suyos como que se esforzaban en soportar aquella vez mi mirada.

-María -dije- va a guardármelas, porque son nocivas en la pieza donde se duerme.

-¿Es verdad? -respondió-; pues las repondré mañana.

¡Qué dulce era su acento!

-¿Tantas así hay?

-Muchísimas; se repondrán todos los días.

Después que mi madre me abrazó, Emma me tendió la mano, y María, abandonándome por un instante la suya, sonrió como en la infancia me sonreía: esa sonrisa hoyuelada era la de la niña de mis amores infantiles sorprendida en el rostro de una virgen de Rafael.

Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873)

Novelista, dramaturga y poeta nació en la ciudad cubana de Camagüey, llamada entonces Puerto Príncipe. Se trasladó a la Península a los veintidós años y comenzó a publicar bajo el seudónimo de «La Peregrina» y se dio a conocer con la novela *Sab*, considerada la primera novela antiesclavista[37]. También publicó poemas en verso, el relato histórico *Guatimozín* (1846) y las piezas teatrales *Saúl* (1849) y *Baltasar* (1858).

Un tiempo hollaba por alfombras rosas...

Un tiempo hollaba por alfombras rosas;
y nobles vates, de mentidas diosas
prodigábanme nombres;
mas yo, altanera, con orgullo vano,
cual águila real a vil gusano,
contemplaba a los hombres.

Mi pensamiento en temerario vuelo
ardiente osaba demandar al cielo
objeto a mis amores,
y si a la tierra con desdén volvía
triste mirada, mi soberbia impía
marchitaba sus flores.

Tal vez por un momento caprichosa
entre ellas revolé, cual mariposa,
sin fijarme en ninguna;
pues de místico bien siempre anhelante,
clamaba en vano, como tierno infante
quiere abrazar la luna.

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre
do osé mirar del sol la ardiente lumbre
que fascinó mis ojos,
cual hoja seca al raudo torbellino,
cedo al poder del áspero destino...
¡Me entrego a sus antojos!

[37] Se cita como una de las precursoras de la novela hispanoamericana, junto a Juana Manso, Mercedes Marín, Rosario Orrego, Júlia Lopes de Almeida, Clorinda Matto de Turner, Juana Manuela Gorriti y Mercedes Cabello de Carbonera.

Cobarde corazón, que el nudo estrecho
gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
tu presunción altiva?
¿Qué mágico poder, en tal bajeza
trocando ya tu indómita fiereza,
de libertad te priva?

¡Mísero esclavo de tirano dueño,
tu gloria fue cual mentiroso sueño,
que con las sombras huye!
Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
de necia vanidad, débiles plantas
que el aquilón destruye?

En hora infausta a mi feliz reposo,
¿no dijiste, soberbio y orgulloso:
-¿Quién domará mi brío?
¡Con mi solo poder haré, si quiero,
mudar de rumbo al céfiro ligero
y arder al mármol frío!

¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!
Te gritó la razón... Mas ¡cuán en vano
te advirtió tu locura!...
¡Tú mismo te forjaste la cadena,
que a servidumbre eterna te condena,
y a duelo y amargura!

Los lazos caprichosos que otros días
por pasatiempo a tu placer tejías,
fueron de seda y oro;
los que ahora rinden tu valor primero,
son eslabones de pesado acero,
templados con tu lloro.

¿Qué esperaste, ¡ay de ti!, de un pecho helado
de inmenso orgullo y presunción hinchado,
de víboras nutrido?
Tú que anhelabas tan sublime objeto
¿cómo al capricho de un mortal sujeto
te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
que por flores tomé duros abrojos,
y por oro la arcilla?...
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,
y mis amantes, ay, tal vez se engríen
del yugo que me humilla!

¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde
quieres ver en mi frente
el sello del amor que te devora?...
¡Ah! Velo, pues, y búrlese en buen hora
de mi baldón la gente.

¡Salga del pecho -requemando el labio
el caro nombre de mi orgullo agravio,
de mi dolor sustento!...
¿Escrito no le ves en las estrellas
y en la luna apacible que con ellas
alumbra el firmamento?

¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia en gemidor arrullo
la tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles, que el viento
halaga con pausado movimiento
en esa selva hojosa?

De aquella fuente entre las claras linfas,
¿no le articulan invisibles ninfas
con eco lisonjero?...
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
si aún el silencio tiene voz, que aclama
ese nombre que quiero?...

Nombre que un alma lleva por despojo;
nombre que excita con placer enojo,
y con ira ternura;
nombre más dulce que el primer cariño
de joven madre al inocente niño,
copia de su hermosura;

y más amargo que el adiós postrero
que al suelo damos, donde el sol primero
alumbró nuestra vida,
nombre que halaga y halagando mata;
nombre que hiere como sierpe ingrata
al pecho que le anida.

¡No, no lo envíes, corazón, al labio!
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuente,
trémulas hojas, tórtola doliente,
como calla mi lengua!

ITALIA

Aunque, durante la primera mitad del siglo XIX, aparecen en Italia diferentes obras románticas estrechamente conectadas con las ideas y con los movimientos nacionalistas que conducirán a la unidad italiana de 1870, una de sus características más destacada es la pervivencia de ciertas formas clasicistas que atenúan las novedades formales. Sus principales contenidos, especialmente el sentimiento patriótico, restan espacios a los asuntos más románticos como el amor, la subjetividad y el paisaje.

Ugo Foscolo (1778-1827)

Es autor de la novela epistolar *Ultime lettere di Jacopo Ortis* (*Últimas cartas de Jacopo Ortis*, 1799) en la que el protagonista, tras luchar inútilmente por su amada y por la libertad de su patria invadida, se suicida. Nos recuerda al Werther, de Goethe, aunque desdobla su ideal imposible en una mujer amada y en la libertad de su patria. Su estilo es dinámico, pero sin romper totalmente la corrección clásica. Su sentimiento predominante es un pesimismo a veces tenebroso. Podemos afirmar que posee una eficacia comunicativa. También escribió el largo poema *De los sepulcros* (1806).

Ultime lettere di Jacopo Ortis (1799)

Da'colli Euganei, 11 Ottobre 1797

Il sacrificio della patria nostra è consumato: tutto è perduto; e la vita, seppure ne verrà concessa, non ci resterà che per piangere le nostre sciagure e la nostra infamia1. Il mio nome è nella lista di proscrizione, lo so; ma vuoi tu ch'io per salvarmi da chi m'opprime mi commetta a chi mi ha tradito? Consola mia madre: vinto dalle sue lagrime le ho ubbidito, e ho lasciato Venezia per evitare le prime persecuzioni, e le più feroci. Or dovrò io abbandonare anche questa mia solitudine antica, dove, senza perdere dagli occhi il mio sciagurato paese, posso ancora sperare

qualche giorno di pace? Tu mi fai raccapricciare, Lorenzo: quanti sono dunque gli sventurati? E noi, pur troppo, noi stessi Italiani ci laviamo le mani nel sangue degl'Italiani. Per me segua che può. Poiché ho disperato e della mia patria e di me, aspetto tranquillamente la prigione e la morte. Il mio cadavere almeno non cadrà fra braccia straniere; il mio nome sarà sommessamente compianto da pochi uomini buoni, compagni delle nostre miserie; e le mie ossa poseranno su la terra de' miei padri.

13 ottobre

Ti scongiuro, Lorenzo; non ribattere più. Ho deliberato di non allontanarmi da questi colli. È vero ch'io aveva promesso a mia madre di rifuggirmi in qualche altro paese; ma non mi è bastato il cuore: e mi perdonerà, spero. Merita poi questa vita di essere conservata con la viltà e con l'esilio? Oh quanti de' nostri concittadini gemeranno pentiti lontani dalle loro case! perchè, e che potremmo aspettarci noi se non se indigenza e disprezzo; o al più, breve e sterile compassione: solo conforto che le nazioni incivilite offrono al profugo straniero? Ma dove cercherò asilo? in Italia? terra prostituita, premio sempre della vittoria. Potrò io vedermi dinanzi agli occhi coloro che ci hanno spogliati, derisi, venduti, e non piangere d'ira? Devastatori de' popoli, si servono della libertà come i papi si servivano delle crociate. Ahi! sovente disperando di vendicarmi, mi caccerei un coltello nel cuore per versare tutto il mio sangue fra le ultime strida della mia patria. E questi altri? — hanno comperato la nostra schiavitù, racquistando con l'oro quello che stolidamente e vilmente hanno perduto con le armi. — Davvero ch'io somiglio un di que' malavventurati che spacciati morti furono sepolti vivi, e che poi rinvenuti, si sono trovati nel sepolcro fra le tenebre e gli scheletri, certi di vivere, ma disperati del dolce lume della vita, e costretti a morire fra le bestemmie e la fame. E perchè farci vedere e sentire la libertà, e poi ritorcela per sempre? e infamemente!

Últimas cartas de Jacopo Ortis (1799)

Desde las colinas Euganeas, 11 de octubre de 1797

El sacrificio de nuestra patria está consumado: todo está perdido y la vida, aunque sea un regalo, sólo nos quedará para llorar nuestros desastres y nuestras infamias. Mi nombre está en la lista negra, lo sé; pero ¿quieres que me comprometa con los que me traicionaron para salvarme de los que me oprimen? Consolad a mi madre, a quien vencido por sus lágrimas obedecí y salí de Venecia para evitar las primeras y las más feroces persecuciones. ¿Tendré que abandonar también yo esta antigua soledad mía donde, sin perder de vista a mi desdichada patria, puedo todavía esperar algunos días de paz? Me horrorizas, Lorenzo: ¿cuántos son los desgraciados entonces? Y nosotros, lamentablemente, los italianos nos lavamos las manos en la sangre de los italianos. Yo seguiré haciendo lo que pueda. Desesperado de mi patria y de mí mismo, espero con calma la prisión y la muerte. Por lo menos mi cadáver no caerá en brazos extraños; mi nombre será suavemente llorado por unos cuantos hombres buenos, compañeros de nuestras miserias, y mis huesos reposarán sobre la tierra de mis padres.

13 octubre

Te lo conjuro, Lorenzo; no discutas más. He decidido no dejar estas colinas. Es verdad que le había prometido a mi madre huir a algún otro país, pero mi corazón no fue suficientemente fuerte

y espero que me perdonará. ¿Esta vida merece ser preservada con cobardía y con el exilio? ¡Oh, cuántos de nuestros conciudadanos gemirán arrepentidos lejos de sus hogares! por qué y qué podíamos esperar sino la indigencia y el desprecio, o, a lo sumo, una breve y estéril compasión: ¿es el único consuelo que las naciones civilizadas ofrecen al refugiado extranjero? Pero, ¿dónde pediré asilo? ¿en Italia? Una tierra prostituida que siempre premió la victoria. ¿Podré ver ante mis ojos a los que nos han despojado, ridiculizado, vendido, y no llorar de ira? Devastadores de pueblos usan la libertad como los papas usaron las cruzadas. ¡Ay! muchas veces desesperado por la venganza, clavaba un cuchillo en mi corazón para derramar toda mi sangre en medio de los últimos gritos de mi patria. ¿Y estos otros? -compraron nuestra esclavitud, recomprando con oro lo que necia y cobardemente perdieron con las armas-. En verdad que me parezco a uno de esos desdichados que creyeron que estaban muertos y fueron enterrados vivos, y que luego se encontraron en la tumba en medio de la oscuridad y entre los esqueletos. Estaban seguros de que seguían vivos, pero desesperados por la dulce luz de la vida, se vieron obligados a morir en medio de blasfemias y de hambre. ¿Y por qué dejarnos ver y experimentar la libertad y luego adulterarla para siempre? ¡Es infamante!

Alessandro Manzoni (1785-1873)

Escribió poesía patriótica y teatro de asuntos históricos sin respetar las reglas clásicas como, por ejemplo, la tragedia *Adelchi* (1822). Su obra principal es la novela histórica *Promessi Sposi* (*Los novios*, 1827), considerada como uno de los libros nacionales italianos. Narra las desventuras de una pareja perseguida por un noble encaprichado de la muchacha. Su ambientación, en el siglo XVII bajo dominación española, era un claro símbolo de la opresión de Italia en la época del autor. Partiendo de una relación amorosa narra los problemas políticos, sociales, económicos y humanos de la década de 1620 en la Italia del norte. Es una novela histórica, pero sin las truculencias «góticas» de las inglesas. A veces aparecen toques de miedo, pero, desde el comienzo, advertimos que, finalmente, ganan los buenos.

Promessi Sposi (1827)

Capitolo I
(Frammento)

Quel ramo del lago di Como, che volge a mezzogiorno, tra due catene non interrotte di monti, tutto a seni e a golfi, a seconda dello sporgere e del rientrare di quelli, vien, quasi a un tratto, a ristringersi, e a prender corso e figura di fiume, tra un promontorio a destra, e un'ampia costiera dall'altra parte; e il ponte, che ivi congiunge le due rive, par che renda ancor più sensibile

all'occhio questa trasformazione, e segni il punto in cui il lago cessa, e l'Adda rincomincia, per ripigliar poi nome di lago dove le rive, allontanandosi di nuovo, lascian l'acqua distendersi e rallentarsi in nuovi golfi e in nuovi seni. La costiera, formata dal deposito di tre grossi torrenti, scende appoggiata a due monti contigui, l'uno detto di san Martino, l'altro, con voce lombarda, il Resegone, dai molti suoi cocuzzoli in fila, che in vero lo fanno somigliare a una sega: talché non è chi, al primo vederlo, purché sia di fronte, come per esempio di su le mura di Milano che guardano a settentrione, non lo discerna tosto, a un tal contrassegno, in quella lunga e vasta giogaia, dagli altri monti di nome più oscuro e di forma più comune. Per un buon pezzo, la costa sale con un pendìo lento e continuo; poi si rompe in poggi e in valloncelli, in erte e in ispianate, secondo l'ossatura de' due monti, e il lavoro dell'acque. Il lembo estremo, tagliato dalle foci de' torrenti, è quasi tutto ghiaia e ciottoloni; il resto, campi e vigne, sparse di terre, di ville, di casali; in qualche parte boschi, che si prolungano su per la montagna. Lecco, la principale di quelle terre, e che dà nome al territorio, giace poco discosto dal ponte, alla riva del lago, anzi viene in parte a trovarsi nel lago stesso, quando questo ingrossa: un gran borgo al giorno d'oggi, e che s'incammina a diventar città. Ai tempi in cui accaddero i fatti che prendiamo a raccontare, quel borgo, già considerabile, era anche un castello, e aveva perciò l'onore d'alloggiare un comandante, e il vantaggio di possedere una stabile guarnigione di soldati spagnoli, che insegnavan la modestia alle fanciulle e alle donne del paese, accarezzavan di tempo in tempo le spalle a qualche marito, a qualche padre; e, sul finir dell'estate, non mancavan mai di spandersi nelle vigne, per diradar l'uve, e alleggerire a' contadini le fatiche della vendemmia.

Dall'una all'altra di quelle terre, dall'alture alla riva, da un poggio all'altro, correvano, e corrono tuttavia, strade e stradette, più o men ripide, o piane; ogni tanto affondate, sepolte tra due muri, donde, alzando lo sguardo, non iscoprite che un pezzo di cielo e qualche vetta di monte; ogni tanto elevate su terrapieni aperti: e da qui la vista spazia per prospetti più o meno estesi, ma ricchi sempre e sempre qualcosa nuovi, secondo che i diversi punti piglian più o meno della vasta scena circostante, e secondo che questa o quella parte campeggia o si scorcia, spunta o sparisce a vicenda. Dove un pezzo, dove un altro, dove una lunga distesa di quel vasto e variato specchio dell'acqua; di qua lago, chiuso all'estremità o piùttosto smarrito in un gruppo, in un andirivieni di montagne, e di mano in mano più allargato tra altri monti che si spiegano, a uno a uno, allo sguardo, e che l'acqua riflette capovolti, co' paesetti posti sulle rive; di là braccio di fiume, poi lago, poi iume ancora, che va a perdersi in lucido serpeggiamento pur tra' monti che l'accompagnano, degradando via via, e perdendosi quasi anch'essi nell'orizzonte. Il luogo stesso da dove contemplate que' vari spettacoli, vi fa spettacolo da ogni parte: il monte di cui passeggiate le falde, vi svolge, al di sopra, d'intorno, le sue cime e le balze, distinte, rilevate, mutabili quasi a ogni passo, aprendosi e contornandosi in gioghi ciò che v'era sembrato prima un sol giogo, e comparendo in vetta ciò che poco innanzi vi si rappresentava sulla costa: e l'ameno, il domestico di quelle falde tempera gradevolmente il selvaggio, e orna vie più il magnifico dell'altre vedute.

Los novios (1827)

Capítulo I
(Fragmento)

Ese brazo del lago de Como, que gira hacia el mediodía entre dos cadenas ininterrumpidas de montañas, todas ellas en ensenadas y golfos formados por las protuberancias y sus repliegues, se encoge casi de repente, y toma el curso y la figura de un río, entre un promontorio en la derecha, y una amplia línea de costa al otro lado. El puente que une allí las dos orillas parece hacer aún más sensible a la vista esta transformación, marca el punto donde cesa el lago y comienza de nuevo el Adda, para retomar entonces el nombre del lago donde se encuentran las orillas.

Alejándose de nuevo, dejaron que el agua se relajara y se ralentizara en nuevos golfos y en nuevos senos. La costa, formada por el depósito de tres grandes arroyos, desciende apoyada en dos montañas contiguas, una llamada San Martino, la otra, con la voz lombarda, la Resegone, con muchas de sus cumbres en hilera que, en verdad, la hacen parecerse a una sierra: de modo que no sea quien, al verlo primero, siempre que esté frente a él, como por ejemplo en los muros de Milán que miran al norte, no lo discierne inmediatamente de los pliegues largos y vastos de las otras montañas de nombres más oscuros y de formas más comunes.

Durante un buen rato, la costa se eleva con una pendiente lenta y continua; luego se rompe en montículos y valles, despeñaderos y tramos, según el esqueleto de los dos montes y la acción de las aguas. El borde extremo, cortado por las bocas de los arroyos, es casi todo grava y guijarros; el resto, campos y viñedos, salpicados de terrenos, villas, cortijos, en algún lugar bosques, que se extienden hasta la montaña. Lecco, la principal de esas tierras, que da nombre al territorio, se encuentra, no lejos del puente, a orillas del lago cuando éste crece. En la actualidad es un gran pueblo que se pretende convertirse en ciudad. En la época en que sucedieron los hechos que vamos a relatar, aquella villa era también un castillo y, por tanto, tenía el honor de albergar a un comendador y la ventaja de poseer una guarnición estable de soldados españoles que, a las niñas y a las mujeres del pueblo, de vez en cuando. les acariciaban las espaldas en presencia de algún marido o a algún padre. Al final del verano nunca dejaban de distribuirse por los viñedos para recoger las uvas y aligerar el trabajo de la vendimia que efectuaban los campesinos.

De una a otras tierras, de las alturas a la ribera, de un montículo a otro, corrían, y corren por los caminos y veredas más o menos empinadas o planas. De vez en cuando se hundían, sepultados entre dos muros, desde donde, mirando hacia arriba, se descubren sólo un trozo de cielo y algunas cumbres montañosas. Ocasionalmente elevada sobre terraplenes abiertos desde donde la vista se extiende a través de elevaciones más o menos extensas, pero siempre y siempre ricas por algo nuevo, según que los diferentes puntos dibujen más o menos la vasta escena circundante, algunos espacios se destacan o se acortan, se marcan o desaparecen entre sí. Donde un trozo, donde otro, donde una larga extensión de ese vasto y variado espejo de agua, de este lado lago, cerrado al final o más bien perdido en grupo, en un ir y venir de montañas, y a veces más ensanchado entre otras montañas que se despliegan, una a una, a la vista, y que el agua refleja al revés, con los pueblos situados en las orillas. Del otro lado, un brazo de río, luego el lago, luego de nuevo el río, que se pierde en un serpenteante brillo incluso entre las montañas que lo acompañan, empequeñeciéndose y casi perdiéndose también en el horizonte. El mismo lugar desde el que contemplas estos diversos espectáculos se convierte en un espectáculo por todos lados: las laderas de montaña por las que caminas, se despliegan, por encima y por los alrededores, por sus picos y por acantilados, distintos, elevados, casi cambiantes, a cada paso, abriéndose y delineándose en caminos los que antes parecían uno solo, y apareciendo en la cumbre lo que un poco antes se representaba en la costa. Y lo más placentero es contemplar cómo aquellas laderas suavizan dulcemente lo salvaje y se convierten en caminos mucho agradables.

Giacomo Leopardi (1798-1837)

Está considerado como uno de los grandes poetas románticos europeos. Es posible que su cuerpo deforme y su salud débil influyeran en su carácter sombrío y pesimista, y que determinara que los contenidos de sus poemas sean románticos mientras que los recursos formales sean clásicos. Fue también un notable prosista, tanto en su diario *Zibaldone* como en sus *Obrillas morales*, unos diálogos en los que expone el sinsentido de la vida. Su lenguaje pretende proporcionar sensaciones de alivio y sentimientos de consuelo incluso de los momentos de desesperación. En la soledad íntima de los diferentes pueblos a los que canta advertimos un leve rumor de humanidad.

L'infinito (1826)

Sempre caro mi fu quest'ermo colle,
e questa siepe, che da tanta parte
dell'ultimo orizzonte il guardo esclude.
Ma sedendo e mirando, interminati
spazi di là da quella, e sovrumani
silenzi, e profondissima quïete
io nel pensier mi fingo; ove per poco
il cor non si spaura. E come il vento
odo stormir tra queste piante, io quello
infinito silenzio a questa voce
vo comparando: e mi sovvien l'eterno,
e le morte stagioni, e la presente
e viva, e 'l suon di lei. Così tra questa
immensità s'annega il pensier mio:
e 'l naufragar m'è dolce in questo mare.

El infinito (1826)

Siempre querido me fue este solitario cerro
y este seto que tanta parte
del último horizonte la mirada excluye.
Mas, sentado y mirando interminables
espacios de allá lejos, y sobrehumanos
silencios y su hondísima quietud,
me quedo ensimismado hasta que casi
el corazón se teme. Y como el viento
cuyo tráfago escucho entre las hojas, a este
silencio sin fin esta voz
voy comparando: y me acuerdo de lo eterno
y de las muertas estaciones y la presente y viva,
y sus sonidos. Así a través de esta
inmensidad se anega el pensamiento mío;
y naufraga en este mar que me resulta dulce.

BIBLIOGRAFÍA

Abellán, J. L., 1984, *Historia crítica del pensamiento español, t. 4, Liberalismo y romanticismo (1808-1874)*, Madrid, Espasa-Calpe.

Abrams, M. H., 1975, *El espejo y la lámpara*, Barcelona, Barra.

Allisson Peers, E., 1973, *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Editorial Gredos. Dos volúmenes.

Abrams, M. H., 1992, *El romanticismo. Tradición y revolución*, Madrid, Visor.

Alborg, J. L, 1982, *Historia de la literatura española: el romanticismo*, Madrid, Gredos, vol. IV.

Álvarez Junco, J., 2001, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

Álvarez Junco, J., Beramendi, J. y Requejo, F., 2005, *El nombre de la cosa: debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Angenot, M., Bessière, J., Fokkema, D., Kushner, E., 1989, *Théorie Littéraire. Problèmes et prespectives*, Paris, PUF.

Arce, J., 1981, *La poesía del siglo ilustrado*, Madrid, Alambra.

Berlín, I., Hardy, H., 2000, ed. *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus.

Blanco García, F., 1891-1894, *La literatura Española en el siglo XIX* (3 vols.), Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos.

Brunel, P., Pichois, Cl., Rousseau, A.-M., 1983, *Qu´est-ce la Littérature Comparée?,* Paris, Armand Colin.

Carnero, G., 1978, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, Valencia, Universidad de Valencia.

Carnero, G., 1983, *La cara oscura del siglo de las luces*, Madrid, Castalia.

Casalduero, J., 1967, *Espronceda,* Madrid, Editorial Gredos.

Díaz-Plaja, F., 1993, *La vida cotidiana en la España romántica*, Madrid, EDAF.

De Paz, A., 1986, *La revolución romántica; poéticas, estéticas, ideologías*, Madrid, Editorial Tecnos. Traducción de María García Lozano.

Entrambasaguas, J., 1939, *Determinación del romanticismo español y otros ensayos,* Barcelona. Apolo.

Flitter, D., 1995, *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge, Cambridge University Press.

García López, J., 1966, *Historia de la Literatura Española,* Barcelona, Editorial Vicens-Vives. Decimoquinta edición.

García Mercadal, J., 1943*, Historia del romanticismo español*, Barcelona, Labor.

Garrido Pallardó, F., *Los orígenes del Romanticismo*, Barcelona, Labor.

Gies, David T., 1989, *El romanticismo*, Madrid, Taurus, 1989.

Goethe, J. W. von, 1882, *Fausto*, Barcelona, Biblioteca Arte y Letra. Traducción de Teodoro Llorente.

Goethe, J. W. von, 1993, *Máximas y reflexiones*, Barcelona, Edhasa. Edición de Juan de Solar.

Heine, H., 2010, *La escuela romántica*. Edición y estudio introductorio a cargo de Juan Carlos Velasco, Madrid, Alianza Editorial.

Pérez Bustamante, C., 1947, *Historia de la Literatura Universal*, Madrid, Ediciones Atlas.

Riquer, M. de, y Varverde, J. M., 1994, *Historia de la Literatura Universal*, Barcelona, Editorial Planeta Volumen 7.

Sánchez Castañer, E., 1897, *Obras literarias. Autores Antiguos y modernos*, Málaga, Tip. del Colegio Español.

Vallejo González, I., y Ojeda Escudero, P., 1994, *José Zorrilla. Bibliografía con motivo de un centenario*, Valladolid, Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento.

VV. AA., 1994, *Fragmentos para una teoría romántica del arte*. Antología y edición de Javier Arnaldo, Madrid, Editorial Tecnos.

Ward, Th., 2004, *La teoría literaria: romanticismo, krausismo y modernismo ante la globalización industrial*, University, Miss.: Romance Monographs.

Wellek, R., 1969, *Historia de la Crítica Moderna*, Madrid, Editorial Gredos.